

Publicación trimestral - Precio del ejemplar : 100 Pts - Francia : 10 FF - Alemania : 5 DM -
 Inglaterra : 1 £ - Holanda : 5 Fl - Bélgica : 100 FB - Italia : 1.000 Lir. - Portugal : 50 Esc. -
 Suiza : 5 FS - EE.UU. : \$ 1 - América Latina : el equivalente de \$ 0.75
 Abono anual : precio de 4 ejemplares

EL PROGRAMA COMUNISTA

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NUMERO

- ¡Acuérdate de las dos guerras imperialistas! 1

Siguiendo el hilo del tiempo

● Introducción	9
● La « invariancia » histórica del marxismo	13
● El falso recurso del activismo	18
● Teoría y acción	24
● El programa revolucionario inmediato	26
● Las revoluciones múltiples	29
● La revolución anticapitalista occidental	30

- La cuestión agraria. Elementos marxistas del problema (y II) 36
- El volcán del Medio Oriente : El largo calvario de la transformación de los campesinos palestinos en proletarios 63
- Nota de lectura : ETA, o la imposible amalgama de nacionalismo y comunismo 78

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del « socialismo en un solo país » y la contrarrevolución stalinista; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco.

¡ Acuérdate de las dos guerras imperialistas !

"¡ Acuérdate de la guerra imperialista! Esta es la primera frase que la Internacional Comunista dirige a cada trabajador, cualesquiera sean su origen y lengua. ¡ Acuérdate de que, a causa de la existencia del régimen capitalista, durante cuatro largos años un puñado de imperialistas tuvo la posibilidad de obligar a los trabajadores de los diferentes países a matarse entre sí ! ¡ Acuérdate de que la guerra burguesa sumió a Europa y al mundo entero en el hambre y la indigencia! ¡ Acuérdate de que, sin el derrocamiento del capitalismo, la repetición de estas guerras de rapiña no solo es posible, sino inevitable!" (1).

Esta advertencia lanzada en 1920 desde Moscú no tenía, entonces, nada de retórica. No solo porque estaba fundada en el análisis marxista del ciclo de la economía y de la sociedad burguesa, y en su dramática confirmación práctica por los recientes acontecimientos, sino porque se dirigía a un proletariado mundial que salía de la terrible carnicería situándose instintivamente en el frente de su propia guerra, la guerra de clase. La matanza había "creado un lazo particularmente estrecho entre los destinos de los trabajadores de los diferentes países" mucho antes de que esto llegase a reflejarse en las conciencias, confirmando, una vez más, que "la emancipación de los trabajadores no es un problema local o nacional, sino internacional".

La Internacional Comunista daba una expresión programática, política y organizativa a las reacciones instintivamente clasistas de las grandes masas al proclamar que su objetivo era "el de luchar por todos los medios, incluso con las armas en la mano, por el derrocamiento de la burguesía internacional y por la creación de una República internacional de los Soviets, como transición hacia la destrucción de todo Estado", y al señalar en "la dictadura del proletariado el único medio que permite liberar a la humani-

(1) Estatutos de la Internacional Comunista (1920).

dad de los horrores del capitalismo". Al mismo tiempo, con su propia "organización fuertemente centralizada", daba a estas reacciones el instrumento, el arma indispensable para la lucha de emancipación de los trabajadores del mundo entero, de todas las razas y de todos los colores.

Por otra parte, la Izquierda comunista no había esperado el fin del conflicto para establecer un lazo íntimo entre la guerra imperialista y la revolución proletaria. En su proyecto de resolución del 20 de agosto de 1915, la izquierda de Zimmerwald, refiriéndose en particular al manifiesto de Basilea de 1912, había proclamado: "*La guerra imperialista abre la era de la revolución social: todas las condiciones objetivas de la época contemporánea hacen que la lucha revolucionaria de las masas proletarias esté a la orden del día*". Esta afirmación programática, indisolublemente ligada a las posiciones generales de principio y, al mismo tiempo, a una tradición de varios decenios de batallas prácticas, fue traducida ulteriormente por el Octubre bolchevique al lenguaje de las armas, lenguaje que es la condición subjetiva por excelencia de la respuesta proletaria a la violencia organizada del enemigo de clase. Las tentativas revolucionarias de Europa Central al final de la guerra, que aunque no hayan sido coronadas por el éxito no por ello eran menos representativas de un curso histórico objetivo, habían planteado nuevamente, con una evidencia trágica, el dilema histórico: o revolución y dictadura proletaria, o persistencia del orden económico y social capitalista y, por consiguiente, guerras y más guerras.

Hoy, casi sesenta años después del llamamiento de la Internacional Comunista, los partidos y sindicatos que pretenden encarnar y defender tanto los intereses inmediatos como los intereses finales de la clase obrera, llaman a los proletarios de todos los países a conmemorar la segunda edición de lo que la Internacional llamaba "guerras mundiales de rapiña". Los llaman a conmemorarla como si ésta formase parte de su programa, de su tradición de lucha, de su historia; como si esta guerra (y ésta es la posición más explícita y franca) hubiese realizado las tareas que en otro tiempo habían sido atribuidas a la revolución y a la dictadura comunistas, pero que la victoria de la... democracia no habría vuelto solamente inútiles, sino también nefastas; como si esta guerra (y ésta es la versión más hipócrita y ladina) hubiese sido el paso necesario para poder marchar hacia un objetivo final que el marxismo, ora acusado de "romanticismo", ora de "economismo mecanicista", sólo pensaba alcanzar a través de la lucha revolucionaria del proletariado.

De este modo, se ha desalojado del horizonte aparente del movimiento obrero, es decir, de sus expresiones "oficiales", los dos términos de la ecuación de Zimmerwald. Así, la guerra burguesa podría ya no ser imperialista, y se pretende que la de 1939-45 no lo fue; paralelamente, claro está, la revolución socialista habría perdido su razón de ser. De ahora en más, lo que debería determinar la "nueva historia" (pacíficamente, si fuese posible, o con la guerra, si ésta se revela necesaria para extirpar del cuerpo de la sociedad burguesa un fascismo que no es presentado como una de sus normales maneras de ser, sino como una excrecencia patológica), lo que debe hacer avanzar la humanidad, ya no es la revolución, sino la reforma; ya no es la dictadura proletaria, sino la democracia.

Para justificar esta tesis, los pensadores amamantados en los laboratorios seudocientíficos del eurocomunismo enseñan que durante los años treinta se ha asistido a un feliz acontecimiento, al nacimiento de un proceso que se realizará plenamente después de la II Guerra, a saber, el "proceso de liberación del Estado de la representación directa de los intereses capitalistas", o bien, según una expresión más de moda, al "proceso de autonomización de la política". Este proceso debería desembocar supuestamente en una estructura de Estado eminentemente plástica, completamente diferente de la estructura rígida, impermeable, por definición, de un Estado burgués que aún no se había vuelto "social"; una estructura utilizable, por lo tanto, por la misma clase dominada con tal de que sepa penetrar en los "vacíos" que se abren en su seno (2).

No es por casualidad que estos últimos años se ha vuelto a descubrir el "hallazgo" de Antonio Gramsci, que afirmaba que el movimiento comunista debía pasar urgentemente de la "guerra de movimiento", de los heroicos años del Octubre ruso y de sus desgraciadas réplicas en Europa Central, a la "guerra de posición, la única posible en Occidente" (3).

¿Qué significa, entonces, este descubrimiento que espera sazonar el programa, por naturaleza estático y defensivo (¡"de posición"!), del reformismo gradualista con un poco de agresividad y de dinamismo? Simplemente que después de tantos años en los que se han contentado con actuar instintivamente en la misma dirección que el viejo gradualismo reformista, llegaron a darse una teoría que pretende diferenciarse de éste. ¡Y qué teoría! "El derrocamiento del poder del Estado, aunque sigue siendo fundamental (4), no representa el único factor en el cual se resume la alternativa revolucionaria (subrayado por el autor), porque el proletariado sólo puede lograrlo si el trabajo previo de desarticulación de las ramificaciones del poder de clase en la sociedad civil (subrayado por nosotros) ha sido coronado por el éxito" (5).

o o o

(2) Italia, patria del eurocomunismo y de sus "compromisos históricos", es hoy el nido de los "jóvenes filósofos" encargados de destruir "científicamente" el patrimonio de Lenin y de la III Internacional. El Instituto Gramsci, que desempeña un papel importante en esta empresa, dedicó un seminario al tema *Estado y capitalismo en los años treinta*, cuyos frutos están consignados en el libro publicado con el mismo nombre en julio de 1979, por Editori Riuniti. Las frases citadas aquí provienen de la contribución a este seminario de Mario Tronti, un ex-dirigente del 68 que volvió al regazo del PC de Italia. Véase la p. 82 del libro mencionado.

(3) Antonio Gramsci, *Quaderni dal carcere*, Turín 1975, p. 866.

(4) ¡Amable concesión, completamente análoga a la de los oportunistas clásicos que hablaban de "la conquista de los poderes públicos"!

(5) La fórmula, que definió prefectamente su línea, es de L. Rapone; la encontramos en su libro *Trotsky e il fascismo*, Bari, 1978, p. 284. Valdrá la pena hablar más extensamente de este libro: es una de las tentativas hechas en Italia para "enrolar" directamente a Trotsky bajo la bandera no solo del gramscismo, sino también del togliattismo y hasta del eurocomunismo.

De ningún modo es arbitrario o artificial evocar, a propósito de la segunda guerra imperialista y de su maduración en los años treinta, las orientaciones que sólo encontrarán su plena expresión ideológica varios decenios después.

Es indudable que la capitulación de la socialdemocracia europea en 1914, el voto de los créditos de guerra, primero, y la *Unión Sagrada* después, había sido precedida durante un largo período por la primera experiencia práctica seria de lo que hasta los apóstoles del Mayo de 1968 han terminado por exaltar como una necesidad, a saber, la "*larga marcha a través de las instituciones*" burguesas (6). Sin embargo, aparte del hecho de que, salvo casos aislados y no "oficiales", esta marcha se había detenido antes de la I Guerra, en el umbral de la participación (o del pedido explícito de participación) en el gobierno, la teoría del movimiento socialista había seguido siendo la de la inconciliabilidad de los contrastes y de las alineaciones de clase; y, en lo que concierne a la guerra, había pregonado su oposición completa a ésta. Aun cuando *no eran totalmente explícitos*, los congresos de Stuttgart y Basilea habían dejado entrever lo que sería después la respuesta bolchevique a la guerra, es decir, el derrotismo revolucionario que apuntaba a transformar la guerra imperialista en guerra civil.

Por esta razón, si bien la traición del 4 de agosto de 1914 pudo desorientar y desorganizar las filas del movimiento obrero cogiendo por sorpresa a la Izquierda misma, no logró romper el *hilo rojo* de la tradición de clase. No pudo quebrar esta continuidad que en los años siguientes volverá posible el nuevo encuentro de la clase, lanzada a gigantescas batallas sociales, con su vanguardia política, y la transformación de este encuentro en victoria revolucionaria, al menos en Rusia. También por esto, en 1920, la advertencia y el llamamiento de la III Internacional no caían en el vacío, sino en lo vivo de los choques sociales generalizados en *todo el planeta*, aun cuando no hayan alcanzado el desarrollo esperado.

El "4 de agosto del stalinismo", en cambio, no cayó bruscamente del cielo en el momento del estallido del segundo conflicto imperialista. Tuvo lugar *mucho antes*, luego del paréntesis atípico del "tercer período" y de su doctrina del "social-fascismo", cuando la política de los frentes populares (y, *en germen*, nacionales) impulsó al movimiento comunista y, con éste, a un sector de la clase obrera, numéricamente importante y decisivo desde el punto de vista de la organización, a colocarse en el terreno de la defensa de la Democracia en general y de las democracias en particular. Esta política, que los historiadores consideran como un "viraje", cuando en realidad significaba una ruptura total con la orientación original de la III Internacional, había traído aparejado algo más sustancial que un simple hecho "ideológico": se había traducido en una movilización *práctica* y en un compromiso *organizativo* clamorosos como la historia jamás había conocido.

Es al final de la primera masacre imperialista que la socialdemocracia se convirtió, programáticamente y a escala mundial,

(6) La frase es de Rudi Dutschke, pero fue recogida y reivindicada por H. Marcuse en *Contrarrevolución y revuelta*.

en un partido de gobierno. Es *antes* del estallido de la segunda que el stalinismo se ejercitó, como en España, en el arte de poner los inigualables recursos de entusiasmo, combatividad y abnegación de la clase obrera al servicio tanto del Estado democrático como de la guerra democrática, de una guerra que ya no era sufrida, sino exaltada. El stalinismo se revelará como maestro en este arte, habiendo liquidado ya las bases de todo el patrimonio teórico-programático original de la Internacional Comunista, que la había orientado en sus breves años de vida *real*.

Al mismo tiempo, y éste es un hecho que tendrá un peso mucho mayor en el balance de la historia, había creado las condiciones de una *organización centralizada de la clase en el terreno del enemigo de clase y en función de sus intereses*.

Cuando se otorgó nuevamente la palabra a los cañones todo estaba ya listo para que el movimiento "comunista", sin necesidad de detenerse en el estadio intermedio de una *capitulación resignada*, como en 1914, aceptase jugar el papel de *corresponsable activo* de la administración del Estado burgués; y, más todavía, para que este movimiento se convirtiese en su inspirador en el plano ideológico y en el promotor de su *máxima eficacia* en el plano práctico. Las condiciones esenciales estaban reunidas entonces para que la guerra imperialista no solamente se presentase ante los ojos vendados de los proletarios como una guerra de todo el pueblo, sino para que lo devenga de hecho. Una gran parte de la clase obrera se consagró a la guerra y a la paz imperialistas viendo en éstas condiciones previas indispensables para la "transición al socialismo", y fue arrastrada en esta galera gracias a la presencia física en los campos de batalla de una Rusia que se pretendía socialista y al *encuadramiento* político y militar de las grandes masas en el frente de la *salvaguardia y administración* del Orden social existente. En comparación con estos hechos, la traición de los socialdemócratas de la II Internacional (por otra parte rehabilitada y alabada hoy a justo título por los teóricos del eurocomunismo) puede ser considerada como un pecado venial.

En el Moscú renovado por los practicantes del "socialismo en un solo país", la burguesía encontró en 1939-45 (7) lo que ningún equipo socialdemócrata estaba en condiciones de proporcionarle: el apoyo de una organización fuertemente centralizada y disciplinada, adornada con los atractivos de la tradición revolucionaria. Y encontró aún más, ya que estos caracteres que existían en todos los partidos ligados al Kremlin estaban reunidos en un Estado moderno, armado con todas las cualidades específicas del Estado en general y del Estado burgués en particular; y que, además - hecho *único* e irremplazable -, hacía remontar su nacimiento a la grandiosa hoguera de una revolución proletaria.

La burguesía mundial pudo pasar de las devastaciones de la guerra al fervor de la reconstrucción, y de ésta al *boom* posbélico, sin graves conmociones ni dolorosos desgarrones del tejido económico, social y político. Pudo atravesar las alzas y bajas de la coyuntura normal, llegar a la crisis de 1975, afrontar sus consecuencias y prepararse para el futuro. A través de todos es-

(7) Decimos bien: desde 1939, ya que el paréntesis del pacto germano-soviético representaba solamente, respecto a la política seguida de 1941 a 1945, otra versión de la alineación de Rusia en uno de los frentes imperialistas.

tos acontecimientos, pudo volver a descubrir - aunque bajo una forma inédita - un movimiento supuestamente socialista y comunista o, más generalmente, un movimiento obrero fiel al principio de la solidaridad nacional, ávido por mostrar su capacidad de autolimitación en la lucha como en el consumo, diligente para aumentar la productividad del trabajo, preocupado por las inversiones productivas y por la expansión del Capital. En una palabra, el capitalismo pudo atravesar todo el ciclo de la segunda posguerra sin perder plumas en el camino. No tuvo necesidad de buscar una nueva forma de ser y de actuar, ni de adaptarse bien o mal a una "suspensión" o "violación" temporaria de sus leyes de funcionamiento; ni siquiera tuvo que hacer un pequeño esfuerzo de autodisciplina. No tuvo más que coger una ocasión única en la historia: su adversario estaba perfectamente organizado, encuadrado y formado en orden de combate, pero *al servicio de una causa ajena*.

Se trataba, verdaderamente, de un regalo regio que no le había costado el menor sacrificio a la clase dominante. La clase obrera fue quien lo pagó en el interminable holocausto marcado por esas grandes etapas que son los acontecimientos de China de 1926-27, de Rusia en 1927-28, de España en 1936-39. El sentido de este curso histórico era la destrucción de todo el cuerpo de teoría, de principios, de programa, de táctica y de organización en el cual estaba fundado el Partido Comunista Mundial *único*; el triunfo completo del Capital, el que logró someter por décadas a los proletarios y a las masas explotadas del mundo entero a sus orgías de sudor y sangre, de producción y masacre.

o o o

Treinta años después del segundo baño de sangre generalizado, el capitalismo se desliza, lenta pero inexorablemente, hacia una nueva matanza. Los partidos que celebran el 40º aniversario del estallido de la "gran guerra de liberación" antifascista y democrática, se esfuerzan, por consiguiente, por preparar el terreno para la movilización de la clase obrera bajo la bandera de una enésima cruzada, de una cruzada por la democracia, por la civilización, por el socialismo (con rostro humano, por supuesto), en una palabra, por... la paz.

Si ellos glorifican su acción pasada, si conmemoran la guerra de 1939-45 considerándola *necesaria y buena*, es para poder afirmar mejor que, en condiciones análogas (es decir, la democracia amenazada, el "socialismo" - ya construido o a punto de serlo - en peligro, la paz turbada), será necesario actuar *de la misma manera*; que una nueva guerra será necesaria y exigirá y merecerá la participación del proletariado. Es con este espíritu, espíritu de quien conmemora una *victoria* con la esperanza de poder conseguir otra semejante, que todo el espectro democrático y de la Resistencia evoca, en este momento, el otoño de 1939.

Pero esto no es suficiente para ellos. Ciertos historiadores del equipo neostalinista (8) que admiten sin reservas (¿y por

(8) Aquí citamos especialmente lo que escribe el historiador G. Procacci en *L'Unità* del 12 de Septiembre de 1979.

quē no habrían de hacerlo?) que una vez que la segunda guerra mundial había estallado había que lanzarse en ella y combatir *con entusiasmo*, que admiten (¡evidentemente!) que era necesario lanzar en esa hoguera todos los recursos de energías y devoción que sólo puede poseer la clase de los sin reservas, se plantean la grave pregunta : esta guerra, ¿era verdaderamente inevitable?

En consecuencia, aun cuando después sea justo celebrar en la guerra de 1939-45, y, contrariamente a la de 1914-18, una etapa *victoriosa* del proletariado mundial, ¿no habría que ver una *derrota* en su estallido mismo? ¿No sería acaso una derrota para el movimiento obrero el que con toda su potencia organizada no haya podido impedir que el fascismo (el supuesto *único* responsable de una masacre engendrada conjuntamente por "la paranoia de Hitler" y "la megalomanía de Mussolini") tomara el poder, particularmente en Alemania, y lo *conservara* hasta el punto de derrumbar un mundo no solo ávido de paz, sino constitucionalmente hecho para la paz?

La respuesta proletaria y marxista es simple y clara: *Sí*, la guerra *podría* haber sido evitada, o, si esto se revelaba imposible, *podría* haber sido interrumpida, pero *solamente* por la revolución comunista.

Evidentemente, estos señores no pueden decir lo mismo. Su respuesta es, lógicamente, otra muy distinta. *Sí*, la guerra *podría* haber sido evitada a *condición* de que no se esperase hasta 1939 o 1941 para desembarazarse de los últimos jirones de la tradición clasista que habían quedado pegados al vestuario ya populista y hasta convencionalmente burgués del stalinismo; a *condición* de superar la inercia de las viejas escisiones y de los persistentes "malentendidos" fratricidas en el seno del movimiento obrero, reconociendo a tiempo las "potencialidades de la lucha contra la guerra y el fascismo" que estaban "madurando en la socialdemocracia". Más aún, a *condición* de que reconociese a tiempo las potencialidades "del papel que la opinión pública podía desempeñar en una serie de países para influenciar la acción de los gobiernos en el sentido pacifista o antifascista"; las potencialidades del "frente amplio de los intelectuales - desde Thomas Mann a Charlie Chaplin (!) y Pablo Picasso - formado contra el fascismo y la guerra"; y las potencialidades "políticas de los contrastes que oponían los Estados fascistas a los Estados democráticos".

Para estos Sres., la guerra *podría* haber sido evitada a *condición* de borrar los últimos recuerdos leninistas y de la III Internacional para buscar "vías nuevas para todo el movimiento obrero y socialista"; a *condición* de no limitarse a promover Frentes Populares y gobiernos de Frente Popular, sino de descartar, de una vez por todas, las nostalgias revolucionarias y condenar por principio todas las "vías" que no pasen por las horcas caudinas de la unión de todos los hombres - ¡y Estados! - de buena voluntad; a *condición* de abrazar definitivamente el pacifismo interclasista, legalista y democrático. En una palabra, por lo que esta gente dice, habría existido un "4 de agosto del stalinismo", ¡pero habría consistido en no saber competir, mucho antes de 1939, con los grandes gestos humanitarios, evangélicos y vegetarianos de la Fabian Society!

La discusión que hizo furor durante un tiempo alrededor de esta grave cuestión histórica no es académica ni bizantina. Para arrastrar a la guerra imperialista a una clase obrera debidamente adoctrinada para que la acepte a gusto es difícil apoyarse so-

lamente en la propaganda intervencionista y en el llamamiento a la cruzada bajo una u otra de las banderas en presencia. Es también necesario desarrollar *paralelamente* campañas pacifistas que apunten a quitar a los proletarios vacilantes e indecisos las armas de su propia *defensa de clase*, a sumirlós en la *esperanzada y resignada del milagro de la reconciliación universal*, y llevarlos de este modo hasta el umbral de una tragedia colectiva que así se vuelve *efectivamente inevitable*.

La propaganda por las cruzadas democráticas es el instrumento de la preparación para la participación *activa* en la guerra imperialista; el pacifismo ultrademocrático educa para soportarla *pasivamente* después de haber favorecido su advenimiento por una inercia temerosa y por la fe embrutecida de los creyentes en Dios. Mientras la guerra no ha llegado aún, cada uno de éstos recita su papel. Cuando la guerra deja de ser una perspectiva lejana para volverse una realidad presente, se funden uno *con* otro y uno *dentro* del otro. Esta es una vieja lección secular para los proletarios formados en la escuela militante del comunismo.

Contra estas dos fuerzas organizadas para la conservación del modo de producción y de la sociedad capitalistas, con su paz inmunda y su guerra infame, la clase obrera mundial debe volver a tejer la red de sus propios instrumentos de lucha, sus organizaciones de *defensa económica inmediata* y su propio órgano político para el *ataque final*. Y sólo puede hacerlo manteniendo siempre presente en su memoria *activa* el recuerdo de las dos carnicerías mundiales y de las innumerables guerras locales y regionales con las que el capitalismo nos ha gratificado durante su ya demasiado larga existencia.

o o o

EL PROGRAMA COMUNISTA ha publicado en sus números 31 y 32 una serie *El proletariado y la guerra*, comprendiendo los artículos: Socialismo y nación - Guerra y revolución - Guerra imperialista y guerra revolucionaria - La guerra revolucionaria proletaria - La novela de la guerra santa - Estado proletario y guerra

Siguiendo el hilo del tiempo

Introducción

Conjuntamente con nuestras *Tesis características del Partido* y *Lecciones de las contrarrevoluciones*, ambas de septiembre de 1951 (1), los textos que publicamos a continuación constituyen los textos principales en base a los cuales se reconstituyó, hacia el final de la segunda guerra imperialista, el embrión del partido mundial de la revolución proletaria. En realidad, fue entre 1951 y 1952 que se reconoció la exigencia preeminente de volver a presentar orgánicamente la "doctrina uniforme, monolítica y constante del partido", con el objetivo de una no ficticia ni ilusoria superación del abismo "de depresión máxima de la curva del potencial revolucionario" que nos circundaba. Se reaccionó así contra el "practicismo", indudablemente generoso, pero "sin muchos escrúpulos doctrinales", con el cual ya durante la guerra, pero sobre todo en el primer quinquenio posbélico, los grupos que se reivindicaban genéricamente de la Izquierda Comunista "italiana" se habían zambullido con "decisión y vivacidad" en el vivo de la acción.

Se procedió a extraer, pues, de la lección de la contrarrevolución la confirmación de la integralidad y de la invariancia de la doctrina del partido, poniéndole - en toda su integralidad e invariancia firmemente restablecidas - en la base de la acción que jamás había sido renegada (a pesar de lo limitado que haya podido ser su alcance desde el punto de vista de la propaganda, del proselitismo, de la participación en las luchas económicas, etc.) Este trabajo estaba planteado sobre la base de una alta continuidad, coherencia y rigor teóricos.

Se trataba de oponer al "falso recurso del actualismo-activismo" (que "difama y abandona el trabajo doctrinal y la restaura

(1) Las *Tesis características del Partido* han sido publicadas en castellano en un opúsculo de Ed. Programme; las *Lecciones de las contrarrevoluciones*, publicadas en nuestra revista teórica internacional *Programme Communiste* nº 63, juin-août 1974, volverán a serlo próximamente, en esta revista.

ción teórica suponiendo que la acción y la lucha son todo", y que recae así "en la destrucción de la dialéctica y del determinismo marxistas al sustituir la inmensa búsqueda histórica de los raros momentos y puntos cruciales sobre los cuales apoyarse, por un voluntarismo descabellado, que es de hecho la peor y más crasa adaptación al statu quo y a sus miserables perspectivas inmediatas") el reconocimiento de que la contrarrevolución stalinista, la más radical y devastadora de la historia del movimiento obrero, no solo ha destruido la continuidad de este último, sino que también ha deformado y roto físicamente sus bases doctrinales y programáticas, e implicado en la confusión general incluso a los pocos elementos de vanguardia que se habían salvado de la matanza material y política. Por consiguiente, era tanto más urgente la reconstitución, con paciencia y casi pedazo a pedazo, del entero patrimonio teórico del marxismo, *conditio sine qua non* de una acción orgánica, no inmediatista ni, por consiguiente, fluctuante, del núcleo forzosamente muy reducido del partido futuro. Eso no significaba encerrarse en la famosa "torre de marfil" de la especulación "pura" o renunciar a las necesarias formas de manifestación del partido en sus relaciones con el mundo circundante, sino empeñar el máximo de las energías en la obra de la reconstrucción integral de la teoría y apoyar sólidamente en ella la praxis presente, y sobre todo la futura, libre de desbandadas, de oscilaciones o, incluso, de la mecánica repetición de fórmulas y de consignas tan comunes en las fases ardientes de la lucha (como las de la primera posguerra) como insuficientes, o simplemente negativas, en una fase de contrarrevolución rabiosa y de atonía (como lo es la actual).

Se reafirmó, por tanto, con vigor que "la clase revolucionaria podrá cumplir su tarea sólo si actúa en todo el transcurso de la tremenda lucha usando una doctrina y un método que permanezcan estables y estén estabilizados en un programa monolítico, por más que sea variabilísimo el número de sus partidarios y el resultado de las fases y de los choques sociales", que a su vez son los que determinan la ampliación o la restricción (lo que no significa la anulación) de algunos sectores de la actividad del partido.

Por desgracia, dicho trabajo no se desarrollaba paralelamente a un movimiento real en el cual podría haberse apoyado, y del cual podría haber extraído vigor, tal como le ocurrió a Lenin y a los bolcheviques entre el primer conflicto imperialista y su posguerra. Así como ocurre con todos los períodos que suceden a las derrotas catastróficas, el segundo período posbélico (si se enfrenta con coraje su realidad de cataclismo descomunal, y, en cuanto tal, con consecuencias largas y difíciles de absorber) daba sin embargo a la vanguardia comunista la ventaja de ofrecer un balance *material* del cual extraer no solamente la confirmación, sino también la posibilidad de una más completa e intransigente formulación de las tesis clásicas del marxismo en todos los terrenos; y ello, a la medida de la contrarrevolución que se desarrolló a la sombra del "socialismo en un solo país", la que había podido afirmarse con semejante potencia destructiva con la sola condición de destruir, junto al partido de la revolución proletaria mundial, el arsenal entero de sus armas críticas y de batalla, desde la teoría hasta la táctica y la organización.

Hemos de citar a continuación algunos nudos cruciales de nuestro trabajo de partido, porque cada uno de ellos se contrapone a desviaciones típicas producidas por la desbandada de una época altamente contrarrevolucionaria. A la luz de dicho balance di-

námico, resaltaba más que nunca, contra toda negación inmediatista fundada en supuestos democratoides, ante todo la visión marxista de la naturaleza y del papel del partido, de sus relaciones con la clase estadística y estáticamente entendida, de su función de guía, tanto en la preparación del asalto revolucionario como en su desarrollo y en el ejercicio dictatorial del poder conquistado y defendido; y, por ende, la visión del totalitarismo y del autoritarismo del partido, en polémica directa con el espontaneísmo antipartido que se alimenta del horror por el totalitarismo stalinista, a quien considera como un producto necesario de la visión marxista del papel central del partido en la revolución y en la dictadura proletaria, e incluso como un resultado forzoso de las bases y de las condiciones de existencia del partido mismo.

En segundo lugar, saltaba a la vista la exigencia de la fijación, digamos incluso codificación, de las normas de acción táctica del partido, en armonía con "el conjunto de eventualidades", anticipado por el programa, basándose en las leyes del movimiento de las clases en las convulsiones generales por las contradicciones internas del modo de producción y del orden social capitalista, en antítesis directa con el eclecticismo y el "contingentismo" presentes aun en grupos y corrientes subjetivamente ansiosos de no echar por la borda los principios.

Además, se precisaba la exigencia de la soldadura de la lucha revolucionaria del proletariado en los países de capitalismo desarrollado, con la perspectiva de la revolución comunista "pura", y de la lucha revolucionaria de las plebes oprimidas por el imperialismo en los países coloniales y semicoloniales, con la perspectiva de una revolución doble (democrático-burguesa empujada hasta sus últimas consecuencias que, en una situación internacional de auge revolucionario, podría llevar a su transformación en revolución proletaria); y ello, en oposición directa al indiferentismo de una falsa izquierda ante los movimientos de "liberación nacional".

Finalmente, se reconfirmaban las razones de nuestra táctica abstencionista (incluso en contraposición a la táctica, bien ligada a los principios, del "parlamentarismo revolucionario"), y los motivos de la necesaria participación del Partido en la lucha sindical y en las organizaciones obreras económicas, aunque se su piese que los pasos ulteriores del proceso de integración de éstos en el aparato estatal burgués, que es paralelo a la marcha inexorable del totalitarismo fascista, aun cuando se presente bajo el manto democrático y pluripartidario, planteaba y plantea, en términos bastante más complicados y problemáticos que en la primera posguerra, el problema de su reconquista para la lucha independiente de clase y, por tanto, para el Partido.

Más allá de estas reivindicaciones vitales (pero, en un cierto sentido, "derivadas" de ellas), el mismo balance debía permitírnos - y nos permitió - reafirmar, por un lado, nuestra certeza acerca de la crisis final del capitalismo en sus clásicas fortalezas euroamericanas, a pesar del pavoroso atraso de las condiciones "subjetivas" de su superación revolucionaria; y, por otro definir con el máximo rigor la apreciación histórica, en el ámbito del capitalismo mundial, de la estructura económica y social de la Rusia de hoy. En el contexto general de este fundamental trabajo de sistematización teórica, este balance nos llevó a volver a presentar en plena luz "las reivindicaciones originales y esenciales" del marxismo tal como son en su grandeza, imponente desde hace por lo menos un siglo, liquidando las banalidades con

las que las sustituyen incluso muchos de los que no están en el pantano stalinista, haciendo pasar por comunismo demandas burguesoides populares"; en suma, "volver a descubrir" *qué cosa es el comunismo*, y qué cosa sólo él puede ser, para vergüenza de los miles y un vendedores de mercancía averiada con la etiqueta "socialista". Pero todo eso implicaba recoger *integralmente* los textos clásicos en todos los sectores correlacionados de la doctrina, cuya invariancia se había reafirmado. No se vaciló en proclamar que dicho trabajo sería largo y difícil, que absorbería años y años, y que, "por otra parte, la relación de fuerzas de la situación mundial no puede invertirse antes de decenios". Y se añadió: "todo espíritu estúpido y falsamente revolucionario de aventura rápida debe ser removido y despreciado en cuanto es propio de quien no sabe resistir en la posición revolucionaria y, como en tantos ejemplos de la historia de las desviaciones, abandona la vía maestra por los callejones equívocos del éxito a breve plazo".

Estos textos, conjuntamente con las *Tesis características del Partido* y las *Lecciones de las contrarrevoluciones*, ilustran sólo los primeros pasos de esta compleja elaboración, bien que se trate de pasos fundamentales. Pueden ser resumidos así:

- Vigorosa afirmación de la *invariancia* del marxismo contra toda pretensión de "corregir", "actualizar" o "renovar" una doctrina nacida en un solo bloque en 1847-1848 y destinada a señalar la vía de la lucha de emancipación del proletariado en *todo* el arco histórico que llevará a su victoria;

- Exposición de la tesis fundamental de principio según la cual *la clase no está definida* por la suma estadística de sus componentes ni por el burdo criterio de su posición en el marco de la economía capitalista, sino *por su camino y tarea históricos*, y, por consiguiente, por el programa en que se basa el Partido comunista, único y mundial, desde 1848;

- *Precisión de la necesaria relación entre teoría y acción, entre partido y clase, entre partido y acción (y organización) económica*; precisión, pues, del sentido en que el marxismo habla de la "inversión de la praxis";

- Extracción de las *lecciones de las contrarrevoluciones*; y, muy especialmente, de la stalinista; y constatación científica de la *naturaleza revolucionaria, pero capitalista, de la economía y de la estructura social de la Rusia de hoy*. Este ha sido el punto de arribo inevitable de la victoria de la contrarrevolución stalinista, por la ausencia de la revolución socialista en Occidente, en la cual el marxismo había visto siempre la condición *sine qua non* del "transcrecimiento" de la revolución democrática radical - dirigida por el proletariado - en revolución proletaria, no solo desde el punto de vista político, sino también del económico y social;

- Delineamiento del programa inmediato posrevolucionario en los países de capitalismo desarrollado, en los que se plantea directamente, precisamente por ese desarrollo, el problema del paso de la conquista revolucionaria del poder, mediante la dictadura del proletariado, al socialismo.

Los textos publicados aquí no solo constituyen una parte fundamental e intangible de una batalla que ha permitido la reconstrucción de la teoría y del embrión del Partido mundial de la revolución comunista, sino que también forman una de las piedras basales para la sana extensión y segura consolidación de su red

internacional, sobre todo allí, como es el caso de toda el área iberoamericana, donde se trata de introducir, por primera vez en la Historia, la tradición no averiada ni prostituida del comunismo revolucionario.

o o o

Reunión de Milán 7 de setiembre de 1952

I. La « invariancia » histórica del marxismo

1.- Se emplea la expresión "marxismo" no en el sentido de una doctrina descubierta e introducida por el individuo Karl Marx, sino para referirse a la doctrina que surge con el proletariado industrial moderno y que lo "acompaña" en todo el curso de una revolución social; y conservamos el término "marxismo" pese al vasto campo de especulación y de explotación del mismo por parte de una serie de movimientos antirrevolucionarios.

2.- El marxismo, en su única acepción válida, cuenta hoy con tres grupos principales de adversarios. Primer grupo: los burgueses que sostienen como definitivo el tipo capitalista mercantil de economía y como ilusoria su superación histórica con el modo socialista de producción, y que con coherencia rechazan integralmente la doctrina del determinismo económico y de la lucha de clases. Segundo grupo: los llamados comunistas stalinistas, que declaran aceptar la doctrina histórica y económica marxista, pero que plantean y defienden, incluso en los países capitalistas desarrollados, reivindicaciones no revolucionarias, idénticas, si no peores, a las políticas (democracia) y económicas (progresismo popular) de los reformistas tradicionales. Tercer grupo: los partidarios declarados de la doctrina y del método revolucionario que, sin embargo, atribuyen su actual abandono por parte de la mayoría del proletariado a defectos y lagunas iniciales en la teoría que, por consiguiente, debería ser rectificada y actualizada.

Negadores - falsificadores - actualizadores. Nosotros combatimos a los tres y consideramos que hoy los últimos son los peores.

3.- La historia de la izquierda marxista, la del marxismo radical, más exactamente, la *del marxismo*, consiste en las sucesivas resistencias a todas las "oleadas" del revisionismo que han atacado diferentes puntos de la doctrina y del método, a partir de su formación orgánica y monolítica que se puede hacer coincidir con el *Manifiesto* de 1848. En otros textos hemos recordado la historia de esas luchas en las tres Internacionales históricas contra utopistas, obreristas, libertarios, socialdemócratas reformistas y gradualistas, sindicalistas de izquierda y de derecha,

socialpatriotas, y hoy nacionalcomunistas o comunistas populares. Esta lucha ha cubierto el campo de cuatro generaciones y en sus diferentes fases, no pertenece a una serie de nombres, sino a una *escuela* bien definida y compacta, y, en el sentido histórico, a un *partido* bien definido.

4.- Está difícil y larga lucha perdería su nexo con la futura reanudación de la revolución si, en lugar de extraer de ella la lección de la "invariancia", se aceptase la idea banal de que el marxismo es una teoría en "continua elaboración histórica" que se modifica con el curso y las enseñanzas de los acontecimientos. Esta es, invariablemente, la justificación de todas las traiciones cuyas experiencias se han acumulado, así como la de todas las derrotas revolucionarias.

5.- La negación materialista de que un "sistema" teórico surgido en un momento dado (y, peor aún, surgido en la mente y ordenado en la obra de un hombre determinado, pensador o jefe histórico, o las dos cosas al mismo tiempo) pueda contener irrevocablemente todo el curso del futuro histórico, sus reglas y principios, no debe comprenderse en el sentido de que no existan sistemas de principios estables para un larguísimo curso histórico. Por el contrario, su estabilidad y resistencia a ser mellados, y hasta a ser "mejorados", es un elemento de fuerza primordial de la "clase social" a la cual pertenecen y cuya tarea histórica e intereses reflejan. La sucesión de tales sistemas y cuerpos de doctrina y de praxis no está ligada al advenimiento de hombres que marcan las etapas, sino a la sucesión de los "modos de producción", es decir, de los tipos de organización material de la vida de las colectividades humanas.

6.- A pesar de haber reconocido obviamente como erróneo el contenido formal de los cuerpos de doctrina de todos los grandes cursos históricos, el materialismo dialéctico no niega con esto que hayan sido necesarios en su época, y mucho menos se imagina que el error hubiera podido ser evitado con mejores pensamientos de sabios o legisladores, y que se hubiera podido *advertir* antes sus errores y hacer las rectificaciones. Todo sistema posee su explicación y su razón de ser en su ciclo, y los más significativos son aquellos que con mayor organicidad se han mantenido inalterados a través de largas luchas.

7.- Según el marxismo, no existe un progreso continuo y gradual en la historia en cuanto (ante todo) a la organización de los recursos productivos, sino una serie de saltos hacia adelante distantes y sucesivos que revolucionan profundamente y de raíz todo el aparato económico y social. Son verdaderos cataclismos, catástrofes, rápidas crisis en las que todo cambia en un breve lapso de tiempo, mientras que había permanecido sin cambio durante un larguísimo período; son crisis como las del mundo físico, de las estrellas del cosmos, de la geología y de la filogénesis misma de los organismos vivientes.

8.- Al ser la ideología de clase una superestructura de los modos de producción, tampoco ella se forma por el afluir cotidiano de granos de saber; ella aparece en el desgarrón de un choque violento y guía a la clase que representa, en forma sustancialmente monolítica y estable, por una larga serie de luchas y conatos, hasta la fase crítica siguiente, hasta la revolución histórica siguiente.

9.- Las doctrinas del capitalismo, precisamente, al justificar las revoluciones sociales del pasado hasta la revolución

burguesa, afirmaban que, en adelante, la historia avanzaría por una vía de gradual elevación y sin otras catástrofes sociales, dado que los sistemas ideológicos, evolucionando paulatinamente, absorberían el flujo de nuevas conquistas del saber puro y aplicado. El marxismo demostró la falacia de tal visión del futuro.

10.- El marxismo mismo no puede ser una doctrina que se va plasmando y replasmando cada día con nuevos aportes y con la sustitución de pedazos (¡mejor dicho, de remiendos y parches!) porque es aún, a pesar de ser la última, una de las doctrinas que son un arma de una clase dominada y explotada que debe revolucionar las relaciones sociales, y que, al hacerlo, es de mil maneras el objeto de las influencias conservadoras de las formas e ideologías tradicionales propias de las clases enemigas.

11.- Aun pudiendo desde hoy - o, más bien, desde que el proletariado ha aparecido en la gran escena histórica - entrever la historia de la sociedad futura ya sin clases y, por tanto, ya sin revoluciones, debe afirmarse que, durante el larguísimo período que conducirá a ella, la clase revolucionaria podrá cumplir su tarea sólo si actúa en todo el transcurso de la tremenda lucha usando una doctrina y un método que permanezcan estables y estén estabilizados en un programa monolítico, por más que sea variable el número de sus partidarios y el resultado de las fases y de los choques sociales.

12.- Por consiguiente, a pesar de que la dotación ideológica de la clase obrera revolucionaria ya no es revelación, mito o idealismo como para las clases precedentes, sino "ciencia" positiva, ella tiene necesidad, sin embargo, de una formulación estable de sus principios, e incluso de sus reglas de acción, que cumpla el papel y tenga la eficacia decisiva que en el pasado han tenido dogmas, catecismos, tablas, constituciones y libros-guías como los Vedas, el Talmud, la Biblia, el Corán o las declaraciones de los Derechos. Los profundos errores sustanciales y formales contenidos en aquellas compilaciones no les han quitado su enorme fuerza organizadora y social (primero revolucionaria, después contrarrevolucionaria, en dialéctica sucesión); es más, en muchos casos, esos "descarrios" han contribuido precisamente a formar esa fuerza.

13.- Precisamente, dado que el marxismo niega todo sentido a la búsqueda de la "verdad absoluta" y no ve en la doctrina un dato del espíritu eterno y de la razón abstracta, sino un "instrumento" de trabajo y un "arma" de combate, postula que en la plenitud del esfuerzo y en el apogeo de la batalla no se abandona, para "repararlos", ni el instrumento ni el arma, sino que se vence en tiempos de paz y de guerra blandiendo desde el inicio uten silios y armas buenas.

14.- Una nueva doctrina no puede aparecer en cualquier momento histórico, sino que existen determinadas épocas de la historia, bien características - e incluso rarísimas -, en las que puede aparecer como un haz de luz enceguecedora; si no se ha reconocido el momento crucial y clavado la vista en la terrible luz es vano recurrir a los cabos de vela con los que se abre la vía el pedante académico o el luchador con escasa fe.

15.- Para la clase proletaria moderna que se formó en los primeros países de gran desarrollo industrial capitalista, las tinieblas se desgarraron poco antes de la mitad del siglo pasado. La doctrina integral en la que creemos, en la que debemos y queremos creer, tuvo entonces todos los datos para formarse y des-

cribir un curso de siglos (que deberá verificarla y remacharla después de luchas inmensas). O esta posición resultará válida o la doctrina será convicta de falsedad, pero entonces la declaración de la aparición de una nueva clase con un carácter, un programa y una función revolucionaria propios en la historia habrá sido una afirmación vacía. Por consiguiente, quien se pone a sustituir partes, tesis o artículos esenciales del "corpus" marxista que poseemos desde hace cerca de un siglo destruye su fuerza de un modo peor que aquel que lo reniega completamente y que proclama su aborto.

16.- Al período "explosivo", en el cual la novedad misma de la nueva reivindicación la vuelve clara y le da límites tajantes, le sigue un período cuya particularidad puede ser y es, de tal estabilidad en virtud del carácter crónico tomado por las situaciones, que no se obtiene un mejoramiento y un reforzamiento, sino una involución y degeneración de la llamada "conciencia" de la clase. Toda la historia del marxismo prueba que los momentos en que la lucha de clases recrudece son aquellos en los cuales la teoría retorna con afirmaciones memorables a sus orígenes y a su primera expresión integral: basta con recordar la Comuna de París, la revolución bolchevique y la primera posguerra mundial en Occidente.

17.- El principio de la invariancia histórica de las doctrinas que reflejan la tarea de las clases protagonistas, e incluso el de los potentes retornos a las tablas originales, se aplica a todos los grandes cursos históricos. Dicho principio se opone a la suposición comadrera de que cada generación y cada estación de la moda intelectual es más potente que la precedente, al necio cliché del avance continuo e incesante del progreso civil, y a otros prejuicios burgueses similares de los que pocos de los que se endosan el adjetivo de marxistas están verdaderamente exentos.

18.- Todos los mitos expresan esto, y sobre todo los mitos de los semidioses-semihombres, o de los sabios que tuvieron una entrevista con el Ser Supremo. Es insensato reírse de tales representaciones; sólo el marxismo ha permitido encontrar sus infraestructuras reales y materiales. Rama, Moisés, Cristo, Mahoma, todos los profetas y héroes que abren siglos de historia de los diversos pueblos, son expresiones diferentes de este hecho real que corresponde a un salto enorme en el "modo de producción". En el mito pagano, la sabiduría, es decir, Minerva, no sale del cerebro de Júpiter en virtud del dictado de volúmenes enteros a endebles escribas, sino merced al martillazo del dios-obrero Vulcano, llamado para calmar una irrefrenable jaqueca. En el otro extremo de la historia, y frente a la doctrina iluminista de la nueva Diosa Razón, Graco Babeuf se levantará como un gigante, toscó en su presentación teórica, para decir que la fuerza física material hace avanzar más que la razón y el saber.

19.- Tampoco faltan los ejemplos de los restauradores frente a las degeneraciones revisionistas, como lo es Francisco de Asís respecto a Cristo cuando el cristianismo surgido para la redención social de los humildes se acomoda entre las cortes de los señores medievales; como lo habían sido los Graco respecto a Bruto; y como tantas veces lo debieron ser los precursores de una clase por venir respecto a los revolucionarios que reniegan de la fase heroica de las clases precedentes: luchas en Francia de 1831, 1848, 1849 y otras fases innumerables en toda Europa.

20.- Nosotros sostenemos que todos los grandes acontecimientos recientes son otras tantas confirmaciones categóricas e integrales de la teoría y de la previsión marxistas. Nos referimos sobre todo a los puntos que han provocado, una vez más, las grandes deserciones del terreno de clase y que han confundido incluso a aquellos que juzgan las posiciones stalinistas como completamente oportunistas. Estos puntos son el advenimiento de formas capitalistas centralizadas y totalitarias (tanto en el campo económico como en el campo político), la economía dirigida, el capitalismo de Estado, las dictaduras burguesas abiertas; y, por otra parte, el proceso del desarrollo ruso y asiático desde el punto de vista social y político. Vemos, pues, tanto la confirmación de nuestra doctrina como la de su nacimiento en forma monolítica en una época crucial.

21.- Quien lograra oponer a la teoría marxista los acontecimientos históricos de este volcánico período probaría que es errónea, que ha fracasado completamente, y, con ella, toda tentativa de deducir de las relaciones económicas las líneas directrices del curso histórico. Al mismo tiempo, lograría probar que, en cualquier fase, los acontecimientos constriñen a establecer nuevas deducciones, explicaciones y teorías, y a aceptar, por consiguiente, la posibilidad de proponer nuevos y diferentes medios de acción.

22.- Una salida ilusoria para las dificultades del momento es la de admitir que la teoría de base debe permanecer mutable y que precisamente hoy sea el momento de lanzar nuevos capítulos de la misma, de modo que, como resultado de tal acto del pensamiento, la situación desfavorable se invierta. Además, es una aberración que dicha tarea sea asumida por grupitos con efectivos irrisorios y, peor aún, resuelta con una libre discusión que parodie a escala liliputiense el parlamentarismo burgués y el famoso choque de las opiniones individuales, lo cual no es un novísimo recurso sino una vieja tontería.

23.- Este es un momento de depresión máxima de la curva del potencial revolucionario; por tanto, está alejado décadas enteras de los momentos aptos para el parto de teorías históricas originales. En este momento, que está privado de perspectivas próximas de una gran conmoción social, no solo es un dato lógico de la situación la disgregación política de la clase proletaria mundial, sino que es lógico que sean pequeños grupos los que sepan mantener el hilo histórico conductor del gran curso revolucionario, tendido como un gran arco entre dos revoluciones sociales, con la condición de que tales grupos demuestren no querer difundir nada original y permanezcan estrechamente adheridos a las formulaciones tradicionales del marxismo.

24.- La crítica, la duda y la puesta en tela de juicio de todas las viejas concepciones bien consolidadas fueron elementos vigorosos de la gran revolución burguesa moderna que embistió con gigantescas oleadas a las ciencias naturales, al orden social y a los poderes políticos y militares, para avanzar después y asomarse con un impulso iconoclasta mucho menor a las ciencias de la sociedad humana y del curso histórico. Precisamente, esto fue el resultado de una época de profunda conmoción que se encontraba a horcajadas entre el medioevo feudal y agrario y la sociedad moderna industrial y capitalista. La crítica fue el efecto y no el motor de la inmensa y compleja lucha.

25.- La duda y el control de la conciencia individual son una expresión de la reforma burguesa contra la compacta tradición

y la autoridad de la Iglesia cristiana, y se tradujeron en el puritanismo más hipócrita que, con la bandera de la conformidad burguesa a la moral religiosa o al derecho individual, promovió y protegió el nuevo dominio de clase y la nueva forma de sujeción de las masas. Opuesta es la vía de la revolución proletaria, en la cual la conciencia individual no es nada y la dirección unitaria de la acción colectiva es todo.

26.- Cuando Marx dijo en las famosas tesis sobre Feuerbach que los filósofos habían interpretado suficientemente el mundo y que ahora se trataba de transformarlo, no quiso decir que la voluntad de transformar condiciona el hecho de la transformación, si no que primero viene la transformación determinada por el choque de fuerzas colectivas, y sólo después la conciencia crítica de ella en los sujetos individuales. Estos no actúan en virtud de una decisión madurada por cada uno, sino de influencias que preceden a la ciencia y a la conciencia.

El paso del arma de la crítica a la crítica con las armas desplaza precisamente el todo del sujeto pensante a la masa militante, de manera que sean armas no solo los fusiles y los cañones, sino sobre todo aquel instrumento real que es la doctrina común del partido, uniforme, monolítica y constante, a la cual todos estamos subordinados y ligados, acabando con el discutir comadrero y sabelotodo.

II. El falso recurso del activismo

1.- Una objeción corriente, que a su vez no es original, si no que ya ha acompañado a los peores episodios de degeneración del movimiento, es aquella que subestima la claridad y la continuidad en el terreno de los principios, e incita a "ser políticos", a sumergirse en la actividad del movimiento (el cual enseñará las vías a tomar), a no detenerse para decidir compulsando textos y analizando experiencias precedentes, sino a avanzar sin tregua al calor de la acción.

2.- A su vez, este practicismo es una deformación del marxismo, sea por querer poner en primer plano el espíritu de decisión y la vivacidad de grupos de dirección y de vanguardia sin muchos escrúpulos doctrinales, sea por reconducir a una decisión y a una consultación "de la clase" y de sus mayorías, dándose aires de elegir la vía que, impulsados por el interés económico, la mayor parte de los trabajadores prefiere. Son trucos viejos, y ningún traidor y vendido a la clase dominante se ha ido jamás sin sostener, primero, que él era el mejor y el más activo propugnador "práctico" de los intereses obreros, y, segundo, que actuaba así por la voluntad manifiesta de la masa de sus partidarios... o electores.

3.- La desviación revisionista, por ejemplo la evolucionista, reformista y legalitaria de Bernstein, en el fondo era activista y no ultradeterminista. No se trataba de sustituir al vasto fin revolucionario por lo poco que la situación permitía obtener a los obreros, sino de cerrar los ojos frente a la ardiente visión del arco histórico y decir: el resultado del momento es

todo, propongámonos - no universalmente, sino local y transitoriamente - fines inmediatos reducidos, y será posible plasmar tales resultados con la voluntad. Los sindicalistas partidarios de la violencia a la Sorel dijeron lo mismo, y tuvieron el mismo fin. Los primeros apuntaban más a arrancar parlamentariamente medidas legislativas; los segundos a obtener victorias a nivel de empresa y de categoría. Ambos volvían la espalda a las tareas históricas.

4.- Todas éstas y las otras mil formas de "eclecticismo", esto es, de la libertad reivindicada de cambiar frentes y cuerpos de doctrina, comenzaron con una falsificación: pretendían que semejante rectificación continua de la línea de tiro, o cambio de ruta, se encontrase en la orientación y en los escritos de Marx y Engels. En todo nuestro trabajo, con abundancia de profundizados estudios y citas, hemos mostrado la continuidad de esa línea, poniendo de relieve, entre otras cosas, que las obras y los textos más recientes se remiten, con las mismas palabras y con el mismo sentido, a los pasajes y a las teorías fundamentales de los primeros textos.

5.- Es una leyenda hueca, pues, la de las dos "almas" sucesivas de Marx. Según ella, el joven habría sido todavía idealista, voluntarista, hegeliano y, bajo el influjo de los últimos estremecimientos de las revoluciones burguesas, "barricadero" e insurreccionalista. El maduro se habría vuelto un frío estudioso de los fenómenos económicos contemporáneos, positivo, evolucionista y legalitario. Por el contrario, son las reiteradas desviaciones cuya larga serie hemos ilustrado tantas veces (aunque se presenten para la acepción banal como extremistas o moderadas) las que, al no resistir la tensión revolucionaria del materialismo dialéctico, han recaído en una desviación igualmente burguesa, de naturaleza idealista, individualista, "concientizadora", cuya actividad comadrera, concreta y secundaria, es pasividad (más bien, impotencia revolucionaria irrevocable) a escala histórica.

6.- Bastaría recordar que la conclusión final del primer libro del *Capital*, donde se describe la expropiación de los expropiadores, muestra - como lo indica una nota - no ser más que la repetición del pasaje correspondiente del *Manifiesto*. Las teorías económicas del segundo y del tercer libro no son más que desarrollos sobre el tronco de la teoría del valor y del plusvalor dada en el primero, con los mismos términos, fórmulas y hasta con los mismos símbolos, y en vano Antonio Graziadei intentó romper dicha unidad. También es ficticia la separación entre la parte analítica y descriptiva del capitalismo, y la parte programática de la conquista del socialismo. Todos los que degeneraron han demostrado no haber aferrado jamás la potencia de la crítica marxista del utopismo, como tampoco aferraron la crítica del demócratismo. No se trata de pintarse un objetivo y quedarse satisfecho con haberlo soñado, o esperar que el color rosa del sueño mueva a todos a hacerlo realidad, sino de encontrar el fin que se debe alcanzar sólida y físicamente, y apuntar directamente a él, seguros de que la ceguera y la inconsciencia humanas no impedirán que sea alcanzado.

7.- Es ciertamente fundamental que Marx haya establecido el nexo (ya presentado por los mejores utopistas) entre esta lejana realización y el movimiento físico actual de una clase social ya en lucha: el proletariado moderno. Pero esto no alcanza para entender toda la dinámica de la revolución de clase. Si se conoce toda la construcción de la obra de Marx, que no le fue per

mitido acabar, se ve que él reservaba para coronarla este problema del carácter y de la actividad impersonal de la clase, que ya estaba claro, sin embargo, en su pensamiento y en sus textos.

Con dicho tratamiento se corona toda la construcción económica y social de la única manera conforme al método que ha permitido establecerla.

8.- Sería insuficiente decir que el determinismo marxista elimina como causas motrices de los hechos históricos (una vez más : no se confunda la causa motriz con el agente operante) a la calidad y a la actividad del pensamiento o de lucha de hombres de valor excepcional, y que los sustituye por las clases, entendidas como colectividades estadísticas de individuos, trasladando simplemente los factores ideales de conciencia y de colectividad de uno a muchos hombres. Esto sería solamente pasar de una filosofía aristocrática a una demopopular más alejada aún de nosotros que la primera. De lo que se trata es de invertir el emplazamiento de la causa y transferirlo fuera de la conciencia ideal, al hecho físico y material.

9.- La tesis marxista dice que no es posible, ante todo, que la conciencia del camino histórico aparezca anticipada en una sola cabeza humana, y esto por dos motivos : el primero es que la conciencia no precede sino que sigue al *ser*, es decir, a las condiciones materiales que circundan al sujeto de la propia conciencia; el segundo es que todas las formas de la conciencia social provienen - con cierta fase de retraso para que exista el tiempo necesario para la determinación general - de circunstancias análogas y paralelas consistentes en las relaciones económicas en que se encuentran masas de individuos que forman, por consiguiente, una clase social. Estos son llevados a "actuar juntos" históricamente mucho antes de que puedan "pensar juntos". La teoría de esta relación entre las condiciones de clase y la acción de clase con su futuro punto de llegada no le es pedida a nadie, en el sentido en que no le es pedida a un autor o jefe suelto, y ni siquiera "a toda la clase" como suma bruta y momentánea de individuos en un país o en un momento determinados, y mucho menos aún podría ser deducida de una burguesísima "consulta" en el seno de la clase.

10.- La dictadura del proletariado no es para nosotros una democracia consultiva introducida en el seno del proletariado, si no la fuerza histórica organizada que, en un determinado momento, seguida por una parte del proletariado, e incluso no por la más grande, expresa la presión material que hace saltar el viejo modo de producción burgués para abrir la vía al nuevo modo de producción comunista.

En todo esto no es de importancia secundaria el factor, siempre indicado por Marx, constituido por los desertores de la clase dominante que pasan al campo revolucionario y contrapesan la acción de masas enteras de proletarios que están al servicio de la burguesía como resultado de su esclavitud material e ideológica, masas que casi siempre representan la mayor parte estadística de la clase.

11.- Todo el balance de la revolución en Rusia no conduce de ningún modo nuestra corriente a atribuir su pasivo a la violación de la democracia interna de la clase, o a tener dudas sobre la teoría marxista y leninista de la dictadura, la que no tiene por juez y límite a fórmulas constitucionales u organizativas, sino solamente a la histórica relación de fuerzas.

Por el contrario, el abandono completo del terreno de la dictadura de clase se pone precisamente de manifiesto en la completa alteración stalinista del método revolucionario. No menos que todos los demás, los ex-comunistas pasan por doquier al terreno de la democracia, se ponen en el de la democracia popular y nacional, y tanto en Rusia como fuera de ella abandonan con toda su política los objetivos de clase por objetivos nacionales, lo que es reconocido incluso por la habitual descripción vulgar de su política como una simple red de espionaje del Estado ruso más allá de sus fronteras. Todo aquel que tantea la vía democrática emboca la vía capitalista. Y así es con los vagos antistalinistas que gritan en nombre de la opinión proletaria pisoteada en Rusia.

12.- Serían innumerables las citas de Marx que demuestran esta impersonalidad del factor del acontecimiento histórico, sin la cual sería imposible proponer la teoría de su materialidad.

Nosotros sabemos que Marx sólo completó el primer libro de su gran obra *El Capital*. En las cartas y prefacios, Engels recuerda lo arduo del trabajo que fue necesario para ordenar el segundo y el tercer libro (aparte del cuarto, que es una historia de las doctrinas económicas adversas).

Al mismo Engels le quedaron dudas sobre el orden de los capítulos y secciones de los dos libros que estudian el proceso de conjunto de las formas del capitalismo, no para "describir" el capitalismo del tiempo de Marx, sino para demostrar que, pase lo que pase, la forma del proceso general no se encamina a situaciones de equilibrio y a un "estado de régimen" (como sería el de un río perenne y constante sin menguantes ni inundaciones), sino a una serie de crisis cada vez más agudas y a la caída revolucionaria de la "forma general" examinada.

13.- Tal como lo había indicado en el prefacio de 1859 a la *Crítica de la economía política*, primera redacción del *Capital*, después de haber tratado de las tres clases fundamentales de la sociedad moderna (terratenientes, capitalistas, proletarios), Marx se reservaba otros tres argumentos: "Estado, comercio internacional, mercado mundial". La cuestión del Estado se encuentra en el texto sobre la Comuna de París de 1871 y en los clásicos capítulos de Engels, como así también en *El Estado y la Revolución*, y la cuestión del "comercio internacional" en *El Imperialismo* de Lenin. Se trata del trabajo de una escuela histórica y no de la *Opera Omnia* de una persona. La cuestión del "mercado mundial", a la cual un Stalin moribundo aludió con la débil teoría del doble mercado, llamea hoy en el libro de los hechos, que no se sabe leer: ¿es aquí donde se podrían encontrar las mechas del incendio que presentará el capitalismo mundial en la segunda mitad del siglo, si los investigadores no se hubiesen dado a correr tras las suertes de las Patrias y de los Pueblos, y de los sistemas ideológicos en bancarrota de la época burguesa: Paz, Libertad, Independencia, Santidad de la Persona, constitucionalidad de las elecciones electorales!...

14.- Después de haber tratado el modo en que el producto social se divide entre las tres clases fundamentales formando sus ingresos económicos (o, dicho menos exactamente, sus réditos): la renta, la ganancia y el salario; después de haber demostrado que la transferencia de la primera al Estado no cambiaría el orden capitalista, y que ni siquiera toda la transferencia del plusvalor al Estado rebasaría los límites de la forma de producción ca-

pitalista (en la medida en que el despilfarro de trabajo vivo, es decir, la intensidad y la duración del trabajo, seguiría siendo el mismo debido a la forma empresarial y mercantil del sistema), Marx concluye así la parte estrictamente económica: "La segunda característica específica del régimen capitalista de producción es que la producción de plusvalor es la finalidad directa y el móvil determinante de la producción. El capital produce esencialmente capital, pero no lo hace más que produciendo plusvalor" (2).

(Sólo el comunismo será capaz de crear plusproducto que no se transforme en capital).

Pero la causa no está de ningún modo en la existencia del capitalista, o de la clase capitalista, que no solo son puros efectos, sino incluso efectos no necesarios.

"En el régimen capitalista de producción la masa de los productores directos encuentra frente a sí el carácter social de su producción bajo la forma de una autoridad organizadora severa y de un mecanismo social del proceso de trabajo completamente jerarquizado (es decir: burocratizado! -ndr), pero esta autoridad sólo compete a quienes la ostentan como personificación de las condiciones de trabajo frente al trabajo y no, como bajo formas anteriores de producción, en cuanto titulares del poder político o teocrático. Entre los representantes de esta autoridad, o sea, entre los mismos capitalistas, que se enfrentan simplemente como poseedores de mercancías, reina la anarquía más completa, dentro de la cual los nexos internos de la producción social sólo se imponen a la arbitrariedad individual como una ley natural omnipotente" (3).

Por consiguiente, es necesario y suficiente atenerse a la invariabilidad formidable del texto para confinar a los pretendidos actualizadores en las tinieblas del más burdo prejuicio burgués, el que busca al responsable de toda inferioridad social en el "arbitrio individual", o a lo sumo en la "responsabilidad colectiva de una clase social", mientras que, desde entonces, todo estaba perfectamente claro, y el capitalista o la clase capitalista podían dejar aquí o allá de "personificar" al capital, pero éste seguiría existiendo, frente a nosotros y contra nosotros, como "mecanismo social", como "ley natural omnipotente" del proceso de producción.

15.- Este es el formidable y conclusivo capítulo LI que cierra la "descripción" de la economía presente, pero que en cada página "evoca" el espectro de la revolución. El siguiente capítulo LII, de poco más de una página, es aquel en el cual el cansado Engels, debajo del interrumpido renglón, escribió entre corchetes: "Aquí se interrumpe el manuscrito".

Título: "Las clases". Estamos en el umbral de la inversión de la praxis; y, habiendo rechazado el arbitrio individual, partimos en búsqueda del agente de la revolución.

Ante todo, el capítulo dice: hemos dado las leyes de la sociedad capitalista pura, con las tres clases mencionadas. Pero ésta ni siquiera existe en Inglaterra (ni siquiera existe en 1953, allí o en otro lugar, ni existirá jamás, al igual que los dos ú-

(2) *El Capital*, Libro III, Cap. LI.

(3) *Ibidem*.

nicos puntos materiales dotados de masa a los que la ley de Newton reduce el cosmos).

"El problema que inmediatamente se plantea es éste : ¿qué es lo que forma una clase?".

"A primera vista, es la identidad de sus rentas, de las fuentes de renta".

"Sin embargo, desde *este* punto de vista, también los médicos y los funcionarios, por ejemplo, formarían dos clases distintas, pues pertenecen a dos grupos sociales distintos, cuyos componentes viven de rentas procedentes de la misma fuente en cada uno de ellos. Y lo mismo podría decirse de la infinita variedad de intereses y situaciones que provoca la división del trabajo social entre los obreros, los capitalistas y los terratenientes (estos últimos, por ejemplo, están divididos en propietarios de viñedos, propietarios de tierras de labor, propietarios de bosques, propietarios de minas, de pesquerías, etc...)".

El pensamiento y el período se interrumpen aquí. Pero es suficiente.

16.- Sin reclamar derechos de autor sobre frase alguna, se puede completar el capítulo crucial, interrumpido por la muerte, arbitrario incidente individual para Karl Marx, quien en relación a esto solía citar a Epicuro, al cual, siendo un joven doctorcito, había consagrado su tesis de doctorado. Como lo expresara Engels : "todo acontecimiento que deriva de la necesidad lleva en sí su propio consuelo". Es inútil lamentarse.

No es la identidad de las fuentes de ingreso, como parece "a primera vista", lo que define a la clase.

Sindicalismo, obrerismo, laborismo, corporativismo, mazzinismo, socialcristianismo, ya sean del pasado o del futuro, son abatidos de un solo golpe y para siempre.

Nuestra conquista iba mucho más allá del flácido reconocimiento por parte de ciertos ideólogos del espíritu y del individuo, de la sociedad liberal y del Estado constitucional, de que existen y no pueden ser ignorados los intereses colectivos de categoría. Fue a lo sumo una primera victoria nuestra el hecho de que, frente a la "cuestión social", incluso reducida así a pildoritas, era vano torcer las narices y cerrar los ojos. Esta iba a penetrar al mundo moderno. Pero una cosa es invadirlo capilarmente, y otra hacerlo saltar en mil pedazos.

En el marco estadístico, de nada sirve seleccionar "cualitativamente" las clases según la fuente pecuniaria de sus entradas. Más estúpido aún es seleccionarlas cuantitativamente según la "pirámide de las rentas". Desde hace siglos ésta ha sido erigida; y los censos del Estado en Roma expresaban, precisamente, la escala de rentas. Desde hace siglos, simples operaciones aritméticas han demostrado a los filósofos de la miseria que, reduciendo la pirámide a un prisma nivelador de igual base, sólo fundaríamos la sociedad de los andrajosos.

¿Cómo salir cualitativa y cuantitativamente de estas cien mil dificultades? : un alto funcionario percibe un estipendio; por tanto, es pagado en momento oportuno como el peón asalariado en una salina del Estado, pero el primero tiene un ingreso más alto que muchos capitalistas de fábrica que viven de la ganancia o que muchos comerciantes, y el segundo tiene un ingreso más alto no solo que un pequeño campesino trabajador, sino también que un

pequeño propietario de casas que vive de rentas...

La clase no se define según cuentas económicas, sino según la posición histórica respecto a la lucha gigantesca con la cual la nueva forma general de la producción supera, abate y sustituye a la vieja.

Si la tesis de que la sociedad es la pura suma de individuos ideales es idiota, no lo es menos la que sostiene que la clase es la pura suma de individuos económicos. Individuo, clase y sociedad no son puras categorías económicas o ideales, sino que cambian incesantemente según el lugar y la época, como productos de un proceso general cuyas leyes reales están reproducidas en la potente construcción marxista.

El mecanismo social efectivo conduce y plasma a individuos, clases y sociedades, sin "consultarlos" sobre ningún plano.

La clase es definida por su camino y su tarea históricas; y nuestra clase, debido al arduo y dialéctico punto de llegada de su enorme esfuerzo, es definida *sobre todo* por la reivindicación de su propia y total desaparición cuantitativa y cualitativa (por que la desaparición ya en curso de las clases enemigas poco y nada representa).

Frente a nosotros, el conjunto de la clase asume hoy sin pausa significados cambiantes : hoy por hoy está por Stalin, por un Estado capitalista como el ruso, por una banda de candidatos y parlamentarios mucho más antimarxistas que los Turati y Bissolati, Longuet o Millerand de antaño.

17.- No queda, pues, más que *el partido* como órgano actual que define a la clase, que lucha por la clase, que gobierna por la clase en su momento y prepara el fin de los gobiernos y de las clases. A condición de que el partido no sea de Fulano o de Mengano, que no se alimente de admiración por el jefe, que vuelva a defender, *si es necesario con fe ciega*, la teoría invariable, la organización rígida, el método que no parte de un preconcepto sectario, sino que sabe que en una sociedad desarrollada en su forma tipo (la Europa del año 1900, como Israel del año cero) se aplica duramente la fórmula de guerra : quien no está con nosotros está contra nosotros.

O O

Reunión de Forli
28 de diciembre de 1952

I. Teoría y acción

1.- Dada la situación presente de decaimiento al mínimo de la energía revolucionaria, una tarea práctica es la de examinar el curso histórico de toda la lucha, y es un error definirla como

un trabajo de tipo literario o intelectual, contraponiéndola a no se sabe qué inmersión en medio de la acción de las masas.

2.- Quienes están de acuerdo con nuestro juicio crítico de que la actual política de los stalinistas es totalmente anticla-sista y antirrevolucionaria, al constatar la bancarrota de la III Internacional, más grave que la de la II en 1914, deben elegir entre dos posiciones : ¿debe desecharse, quizás, lo que era común a nosotros y a la plataforma constitutiva del Comintern, a Lenin, a los bolcheviques, a los vencedores de Octubre? No, nosotros afirmamos que sólo debe desecharse lo que la Izquierda tuvo que combatir desde entonces, y que debe permanecer en pie todo lo que los rusos han traicionado después.

3.- El grave error de maniobra en la primera posguerra, frente a las vacilaciones del movimiento revolucionario en Occidente, se resume en los vanos intentos de forzar la situación hacia la fase de la insurrección y de la dictadura, explotando con dicha intención recursos de tipo legalitario, democrático y obre-rista. Este error, ampliamente perpetrado en el pretendido seno de la clase obrera, sobre la franja de contacto con los social-traidores de la II Internacional, habría de desarrollarse hacia una nueva colaboración de clase, social y política, nacional y mundial, con las fuerzas capitalistas, y en el nuevo oportunismo y en la nueva traición.

4.- Por querer ganar una influencia más vasta para el partido internacional, plantado robustamente sobre una teoría y una organización afianzadas, se ha regalado influencia a traidores y enemigos, quedándonos sin la soñada mayoría y sin el sólido núcleo histórico del partido de entonces. La lección, no pequeña, es que no se debe volver a repetir la misma maniobra o seguir el mismo método.

5.- En 1946, a fines de la segunda guerra mundial, fue vana la espera de una situación tan fértil como la de 1918, debido a la mayor gravedad de la degeneración contrarrevolucionaria, a la ausencia de fuertes núcleos capaces de permanecer fuera del bloque de guerra militar, político y de la resistencia, a la diferente política de ocupación policiaca de los países vencidos. La situación en 1946 era manifiestamente tan desfavorable como las que sucedieron a las grandes derrotas de la Liga de los Comunistas y de la I Internacional, en 1849 y 1871.

6.- Por lo tanto, no siendo concebibles bruscos retornos de las masas a una organización útil de ataque revolucionario, el mejor resultado que los próximos tiempos pueden dar es volver a proponer los verdaderos fines y reivindicaciones proletarias y comunistas, y remachar la lección de que es derrotismo toda improvisación táctica que cambie de situación en situación con la pretensión de explotar datos inesperados de las mismas.

7.- El estúpido actualismo-activismo que adapta gestos y movimientos a los datos inmediatos de hoy, verdadero existencialismo de partido, debe ser sustituido por la reconstrucción del sólido puente que une el pasado al futuro, y cuyas grandes líneas el partido se dicta a sí mismo de una vez para siempre, prohibiendo a los militantes, y sobre todo a los jefes, la búsqueda y el descubrimiento tendenciosos de "nuevas vías".

8.- Esta moda, sobre todo cuando difama y abandona el trabajo doctrinal y la restauración teórica (necesaria hoy como lo fue para Lenin en 1914-18), al suponer que la acción y la lucha

son todo, recae en la destrucción de la dialéctica y del determinismo marxistas, sustituyendo la inmensa búsqueda histórica de los raros momentos y puntos cruciales sobre los cuales apoyarse por un voluntarismo descabellado, que es de hecho la peor y más crasa adaptación al statu quo y a sus miserables perspectivas inmediatas.

9.- Es fácil reducir toda esta metodología de practicones, no a nuevas formas de un método político original, sino a la caricatura de viejas posiciones antimarxistas y a la manera idealista (a la Croce) de concebir el acontecimiento histórico como un hecho no previsible por leyes científicas que "siempre tiene razón" en su rebelión contra las reglas y las previsiones sobre el rumbo de la sociedad humana.

10.- Por consiguiente, debe colocarse en primer plano la tarea de volver a presentar, confirmándola con nuestros textos clásicos de partido, la visión marxista integral de la historia y de su desarrollo, de las revoluciones que se han sucedido hasta ahora, de los caracteres de la revolución que se prepara y que verá al proletariado moderno derrocar al capitalismo e instaurar nuevas formas sociales; se deben volver a presentar las reivindicaciones originales y esenciales tal como son en su grandeza imponente desde hace por lo menos un siglo, liquidando las banalidades con las que las sustituyen incluso muchos de los que no están en el pantano stalinista, haciendo pasar por comunismo demandas burguesoides populares y aptas para el éxito demagógico.

11.- Un trabajo semejante es largo y difícil, absorbe años y años; por otra parte, la relación de fuerzas de la situación mundial no puede invertirse antes de decenios. Por lo tanto, todo espíritu estúpido y falsamente revolucionario de aventura rápida debe ser removido y despreciado en cuanto es propio de quien no sabe resistir en la posición revolucionaria y, como en tantos ejemplos de la historia de las desviaciones, abandona la vía maestra por los callejones equívocos del éxito a breve plazo.

II. El programa revolucionario inmediato

1.- Con la gigantesca y potente reanudación a escala mundial del movimiento revolucionario en la primera posguerra, cristalizado en Italia en el sólido partido constituido en 1921, fue claro que el postulado urgente era la conquista del poder político, y que el proletariado no lo coge por una vía legal, sino con la acción armada; que la mejor ocasión para ello surge de la derrota militar del propio país y que la forma política consecutiva a la victoria es la dictadura del proletariado. La transformación económica y social es una tarea ulterior, cuya condición primera está dada por la dictadura.

2.- Al ser larguísima la vía que conduce al comunismo pleno, el *Manifiesto de los Comunistas* aclaró que las medidas sociales posteriores que se vuelven posibles, o que se toman "despóticamente", varían según el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas del país en el cual el proletariado ha venci-

do y según la rapidez con que dicha victoria se extiende a otros países. El *Manifiesto* indicó las medidas adecuadas en aquel entonces, esto es, en 1848, para los países europeos más evolucionados, y recalcó que no se trataba del programa del socialismo integral, sino de un conjunto de medidas que calificó de transitorias, inmediatas, variables y esencialmente "contradictorias".

3.- Ulteriormente, muchas medidas dictadas entonces a la revolución proletaria fueron tomadas por la burguesía misma en éste o en aquel país, como por ejemplo: la instrucción obligatoria, el Banco de Estado, etc. Ello fue uno de los elementos que engañaron a los partidarios de una teoría no estable y reelaborada de continuo según los resultados históricos.

Aquel hecho no autorizaba a creer que hubiesen cambiado las leyes y provisiones precisas del paso del modo capitalista de producción al socialista, con todas sus formas económicas, sociales y políticas, sino que sólo significaba que sería diverso y más fácil el primer período postrevolucionario, el de la economía de transición al socialismo, que precede al período consecutivo del socialismo inferior y al último del socialismo superior o comunismo integral.

4.- El oportunismo clásico consistió en hacer creer que todas aquellas medidas, de la más baja a la más alta, podrían ser aplicadas por el Estado burgués democrático bajo la presión, o directamente la conquista legal del mismo, por parte del proletariado. Pero, en tal caso, esas diversas "medidas", si fueran compatibles con el modo capitalista de producción, hubiesen sido adoptadas en interés de la continuidad del capitalismo y para postergar su caída; y si fueran incompatibles con él, jamás hubiesen sido realizadas por el Estado.

5.- El oportunismo actual, con su fórmula de la democracia popular y progresista, en el marco de la constitución parlamentaria, tiene una tarea histórica distinta y peor. No solo ilusiona al proletariado haciéndole creer que algunas de las medidas que le son propias puedan ser incluidas entre las tareas de un Estado interclasista y de varios partidos (o sea, al igual que los socialdemócratas de ayer, reniega de la dictadura), sino que conduce directamente las masas que encuadra a luchar por medidas sociales "populares y progresistas" que se oponen directamente a las que el poder proletario se fijó siempre desde 1848 con el *Manifiesto*.

6.- Nada podrá mostrar mejor toda la ignominia de semejante involución que una lista de medidas que deberían formularse en un país del Occidente capitalista - cuando se plantee en el futuro la conquista del poder - en lugar de las del *Manifiesto*, incluyendo sin embargo las más características de las de aquel entonces.

7.- La siguiente es una lista de tales reivindicaciones:

a) "Desinversión de los capitales", esto es, asignación de una parte mucho menor del producto a bienes instrumentales y no de consumo.

b) "Elevación de los costos de producción" para poder dar, mientras subsistan el salario, el mercado y la moneda, pagas más altas por menos tiempo de trabajo.

c) "Reducción drástica de la jornada de trabajo" a la mitad de las horas actuales por lo menos, absorbiendo el paro y las actividades antisociales.

d) Una vez reducido ya el volumen de la producción con un plan de "subproducción" que la concentre en los terrenos más necesarios, "control autoritario de los consumos", combatiendo la moda publicitaria de los consumos inútiles, dañinos y de lujo, y aboliendo por la fuerza las actividades destinadas a la propaganda de una sicología reaccionaria.

e) Rápida "ruptura de los límites de la empresa" con la transferencia autoritaria, no del personal, sino de las materias de trabajo, yendo hacia el nuevo plan de consumo.

f) "Abolición rápida de la previsión social" de tipo mercantil, para sustituirla con la alimentación social de los no trabajadores a partir de un mínimo inicial.

g) "Detención de la construcción" de casas y lugares de trabajo en torno de las grandes ciudades, e incluso de las pequeñas, como punto de partida para encaminarse a la distribución uniforme de la población en el campo. Reducción de la congestión, la velocidad y el volumen del tráfico prohibiendo el inútil.

h) "Lucha decidida contra la especialización" profesional y la división social del trabajo, mediante la abolición de las carreras y títulos.

i) Medidas inmediatas obvias, más cercanas a las políticas, para someter al Estado comunista la escuela, la prensa, todos los medios de difusión, de información, y la red de espectáculos y diversiones.

8.- No es extraño que los stalinistas y sus semejantes, con sus partidos de Occidente, reclamen hoy todo lo contrario, no solo en sus reivindicaciones "institucionales", es decir, en las político-legales, sino también en las "estructurales", esto es, en las económico-sociales. Eso permite que su acción sea paralela a la del partido que conduce el Estado ruso y los Estados ligados al mismo, en los cuales la tarea de transformación social consiste en el paso del precapitalismo al pleno capitalismo, con todo su bagaje de exigencias ideológicas, políticas, sociales y económicas, todas ellas orientadas al cénit burgués y dirigidas con horror sólo contra el nadir feudal y medieval. Estos socios de Occidente son tanto más unos inmundos renegados cuando que aquel peligro, físico y real aún en la parte del Asia actualmente en efervescencia, es inexistente y fingido para los proletariados metropolitanos que aquí están bajo la bota civil, liberal y onusiana de la arrogante capitalarquía norteamericana.

Reunión de Génova

26 de abril de 1953

I. Las revoluciones múltiples

1.- La posición de la Izquierda Comunista se distingue netamente no solo del eclecticismo en el terreno de la maniobra táctica, sino también del tosco simplismo de aquel que reduce toda la lucha de clases al dualismo, repetido siempre y por doquier, de dos clases convencionales que serían las únicas en actuar. La estrategia del moderno movimiento proletario tiene líneas precisas y estables, válidas para toda hipótesis de acción futura, y que deben ser referidas a las distintas "áreas" geográficas en que se subdivide el mundo habitado y a los distintos ciclos históricos.

2.- La inglesa es la primera y clásica área de cuyo juego de fuerzas fue sacada por primera vez la irrevocable teoría del curso de la revolución socialista. Desde 1688, la revolución burguesa ha suprimido el poder feudal y extirpado rápidamente las formas de producción feudales; desde 1840, es posible deducir la concepción marxista sobre el mecanismo de las tres clases esenciales: propiedad burguesa de la tierra - capital industrial, comercial, financiero - proletariado, en lucha con las dos primeras.

3.- En el área de Europa Occidental (Francia, Alemania, Italia, países menores) la lucha burguesa contra el feudalismo va de 1789 a 1871, y en las situaciones de este ciclo se impone la alianza del proletariado con los burgueses cuando estos luchan con las armas para derrocar el poder feudal - mientras los partidos obreros han rechazado ya toda confusión ideológica con las apologías económicas y políticas de la sociedad burguesa.

4.- Los Estados Unidos de América se ponen en 1866 en las condiciones de la Europa Occidental después de 1871, habiendo liquidado formas capitalistas espurias con la victoria contra el sudismo esclavista y rural. A partir de 1871, los marxistas radicales rechazan en toda el área euroamericana toda alianza y todo bloque, en cualquier terreno que fuera, con partidos burgueses.

5.- La situación anterior a 1871, a la que nos hemos referido en el inciso 3, dura en Rusia y en otros países del este europeo hasta 1917, y en ellos se plantea el problema ya conocido por la Alemania de 1848: provocar dos revoluciones, y luchar, por tanto, por las tareas de la revolución capitalista. Una condición para un paso directo a la segunda revolución, la proletaria, era la revolución política en Occidente, que falló, aún cuando la clase proletaria rusa conquistó sola el poder político, conservándolo durante algunos años.

6.- Mientras que hoy en el área de Europa Oriental puede considerarse como consumada la sustitución del feudalismo por el modo capitalista de producción y de intercambio, en el área asiática está en pleno curso la revolución contra el feudalismo y

contra regímenes más antiguos, conducida por un bloque revolucionario de clases burguesas, pequeñoburguesas y trabajadoras.

7.- El análisis ya ampliamente desarrollado ilustra cómo en estos intentos de doble revolución se han producido varios resultados históricos : victoria parcial y victoria total, derrota en el terreno insurreccional con victoria en el terreno económico social, y viceversa. Para el proletariado, la lección de las semirrevoluciones y de las contrarrevoluciones es fundamental. Entre tantos otros ejemplos, son clásicos el de la Alemania posterior a 1848 (doble derrota insurreccional de burgueses y proletarios, victoria social de la forma capitalista y establecimiento gradual del poder burgués) y el de la Rusia posterior a 1917 (doble victoria insurreccional de burgueses y proletarios, en febrero y octubre respectivamente; derrota social de la forma socialista, victoria social de la forma capitalista).

8.- Por lo menos en lo que respecta a su parte europea, Rusia tiene hoy un mecanismo de producción e intercambio ya plenamente capitalista, cuya función social se refleja políticamente en un partido y en un gobierno que han probado todas las posibles estrategias de alianzas con partidos y Estados burgueses del área occidental. El sistema político ruso es un enemigo frontal del proletariado y toda alianza con él es inconcebible, debiendo quedar no obstante bien establecido que el haber hecho triunfar la forma capitalista de producción en Rusia es un resultado revolucionario.

9.- En los países de Asia donde aún dominan economías locales agrarias de tipo patriarcal y feudal, la lucha incluso política de las "cuatro clases", aún cuando surjan a continuación poderes nacionales y burgueses, es un elemento de victoria en la lucha internacional comunista, sea por la formación de nuevas áreas aptas al planteamiento de las reivindicaciones socialistas ulteriores, sea por los golpes asestados por tales insurrecciones y revueltas al imperialismo euroamericano.

II. La revolución anticapitalista occidental

1.- Habiendo sido establecida la valoración de la fase mundial consecutiva a la segunda guerra imperialista, y habiendo quedado claro que la consolidación, luego de dos victorias, de las grandes centrales capitalistas imperiales no coexiste (como no podría coexistir y convivir) con la consolidación de un Estado obrero que construiría socialismo en Oriente, sino que se trata de la relación entre formas de capitalismo maduro y formas de capitalismo reciente y joven, que pueden sea encontrarse en una economía mercantil mundial única, sea llegar a conflictos armados para la disputa de las áreas de mercado, siendo muchas las posibles líneas de fractura, la atención debe ser dirigida al paso, en Occidente, del pleno capitalismo a la sociedad socialista. Aquí se trata de una revolución no doble, no "impura".

2.- Así como hemos reducido los datos "oficiales" de Stalin acerca de la economía social rusa a los elementos clásicos

que definen el capitalismo, venciendo de este modo a las dos tesis según las cuales esos mismos datos corresponderían a la forma socialista o a una forma "nueva" desconocida antes por el marxismo (la segunda tesis es más catastrófica que la primera), de la misma manera los datos de la economía de Occidente, y, en primer lugar, de los EE.UU., aun tomados de la fuente "oficial" de la infecta propaganda del "mundo libre", coinciden totalmente con la descripción marxista del capitalismo, de la que se deduce, sin es capatoria posible y en oposición a la apologética de equilibrios y progresos, el curso de las crisis internas de la producción, de las guerras por los mercados, del derrumbamiento revolucionario, de la conquista proletaria del poder con la destrucción del Estado capitalista, de la dictadura proletaria y de la eliminación de las formas burguesas de producción.

3.- Una vez que el modo capitalista de producción ha sido instaurado, no puede sostenerse más que acrecentando continuamente, no la dotación de recursos e instalaciones aptos para una vida mejor de los hombres, con menores riesgos, tormentos y esfuerzos, sino la masa de mercancías producidas y vendidas. Al crecer menos la población que la masa de los productos, éstos deben transformarse en mayores consumos (cualesquiera sean), y en nuevos medios de producción, entrando así en un callejón sin salida. Este es el carácter esencial, inseparable de la acrecentada fuerza productiva de los mecanismos materiales que la ciencia y la técnica ofrecen. Cualquier otro rasgo relativo a la composición estadística de las clases y al mecanismo - influyente sin duda alguna - de las superestructuras administrativas, jurídicas, políticas, organizativas e ideológicas, no es más que secundario y accesorio, y no modifica los términos de la antítesis fundamental con el modo de producción comunista, contenida de manera plena e invariante, desde el *Manifiesto* de 1848, en la doctrina proletaria revolucionaria.

4.- En toda la economía mundial se verifican y se repiten, es más, se refuerzan, en conformidad con las leyes que han sido deducidas sobre todo de los ciclos del capitalismo inglés, los caracteres del advenimiento y del proceso del capitalismo fijados en la monolítica valoración de Marx: sucesivas y despiadadas expropiaciones de todos los poseedores de reservas de mercancías y medios productivos (artesanos, campesinos, pequeños y medianos comerciantes, industriales, ahorristas); acumulación del capital con una masa cada vez mayor, en sentido absoluto y relativo, de instrumentos de producción que son aumentados y renovados sin pausa (y también sin razón), y concentración de estas fuerzas sociales en un número cada vez menor de "manos" (y no de "cabezas", lo que es un concepto precapitalista), creándose así gigantescos complejos de fábricas y empresas de producción, antes desconocidos; extensión incontenible, después de la formación de los mercados nacionales, del mercado mundial, disolución de las islas cerradas de trabajo-consumo supervivientes en el mundo.

5.- Esta serie de afirmaciones de un proceso que presenta un ritmo muy superior incluso al esperado por nuestros teóricos está dada en primer lugar por la economía estadounidense, por los datos de su producción y por su mismo desarrollo interno en continuo incremento. La cuestión está entre la posibilidad de un desarrollo continuo y sin sacudidas de semejante forma social, y la espera de duras sacudidas, de crisis profundas y de conmociones que lleguen a golpear las bases del sistema. Son suficientes para darle una respuesta los sucesos de dos grandes guerras mundiales y de una crisis gigantesca de todo el aparato económico que estu-

vo intercalada entre ellas, como así también la inestabilidad, en todos los sentidos, de esta agitada posguerra, de manera que yace hecha pedazos la descripción de esta sociedad como próspera, encaminada hacia una nivelación del tren de vida y de la riqueza individuales, que estaría compuesta por una clase media sin clases extremas, y, por añadidura, carente de abiertas luchas sindicales y de partidos con un programa anticonstitucional. Actualmente, incluso el análisis más banal de la infraestructura norteamericana permite relegar entre los fantasmas del pasado al viejo Estado administrativo, federativo, no burocrático y no militar, que se contraponía a las belicosas potencias europeas en lucha desde hace siglos por hegemonías: a este respecto, los datos de los EE.UU. superan de lejos todos los índices absolutos y relativos del mundo y de la historia humana.

6.- La descripción de semejante economía, aun basando por un momento las deducciones sobre las solas relaciones internas, que son ensalzadas como estables en medio de la inestabilidad con fesada de las cuestiones internacionales (pues se ha renunciado, por otra parte, a la vieja teoría del desentenderse de los asuntos exteriores y extranorteamericanos), lleva directamente a la confirmación de todas las leyes marxistas y a la condena histórica del modo capitalista de producción, al que nadie puede parar en su carrera hacia la catástrofe y la revolución.

La masiva red norteamericana de establecimientos e instalaciones, que posee la supremacía mundial, y la industrialización llevada al máximo de toda esfera de actividad, muestran una sociedad que las supera a todas en cuanto a dominio del "trabajo-muerto" (Marx), o capital cristalizado en máquinas, construcciones y masas de materias primas y semielaboradas, sobre el "trabajo-vivo", esto es, la actividad incesante de los hombres vivientes en la producción. La tan encomiada libertad en el plano jurídico no puede disimular el peso y la presión de este cadáver que gobierna los cuerpos con vida.

7.- El aumento del nivel de vida del trabajador, por lo que se refiere a la masa de sus consumos reducidos a una misma medida de valor, no es más que la confirmación de las leyes marxistas de la productividad creciente del trabajo. Causan impresión las estadísticas de ciertas fechas cruciales: 1848, 1914, 1929, 1932, 1952, pero ellas no hacen sino ilustrar el desarrollo previsto del ciclo. Si se alardea de un aumento de salarios en diez años de un 280 %, mientras que el aumento del costo de la vida ha sido de un 180 %, quiere decir que el obrero con un salario de 380 debe comprar 280, o sea, que la mejora se reduce a un 35%. ¡Al mismo tiempo, se admite que la productividad ha aumentado un 250%! Así, pues, el obrero que da tres veces y media recibe sólo una vez y un tercio: la explotación y el plusvalor han crecido enormemente.

Queda completamente aclarado que la ley de la miseria creciente no quiere decir descenso del salario nominal y real, sino aumento de la extorsión de plusvalor y aumento del número de los expropiados de toda reserva.

8.- El incremento de la productividad del trabajo, que en todo el ciclo del capitalismo en los EE.UU. se ha visto multiplicada por decenas enteras, significa que en el mismo tiempo de trabajo se elabora una cantidad de productos decenas de veces mayor que en el pasado. Antaño, el capitalista anticipaba uno de fuerza de trabajo por uno de materias primas; hoy, la proporción es de uno de fuerza de trabajo por diez o veinte de materias primas. Si

su margen de ganancia siguiera siendo el mismo respecto al valor del producto vendido, la ganancia vendría a ser diez o veinte veces mayor. Mas para ello sería necesario que esa cantidad de productos diez o veinte veces mayor encontrase compradores. Y entonces el capitalista se contenta con una "tasa de ganancia" menor y aumenta la remuneración del obrero, pongamos incluso al doble del valor real cada vez que la productividad se decuplica; al mismo tiempo, rebaja el precio de venta porque la mercancía contiene dos y no diez de fuerza de trabajo, y encuentra clientes en su mismo personal. He aquí la ley de la caída de la tasa de ganancia con el aumento de la productividad del trabajo y de la composición orgánica del capital (es decir, la relación entre el capital constante y el capital total). Ahora bien, todas las discusiones sobre la imposibilidad de la perdurabilidad de este sistema resultan y se apoyan en la verificación de la ley de la caída de la tasa de ganancia (que Stalin descartaba por imprudencia o por filocapitalismo) (4).

Contra estas posiciones (y cada vez más cuanto más evidentes y opresoras las mismas se vuelven) están las posiciones opuestas de los comunistas: ¡Que domine el trabajo vivo sobre el trabajo muerto! Dirijase el aumento de la productividad, no a un aumento demente y paralelo de inútil - cuando no es de ruinosa - producción, sino al mejoramiento de las condiciones del trabajo vivo, es decir, redúzcase drásticamente la duración de la jornada de trabajo.

9.- Los EE.UU. (a los que Engels definía ya en 1850 como el país en el que la población se duplica en veinte años), si bien es incluso el país en el cual la productividad se triplica en diez años y se sextuplica, por tanto, en veinte (o, con la ley de progresión geométrica soñada por Stalin para Rusia, llega a ser nueve veces más), no es pues el país donde el socialismo "europeo" es inaplicable, sino aquel que nos ha sobrepasado de lejos en la marcha hacia la plétora-crisis y hacia la presión explosiva del capitalismo.

En el sentido económico, la apertura al proletariado del crédito con la venta a plazos de artículos de lujo lo vuelve un "pobre" y sin reservas más acabado: su balance no solo ha llegado a ser el de aquel que posee cero, sino el de quien ha hipotecado una masa de trabajo futuro para llegar a cero: es una verdadera esclavitud parcial. Socialmente, todos estos consumos corresponden a redes de influencia y a menudo de corrupción degenerativa en provecho de la clase dominante y de las tendencias de las costumbres e ideologías que le convienen. El monstruoso aparato de publicidad constriñe al proletariado a comprar con su sobresueldo productos de consumo de cualidades ilusorias y frecuentemente nocivos. La libertad personal en la próspera América añade al despotismo de fábrica del capital el despotismo y la dictadura sobre los consumos standardizados y a base de conservas de la clase explotada, a la que se le fabrican necesidades absurdas para no darle horas libres de trabajo y para no parar la inundación mercantil.

No tiene un efecto diferente el sistema de atribuir mínimas partes alicuotas del dividendo de la fábrica proporcionalmen-

(4) Véase el opúsculo *Dialogato con Stalin* (traducción francesa : *Dialogue avec Staline*).

te al salario anual. Hecha la cuenta sobre ciertos datos estadísticos, obtiene en los mejores casos un aumento de salario del 5%, o poco más, muy bien recuperado con este latigazo al celo del ingenuo y burlado "accionista".

10.- La teoría de las crisis recurrentes y cada vez más graves tiene como fundamento la del aumento de la productividad y de la baja de la tasa de ganancia. Ella sería desmentida sólo cuando aquellos índices característicos del curso capitalista llegasen a faltar. Todo lo contrario ocurre en los EE.UU., y ello está demostrado incluso por comparaciones de los industriales de aquí que querrían, por ejemplo, pasar en la siderurgia de 80 toneladas anuales por obrero a las 200 toneladas estadounidenses. ¿Quién no querría coger el 4% de 200 en vez del 5% de 80?

La crisis económica intrínseca, o sea, la de la "abstracta" (como en Marx) Norteamérica que debería comerse todo lo que produce, está escrita en fórmulas y dibujada en curvas inexorables. Un cuadro de mercancías que oscilan en torno al pan tomado como media, nos dice que hoy el obrero compra una libra de pan con la remuneración de 6 minutos de su trabajo, mientras que en 1914 tenía que dedicarle 17. La población obrera ha ciertamente aumentado en mayor proporción que la población total. ¿Cómo harán los ciudadanos norteamericanos para engullir la triple cantidad de pan respecto a 1914, el décuplo quizás respecto a 1848? ¡Para no reventar, tendrían que seguir el consejo de comer "brioches"! A un cierto punto, por un lado, ya no se venderá una libra de pan, y, por otro, el obrero será despedido y no podrá comprar ni siquiera una libra. Sucintamente, he aquí por qué vendrá otra vez el viernes negro, cada vez más negro.

11.- Una solución está en atiborrar de pan a los pueblos que hasta ayer han comido mijo, arroz o plátanos (¿acaso no tienen razón los Mau-Mau?). Y, para ello, se empieza por cañonear a quien impide el desembarco, y más tarde a quien vendía mejor arroz y plátanos. He aquí el imperialismo. Si la teoría marxista de las crisis y de la catástrofe va como anillo al dedo, no va menos la del imperialismo y la de la guerra, y los datos que están en la base del *Imperialismo* de Lenin, y que fueron extraídos en 1915, son suministrados hoy por la estadística norteamericana con una virulencia decuplicada.

Además, la estadística confronta el nivel de vida de los EE.UU. con el de los otros países que componen su corte: en primer lugar, con los países aliados; después, con los enemigos. Si una libra de harina vale 4 de los 6 minutos del pan en Norteamérica, llega a 27 en Rusia, según la estadística estadounidense. Aun si la cifra rusa fuera inferior, es cierto que en la zona de Oriente las leyes de la productividad creciente, de la composición del capital y de la baja de la tasa de ganancia tienen aún mucho camino por delante, creando gran confusión en quien lee al revés condiciones y distancias revolucionarias.

Una vez emplazada, dondequiera que sea, la primera pieza de artillería y lanzada - quizás desde la luna - la primera V2, es cierto que se debe golpear en el centro del sistema norteamericano para aplicarle vigorosamente un freno al consumo y a la producción localmente crecientes, mostrando que es bien cierto que "no sólo de pan vive el hombre", pero también que si este hombre prepara en seis minutos el pan de la jornada, cuando trabaja más de dos horas no es un hombre sino un tonto.

12.- Es un gran problema histórico que se plantea a escala mundial el determinar por qué falta en los EE.UU. el partido comunista con un programa integral y revolucionario, pese a que el programa sea tan "actual" y la madurez de las condiciones tan avanzada que significa putrefacción en potencia.

La tercera oleada oportunista que ha quebrado el movimiento marxista de la primera e inmediata posguerra tiene tres aspectos: reducción al capitalismo de la forma de producción que se ha ido desarrollando en Rusia - abandono de las reivindicaciones comunistas por parte del Estado político ruso - política de alianzas militares de éste último y de alianzas políticas de sus partidos paralelos de Occidente por reivindicaciones de naturaleza burguesa y democrática.

El brusco paso de la apología del régimen capitalista norteamericano, como amigo y salvador del proletariado mundial, a su denuncia como enemigo de la clase trabajadora, como si lo hubiese llegado a ser sólo en 1946, no podía menos que sabotear ulteriormente la preparación revolucionaria del proletariado en los EE.UU. e interponer allí rémoras históricas al desarrollo de un verdadero partido de clase.

No es posible superar esta situación si no es bajo todos sus aspectos: demostración de que en Rusia no hay construcción de socialismo; que si el Estado ruso combatirá no será por el socialismo, sino por rivalidades imperiales; demostración, sobre todo, de que en Occidente las finalidades democráticas, populares y progresivas no solo no interesan a la clase obrera, sino que sirven para mantener en pie un capitalismo podrido.

13.- En esta larga obra de reconstrucción (que debe ponerse al paso con el avance de la crisis de la forma de producción occidental y estadounidense, la cual posee todas las condiciones objetivas determinantes para que la misma se produzca a una distancia que cualquier diversión de política interna y mundial no podrá aumentar más allá de algún decenio), no se debe seguir al espejismo de que nuevos expedientes o alineaciones de algunos pretendidos estudiosos de la historia puedan valer más que las confirmaciones históricas ya dadas por los hechos a la construcción original marxista correctamente comprendida y seguida. Las condiciones ideológicas, de conciencia, y de voluntad, no son un problema distinto ni están regulados por influjos distintos de las condiciones de hecho, de intereses y de fuerzas.

El partido comunista defiende la situación futura en la que se tendrá un tiempo reducido de trabajo y con fines útiles a la vida, y trabaja en función de ese resultado del porvenir, apoyándose para ello en todos los desarrollos reales. Dicha conquista, que parece míseramente expresada en horas y reducida a una cuenta material, representa una gigantesca victoria, la máxima posible, respecto a la necesidad que nos esclaviza y nos arrastra a todos. Incluso entonces, ya suprimidos el capitalismo y las clases, la especie humana estará sujeta a la necesidad impuesta por las fuerzas naturales, y el absoluto filosófico de la libertad seguirá siendo un delirio.

Quien, precisamente en la vorágine del mundo de hoy, en vez de encontrar el eje de la corriente, de esta noción impersonal de las condiciones futuras, en un trabajo que ha durado generaciones enteras, quiera ubicar nuevas recetas excitantes en el ámbito de su pobre cabeza y dicte fórmulas nuevas, debe ser considerado como más nocivo que los más malditos conformistas y servidores del sistema del capital, y que los sacerdotes de su eternidad.

La cuestión agraria (yII)

Elementos marxistas del problema

(La primera parte ha sido publicada en el número anterior de la revista)

El poder proletario y la agricultura

Recordemos como se presentan, en la perspectiva de la revolución de los comunistas marxistas y de la III Internacional, el proceso económico y el proceso histórico-político de la revolución que nos conducirá del capitalismo al comunismo. La característica económica de este proceso es el paso de la apropiación privada de los productos del trabajo asociado en las grandes unidades productivas a la disposición de estos productos por parte de la colectividad de los productores, a la que cumple organizar y dirigir centralmente la distribución de los productos a los miembros de la comunidad productora. Esto no puede ser hecho localmente por grupos de trabajadores, ni empresa por empresa, porque mientras se suprime el modo de producción capitalista, en la misma medida se debe suprimir la distribución por medio del comercio libre, es decir, preparar la red de la distribución central y racional de las materias primas y de los productos. El ar_ tífice de esto sólo puede ser un poder central organizado, que tenga la fuerza de poder vencer las resistencias de la clase capitalista y la posibilidad de poner en marcha y dirigir centralmente el nuevo aparato económico. Este poder es el Estado proletario. No es éste el lugar para demostrar que este aparato estatal sólo puede surgir con el abatimiento violento del aparato estatal actual, construido para defender la explotación privada.

Es el poder proletario el que afronta y encauza el problema de la transformación económica. Este se adueña, en primer lugar, del capital bancario, concentrando los bancos privados en un único gran banco estatal; luego, expropia a los capitalistas industriales, a medida que una gran red de estadística y contaduría estatal apronta los aparatos de gestión de las distintas ramas de la industria. El Estado proletario deja sobrevivir, durante cierto tiempo y dentro de determinados límites, la pequeña industria, pero tiende a realizar prontamente un primer postulado

de la economía comunista: la supresión total del libre comercio de los productos industriales. Esta supresión, que en Rusia es un hecho consumado, no es incompatible con la supervivencia de una parte de la pequeña industria: basta que los pequeños productores estén obligados a consignar todo el producto de sus empresas a los almacenes del Estado. Así, el producto de éstas se unirá al distribuido por los órganos colectivos. En un primer tiempo, los pequeños productores entregarán sus productos contra un precio en moneda; después, contra bonos de trabajo; en fin, cuando la producción haya alcanzado un desarrollo suficiente, según las demandas de los consumidores oportunamente controladas, etc. El pequeño empresario, que apenas sobrevive, es compensado en dinero o con otras formas por el producto consignado, hasta que su pequeña empresa sea suprimida y absorbida por las empresas socializadas.

La concentración de los medios de producción en grandes unidades orgánicas es, pues, la condición de su gestión colectiva. Pero la sociedad, inmediatamente después de la conquista revolucionaria del poder por el proletariado, no es aún la sociedad de la gestión colectiva, así como, aún hoy, la presente sociedad burguesa no es la sociedad de la gran empresa privada generalizada. Después de la victoria insurreccional y la proclamación de la dictadura proletaria, sólo comienza el proceso de transformaciones económicas que deberá culminar en el comunismo, pero aquéllas constituyen ya la superación de un hito importante de la historia humana: por primera vez, en lugar de desarrollarse de modo ignorado por los hombres y fuera del control de la ciencia y de la voluntad humana, el proceso económico será administrado y dirigido por la colectividad organizada de acuerdo con el principio motor del interés colectivo y del mejoramiento general del bienestar, porque la forma de organización, el Estado de los productores, se constituye a partir de las filas de la colectividad trabajadora y es dirigida por el partido comunista, o sea, por el órgano dotado de una gran sensibilidad y vitalidad que condensa en sí la experiencia y la voluntad de la clase productora y la conciencia de la tarea histórica que ésta cumple.

En este marco e inmediatamente después del abatimiento del Estado burgués, ¿cuál es el trabajo que el aparato estatal proletario debe cumplir en el campo de la economía agrícola? Esto depende indudablemente del grado de desarrollo de los procesos de transformación de la agricultura, diferente en cada país, en cada región del mismo país, y es complejo por la existencia de distintas formas fundamentales de gestión agraria.

Si, antes de examinar todo esto, quisiéramos responder a la eventual objeción acerca de la inmadurez de la intervención del poder proletario en la agricultura, deberíamos partir de las objeciones más generales contra la llegada al poder de la clase obrera en países de desarrollo industrial limitado, las que han sido difundidas sobre todo después de la revolución rusa. Y, en tal caso, será necesario empezar diciendo que el gran problema de la transformación económica y social no puede ser enfocado en un arbitrario circuito cerrado, ni siquiera el de uno de los Estados actuales. Se trata de un problema internacional, que sufre las influencias de los fenómenos internacionales, sobre todo de la reciente gran guerra. No podremos hablar pertinentemente del cierre de la fase en la que se presentaban al proletariado tareas de lucha política y de la apertura de la fase en la que se concentran todas las energías para la transformación económica,

mientras el poder proletario sólo se haya establecido en uno o en pocos de los grandes estados modernos. Después del establecimiento de la dictadura proletaria en un país, no solo falta llevar a cabo la lucha contra las inevitables tentativas de la contrarrevolución, sino también la lucha contra las agresiones externas de los otros Estados donde subsiste todavía el régimen burgués. La revolución rusa no es más que el inicio de la revolución política proletaria mundial. Las condiciones revolucionarias acentuadas por las consecuencias de la guerra plantean, en todas partes, el problema implacable del fin de la economía capitalista y, por tanto, el dilema: dictadura burguesa o dictadura proletaria. Esta vence allí donde la resistencia es menor, y desde allí inicia su acción. La resistencia ha podido ser menor donde, como en Rusia, estaba menos desarrollado el capitalismo por razones que sería muy largo explicar, pero lo que ha determinado la explosión revolucionaria rusa no ha sido solamente el grado de desarrollo económico ruso, sino el grado de desarrollo del capitalismo mundial, que ha iniciado así su repercusión revolucionaria universal, entre las despiadadas contradicciones de su crisis bélica.

El poder proletario puede, pues, emprender su camino en el tiempo y en el espacio incluso en un país donde las condiciones para la socialización sean deficientes. Pero, pasando al aspecto de esta cuestión en el campo agrario, si bien en ningún país existen las condiciones generales para la gestión socializada de la tierra, las otras tareas que se plantean en este campo a la dictadura de los obreros y campesinos le dan al poder proletario, como veremos, otros puntos de apoyo en la lucha por su propia difusión, aún cuando no se base todavía en la gestión colectiva de los colosales conglomerados industriales de occidente.

Por lo tanto, el problema de las tareas agrarias de la dictadura nos proporciona elementos para refutar más aún las objeciones basadas sobre la pretendida "inmadurez de la revolución".

Por la imposibilidad de tener una amplia solución en los marcos del capitalismo, sobre todo en plena crisis posbélica, el problema del progreso de la economía agraria se presenta como una gran cuestión revolucionaria junto a aquella de la socialización de la gran industria y de las grandes vías de comunicación mundial.

No es nuestro objetivo aquí mostrar el funcionamiento del mecanismo de gestión socialista de la economía, ni en abstracto ni en las experiencias de su aplicación en Rusia, sino solamente señalar las líneas generales de las relaciones que se presentan en la transformación de la economía agraria, limitándonos a elevarnos de las fórmulas imprecisas que condenan la "propiedad privada" o la "pequeña empresa" a una mejor valoración marxista, con el principal objetivo de disipar malentendidos groseros sobre problemas fundamentales. Sin embargo, es necesario decir algo acerca de cómo la cuestión agraria se liga a la cuestión general de la alimentación de la población.

En el régimen burgués, la parte de la población que vive en las ciudades se procura los artículos alimenticios a través del comercio privado, adquiriendo con dinero los artículos traídos del campo por el campesino productor y, más frecuentemente, por múltiples intermediarios.

En los primeros tiempos de la dictadura proletaria sobrevivirá el comercio libre de artículos alimenticios por medio del dinero, pero irá sustituyéndolo progresivamente la distribución estatal. El Estado creará grandes almacenes de productos alimenticios y tomará en sus manos la organización sistemática de su transporte en la medida en que es necesario para los diversos centros de consumo. En los primeros tiempos, los almacenes estatales venderán a precios determinados a los trabajadores de los distintos sectores de la producción, que recibirán salarios suficientes para sus necesidades.

Muy pronto, sin embargo —y éste es un momento fundamental de la superación del mecanismo capitalista—, serán netamente disociados los dos hechos económicos siguientes: la necesidad de trabajar para vivir y la de recibir los productos necesarios para la vida. En el régimen burgués, el salario en dinero liga firmemente estos dos hechos con el vínculo de una férrea necesidad. En el régimen socialista, la necesidad de trabajar está asegurada, de manera independiente, con la obligación al trabajo, so pena de perder todo derecho, incluido el de la alimentación. Mientras no hayan sido alcanzadas las futuras y lejanas fases de altísima productividad social, el suministro de los artículos necesarios para la vida no podrá corresponder a la demanda ilimitada, sino a topes basados en el número de individuos a alimentar. Una vez suprimido, así, el principio capitalista de que el salario es proporcional a la cantidad de trabajo realizado, desaparecerá la distribución desproporcionada que se establece entre los trabajadores según tengan a su cargo un número mayor o menor de "bocas" improductivas. Una vez transformada la colectividad en responsable directa de los niños, de las madres, de los viejos, de los inaptos, de los mismos desocupados sin culpa alguna, cambia toda la valoración del problema de la subsistencia social: la escasez de alimentos y las limitaciones a la satisfacción de otras exigencias de la vida valdrán para todos mientras la disponibilidad de productos sea desproporcionada con el número de los consumidores.

Este sistema irá extendiendo su red en la medida en que el Estado proletario se consolide, se libere de los enemigos políticos y militares internos y externos, reconstruya las grandes instalaciones productivas arruinadas por la guerra civil revolucionaria; y funcionará plenamente sobre todo cuando tenga una base de compensación y de coordinación mundial, con la victoria universal de la dictadura proletaria.

En el largo camino que conducirá a este mecanismo, este sistema coexistirá con los residuos del sistema del comercio privado, sobre todo en lo que se refiere a los productos de la agricultura, aunque más no sea porque las imperfecciones y las insuficiencias inevitables al comienzo del nuevo método determinarán, irresistiblemente, la tendencia incluso al contrabando en el campo de la distribución comercial de los artículos alimenticios.

Por tanto, es fundamental para el Estado proletario entrar en posesión de las grandes cantidades de productos de la tierra para asegurar su distribución a las poblaciones urbanas; y esto es aún más necesario mientras haya un ejército en pie de guerra. Durante la gran guerra de las naciones, los estados burgueses han asumido una tarea análoga: requisar los artículos de primera necesidad, retirar lo necesario para el ejército, distribuir el resto a la población en una medida proporcional a las bocas a alimentar, pero previo pago de determinados precios. Natu-

ralmente que, una vez terminada la guerra, los Estados burgueses se esfuerzan por demoler este aparato a fin de retornar al libre comercio. Si bien era una prueba de la insuficiencia del método capitalista de adecuación entre la producción y el consumo, este aparato artificial no era para nada un experimento de socialismo.

Podrá ocurrir que en un período de lucha excepcional -y esto ha ocurrido en Rusia- el Estado proletario deba recurrir a formas de reglamentación de la alimentación colectiva que solamente sean intermedias entre este racionamiento bruto y la implantación del verdadero aparato distributivo socialista.

¿Cómo llegará el Estado proletario a disponer de los grandes stocks de productos del campo que le son indispensables para la población no agrícola? ¿Cómo asegurará que a ésta le quede todo cuanto le es necesario para su consumo directo? Esto es lo que debemos considerar al pasar revista a las diversas formas de empresa productiva agrícola sobre las que se ejercerá la influencia de la revolución.

Veamos, pues, en sus líneas generales, cuáles serán las tareas del poder proletario en el período que sigue inmediatamente a su instauración, frente a las diversas formas de economía agraria actual.

a) frente a la gran empresa moderna

Allí donde existen esas grandes explotaciones agrícolas, en cuya extensión territorial existe unidad orgánica de producción y donde los trabajadores agrícolas asalariados dependen de un empresario capitalista con relaciones semejantes a las de la gran industria, el Estado proletario adoptará las mismas medidas que en el caso de las grandes empresas industriales, a saber: privará de todo derecho al propietario del suelo y al empresario, incluso allí donde no sean una misma persona; declarará la empresa propiedad del Estado; se apropiará del producto, asumiendo el mantenimiento de los trabajadores de la empresa en todas sus necesidades. La condición para que esto sea factible es la misma que exigirá la socialización de las diversas empresas avanzadas, a saber, crear los órganos capaces de administrar y de disciplinar centralmente el suministro de todo lo que esas empresas deben recibir del exterior y la distribución de su producción.

Es evidente que empresas de esta naturaleza, teniendo un elevado rendimiento técnico, producen mucho más de lo que es necesario para el consumo de alimentos de su personal. En un primer período, podrá ser directamente retenida una parte del producto para la distribución a aquéllos que trabajan en la empresa, deduciendo de los salarios (tanto en dinero como en especie) lo que a esta parte corresponde; más bien, se hará esto apenas el criterio del salario sea superado por el del mantenimiento por el Estado de todas las "bocas", teniendo en cuenta simplemente en los planes de distribución cada uno de los artículos de consumo de esos "circuitos" inmediatos que se crean dejando en el lugar de producción una parte del producto disponible, lo que disminuye las necesidades generales de consumo. Más tarde, con la intensificación del cultivo y la probable especialización de las empresas en la producción de un número limitado de especies de productos agrícolas, el sistema de retención del producto y su redistribución se aproximará más al realizado en la industria, donde probablemente el obrero de una determinada fábrica, por ejemplo, de zapatos, no usará jamás los zapatos fabricados en su

empresa, o, a lo sumo, los recibirá en otra parte (cabe observar que la crisis de la industria y de los transportes en Rusia ha obligado a dejar sobrevivir el criterio de los "premios en especie", o sea, la distribución a los obreros de la industria de una pequeña parte de los productos de la empresa que los emplea).

Es indiscutible que los trabajadores de la gran empresa agraria moderna tienen, por lo menos, tanto interés en la revolución proletaria como los trabajadores industriales. Antes de la revolución, ellos son víctimas de la misma explotación; son pagados en dinero y en cantidad insuficiente como para procurarse lo que necesitan de aquellos productos que colman los almacenes del patrón gracias a su trabajo. Aun allí donde reciben una parte del salario en especie, su posición no es mejor, sino que depende de las conveniencias comerciales del empresario. El tenor de vida de esta parte de la población agraria constituida por los verdaderos obreros agrícolas, que no poseen ni tierra, ni herramientas, ni dinero, se elevará notablemente cuando las empresas a las que pertenecen pasen de la gestión privada a la gestión colectiva. Al igual que los trabajadores de la industria, podrán ser llevados políticamente a comprender que se deberá soportar un período inicial de sacrificios, para consolidar las bases de la dictadura proletaria, única condición para superar definitivamente la explotación capitalista. Estos trabajadores —y, al menos, los que, además de no ser poseedores de dinero y de tierra, pertenecen a empresas industrializadas (mucho más numerosas en Europa occidental que en Rusia)— asumen una posición exactamente idéntica a la de los proletarios de la industria en relación a la lucha revolucionaria para conquistar y, luego, sostener y defender la dictadura proletaria, para dirigir la revolución comunista. Sus condiciones de vida, lejos de los grandes centros, han hecho que sean menos instruidos que las masas urbanas, pero esto frecuentemente los hace más luchadores y entusiasmados en las acciones de clase, y que hayan sido menos alcanzados por ciertas formas de degeneración que el sistema del asalariado lleva consigo en los grandes centros. Nada disminuye su figura típica de soldado de la avanzada revolucionaria.

b) frente a la gran propiedad tradicional

Después de todo lo que hemos dicho acerca de las grandes propiedades rurales, que no han alcanzado las características de las grandes empresas unificadas en su mecanismo productivo, no serán necesarias muchas palabras para establecer que no se puede hablar de socialización —o sea, de gestión por parte del Estado proletario— en lo que se refiere a estas grandes propiedades. Para sustituir al antiguo propietario, el Estado debería, obviamente, anular todo derecho de éste y excluirlo del funcionamiento de la producción agraria en el territorio antes poseído por él. Por supuesto, esto será hecho, pero, una vez desaparecido el propietario latifundista, el Estado no se las habrá con una, sino con muchas pequeñas empresas productivas no ligadas por ninguna relación orgánica, técnica o administrativa. Hemos recordado la consideración elemental de que no puede hablarse de socialización y de gestión central de las pequeñas empresas, por no ser conveniente insertarlas en el movimiento general de la producción y de la distribución colectivizadas, ya que el aparato administrativo necesario sería tan pesado, que absorbería, con su pasividad, todo el rendimiento de las empresas administradas, tanto más si tenemos en cuenta que las empresas agrícolas consumen in situ una parte notable del producto.

La revolución proletaria, en estos casos, no dará más que un primer paso en la vía que conduce a una economía comunista: esto es, suprimirá la explotación efectuada por el propietario parásito, lo que llevará a "liberar" las múltiples pequeñas empresas familiares que dependían de él por un vínculo jurídico. Estas continuarán su funcionamiento técnico como antes, porque en esto no intervenía el latifundista, o lo hacía en medida insignificante; serán autónomas, las unas respecto a las otras, porque en realidad ya lo eran antes, cuando sólo las ligaba la explotación común.

El abatimiento del poder burgués, o sea de la organización de la fuerza armada que defendía el derecho de propiedad, tendrá como consecuencia, en este campo, la supresión de la explotación de los pequeños campesinos, bajo la forma de la supresión del pago del arrendamiento y del tributo en especie que los colonos entregan al propietario. Estos, sin duda alguna, "repartirán" la tierra del patrón entre sí, pero tal expresión es imprecisa, porque en realidad ellos dividirán lo que ya estaba dividido desde el punto de vista de la producción real y simplemente anularán su obligación de pagar el arrendamiento o de entregar al patrón parte del producto. Además esto significa que los trabajadores pasarán a disponer de los instrumentos y, en consecuencia, de los productos de su propio trabajo. Al contrario de lo que ocurre con los trabajadores de las grandes empresas industriales, no habían sido materialmente separados de aquéllos, pero pagaban sobre los mismos una "prima" al propietario, lo que, sustancialmente, no es más que una forma de los antiguos derechos feudales adaptada al ambiente del comercio capitalista. Cuando la gran empresa, a través de la complejidad superior y definitiva del proceso productivo, ha separado a los trabajadores del producto de su trabajo, se pasa (ya lo hemos aclarado) de manera lógica a la disponibilidad de los productos por parte de la colectividad de los trabajadores, del Estado proletario; pero estas condiciones no existen en el latifundio arrendado en pequeños lotes. Por tanto, su distribución a los campesinos sólo viola el programa socialista para aquéllos que nunca han entendido, ni de lejos, qué es este programa, y que jamás lo han considerado como una realización que debe ser obtenida a través de la lucha revolucionaria, sino como un lugar común para los discursos electorales. Si la formulación "supresión de la propiedad privada" es inexacta, sería pura y simplemente extravagante la de "en grandecimiento o ampliación de la propiedad privada", que la repartición del latifundio violaría según las piadosas consideraciones de ciertos contrarrevolucionarios.

Sin perder de vista el significado del paso de la economía privada a la socialista en sus definiciones técnicas y económicas, se podría hablar, con mayor exactitud, de abolición del "derecho" de propiedad. El abatimiento del poder estatal burgués permite al proletariado romper con todas las delimitaciones jurídicas de propiedad vigentes en la subdivisión de la tierra, no tenerlas en cuenta para nada en el proceso que se determinará; mejor aún, la propia caída del poder central burgués eliminará este factor, mientras, como veremos ahora, irá delineándose el factor del disciplinamiento del proceso en curso por parte del poder proletario sustentado por los campesinos liberados.

Si observamos bien, podemos reconocer aquí una diferencia fundamental entre la liberación de las pequeñas empresas campesinas, que determinaba la revolución burguesa suprimiendo los pri-

vilegios feudales, y aquélla que acompañará a la revolución proletaria, que demolirá el privilegio capitalista. Es por esto que el concepto de repartición de las grandes propiedades tradicionales entre los campesinos -que aceptamos o, mejor dicho, que, dadas las condiciones que examinamos, la crítica marxista ha siempre considerado como el único desarrollo posible- puede ser llamado liberación de la pequeña empresa, puede ser formulado con la frase "la tierra a los campesinos", pero no puede ser llamado paso de la gran a la "pequeña propiedad" rural. Efectivamente, una vez suprimidos los privilegios feudales, el régimen burgués naciente organizaba la propiedad agraria sobre la base económica fundamental de la empresa libre y autónoma en la dinámica del comercio capitalista, en el cual el Estado vela para que las transacciones de la propiedad sólo se realicen en las formas legales de compra, venta, herencia, etc. El rescate de los siervos feudales consistía en reconocerles la posibilidad de volverlos "iguales" al señor, tanto desde el punto de vista jurídico como comercial, o sea, como compradores o libres locatarios de la tierra poseída por aquél. Los campesinos franceses, que ya antes de 1789 eran "propietarios" de su tierra por haberla comprado, fueron reconocidos como propietarios en el sentido del derecho romano (es decir que tenían la disponibilidad absoluta de su parcela de tierra), quitando al barón feudal una serie de derechos que fundamentalmente comprometían el derecho del campesino de ser su propio dueño y señor. El propietario ya había obtenido su equivalente comercial; le fueron quitados los derechos de casta, extracomerciales por así decirlo, que el antiguo régimen le garantizaba. Lo que ocurrió, pues, fue la liberación de los campesinos, no la expropiación del latifundista. Este estaba separado "políticamente" del campesino por los derechos de casta que tenía; con la declaración de los derechos del hombre, deviene un "igual" suyo, porque, para el derecho clásico-base que le sirvió a la burguesía capitalista victoriosa para instituir los ordenamientos estatales en el código napoleónico- son "iguales" el que posee mil hectáreas de tierra y el que posee una sola, dado que las mismas normas jurídicas y comerciales permiten, "teóricamente", que el uno compre lo que el otro tiene, que uno trate con el otro en las mismas condiciones de derecho.

Después de la revolución burguesa, que acarreó la liberación de los siervos, si bien en un primer momento existieron invasiones y ocupaciones de tierras, la subdivisión de la propiedad fue estrictamente regulada por las normas del comercio capitalista: aquel que ganó con la empresa puede comprarse otra tierra u otras herramientas y enriquecerse, mientras otros quebraban y vendían su posesión. La igualdad teórica del derecho y de la filosofía democrática es respetada cuando tanto el primer "landlord" como el último campesino pobre "pueden" multiplicar lo que poseen o quedarse sin nada.

La lucha que la revolución del proletariado libra contra la gran posesión terrateniente es muy distinta. Ya no hay "ningún límite" para la división de la tierra representado por las sanciones jurídicas del derecho de propiedad. La masa de los campesinos tiende a liberarse de los derechos del propietario, a disponer de la tierra, de las herramientas y de los productos de su trabajo. En la relación de fuerzas que nace entonces interviene, en un cierto momento, el criterio y la fuerza del nuevo poder proletario, pero con directivas ya libres de los cánones del derecho y de la economía burgueses.

El Estado proletario no puede decir, en sus estipulaciones, "la gestión de la tierra compete a la colectividad" tal como dice "la gestión de la gran industria o de los ferrocarriles compete a la colectividad", porque las estipulaciones del Estado proletario, lejos de constituir el arbitrio de una oligarquía ciega, son la derivación de una comprensión racional de las posibilidades económicas, allí donde éstas exigen "la intervención despótica" prevista por Marx, así como el útero hinchado exige la crisis del parto. Pero el Estado proletario, frente a la gran propiedad tradicional (continuamos sirviéndonos de esta fórmula), al latifundio semifeudal, proclama: la tierra para quien la trabaja, la empresa agrícola para el campesino. Surge un principio disciplinador, al cual "se tiende" al regular la repartición de la tierra y de las herramientas agrícolas: dar a cada campesino, a cada familia campesina, tanta tierra o tales herramientas de modo que puedan emplear útilmente en ellas toda su potencialidad racional de trabajo, eliminando el trabajo asalariado agrario, o sea, el trabajo del campesino en la tierra "de otro".

En este disciplinamiento, el Estado proletario encontrará mil dificultades, de que hablaremos, pero pasará por encima de la del "derecho de propiedad", porque, en la distribución de la tierra que las varias familias campesinas deberán trabajar no se tendrá cuenta alguna de los derechos preexistentes de compra y venta y de herencia, y se cancelarán las hipotecas, las deudas para con los usureros agrícolas, etc. Son éstas las cadenas que la revolución proletaria podrá romper para liberar el proceso de redención de los trabajadores de la tierra, cadenas que la revolución burguesa dejó intactas, limitándose a aflojar aquellas herumbrosas de los privilegios sancionados por una legislación precapitalista.

Por tanto, no se tratará de la gestión estatal de la agricultura donde ésta no sea posible a causa de las condiciones técnicas atrasadas, sino sólo gestión de la tierra por quien la trabaja; no se tratará de la tendencia a realizar el concepto, posible en las empresas industrializadas, de la colectivización de los productos del trabajo para la distribución a todas las "bocas" de la clase trabajadora, sino del derecho de todo trabajador de disponer de los productos de su trabajo, del que será reducida la parte correspondiente a la colectividad, la cual compensa al trabajador agrícola con otras prestaciones.

Tendremos, pues, la gestión privada o familiar de la tierra como resultado inmediato de la revolución allí donde había una forma de gestión feudal-capitalista; pero ella no se basará en el sistema de propiedad capitalista, sino que resultará de la aplicación del principio de proporcionar al trabajador tanta tierra como pueda trabajar, principio que el Estado proletario irá garantizando gradualmente. La compraventa y la herencia de la tierra son abolidas; cuando el sistema se haya desarrollado, los consejos de campesinos, en el ámbito de las disposiciones generales del Estado proletario, regularán el reparto de la tierra según el desarrollo de las fuerzas del trabajo de cada familia y los cambios de éstas.

El principio directivo de la revolución agraria no será, pues, el de instaurar la pequeña propiedad en lugar de la grande, sino el de liberar la pequeña empresa campesina de una explotación secular, no para darle una autonomía económica de tipo capitalista, a la que acompañan ulteriores perspectivas de explotación y de desigualdad, sino para disciplinarla con la interven-

ción racional del poder proletario. No se puede hablar, pues, de la gestión colectiva de la tierra, la que es imposible, sino de una "propiedad" colectiva (estatal, nacional, social) de ésta, acompañada por la gestión en pequeños lotes. "Nacionalización de la tierra para los campesinos": no es, pues, inexacta la fórmula bolchevique.

De todo esto se ve que se deberá hablar de repartición material, ya que necesariamente sucederá que, por iniciativa de las masas y por intervención estatal, una vez eliminado el latifundista, no solo cada campesino quedará en posesión de las tierras que arrendaba o cultivaba como colono o aparcerero, sino que se les quitará tierra a los grandes arrendatarios para darla a los pequeños, tendiendo al equilibrio que consiste en dar a cada uno tanta tierra como pueda trabajar sin explotar el trabajo ajeno. Esto contradice sólo en apariencia nuestro argumento de que, con tal proceso, se viene a dividir lo que ya estaba dividido desde el punto de vista del sistema productivo técnico real bajo la explotación común del latifundista. En realidad, si la gran empresa puede o no ser una unidad productiva orgánica, según inter venga en ésta la especialización de las funciones técnicas, la pequeña y mediana empresa agraria no es casi nunca, sobre todo en los países de agricultura rudimentaria, una unidad productiva racional. Un campesino, o una familia, organiza la producción en su pequeño lote de modo rudimentario, o sea, haciendo todos los "oficios" sucesivamente. El límite de la empresa depende de su fuerza de trabajo. Si hay más tierra, se pondrán a trabajarla de a dos, de a cinco o de a diez, pero no alcanzarán una especialización del trabajo, o un perfeccionamiento técnico. En cierto sentido, podremos decir más bien que encontraremos mejor técnica en la pequeñísima empresa del campesino que tiene poca tierra y es, naturalmente, llevado a aumentar su rendimiento. Como el estado de hecho de la división del latifundio en lotes no es una conquista racional del sistema productivo, se lo puede alterar sin retroceder cambiando la distribución. Todo esto es válido, entiéndase bien, en líneas generales.

Estas consideraciones nos llevan a tener en cuenta otra eventualidad, que restringe prudentemente el campo de las empresas "socializables" por su desarrollo de industrialización. Existen grandes explotaciones donde tal vez hay un rastro de administración central con braceros, esto es, con trabajadores asalariados, pero que, en realidad, son cultivadas peor o al menos no mejor que aquellas atribuidas en lotes a los colonos. Encontramos aquí el trabajo asalariado, el trabajador separado del producto del trabajo, pero no aún con el proceso de unificación técnica de la empresa, que suscita en los que trabajan en ésta la tendencia a reivindicar su gestión colectiva. Acontecerá, entonces, en estos casos, que también trabajadores asalariados procederán irresistiblemente a la repartición de la tierra; esto ocurrirá donde la "especialización" no haya vuelto el trabajo en común técnicamente indispensable, haciendo que uno de los que trabajan en la empresa no pueda llevar a cabo él solo todo el proceso de la producción hasta el final, sino solamente una fase del mismo.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta las fases que presentará la derrota de los grandes propietarios agrarios y la ofensiva de los campesinos. La consolidación del poder revolucionario y de sus preciosas capacidades de disciplinamiento central del esfuerzo de las masas comenzará en las ciudades y alcanzará con retardo los campos. Este poder se encontrará frente a

los hechos consumados que hasta cierto punto se podrán someter a reglas, pero jamás a reglas apriorísticas y resultantes de abstracciones vacías. Recordemos una vez más el parangón con el proceso de la economía industrial. "La tarea" de la dictadura proletaria es, como hemos dicho, la socialización "inmediata" de la gran industria. Pero hemos agregado que para realizarla de hecho será necesario cierto trabajo preliminar de organización de los nuevos órganos del mecanismo de distribución comunista, de administración central. En el intervalo, el proceso se presentará muchas veces no como la expulsión del industrial de la fábrica, si no simplemente como la limitación de las funciones de éste, limi tación que los obreros "de la fábrica" sin duda llevarán a cabo directamente tomando sus riendas. Solamente después el Estado proletario intervendrá organizando primero el "control" y luego la gestión de la gran industria por parte de órganos propios, o sea, por parte del proletariado vencedor.

Los obreros en posesión de la empresa podrán cometer errores, la lucha y la primera experiencia de una gestión nueva podrán bajar el rendimiento de la empresa, pero ésta no perderá el carácter de unidad productiva. La imposibilidad material hará que ni siquiera pueda pasárseles por la cabeza a los trabajadores "repartirse" la fábrica que pertenecía al capitalista y que forma un todo indivisible.

Pasemos al caso de la tierra. La revolución social que de termina las formas socialistas se basa enteramente en esta condición necesaria. La especialización del trabajo encauza la lucha contra el parasitismo del propietario hacia la gestión colectiva de la producción. Donde exista esa especialización, la di rección del proceso revolucionario será la siguiente: en las grandes empresas industrializadas, los campesinos se organizarán en una comunidad que administrará la tierra —la cual será oportunamente reemplazada por la más vasta comunidad que es el Estado proletario—, porque tendrán interés en no despedazar la explotación, sus máquinas, sus instalaciones (casas, industrias agrarias, grandes establos, red de irrigación, energía eléctrica, etc., etc.), y el proceso que conduce a la gran gestión estatal estará garantizado.

Pero es evidente que los campesinos, así como los colonos que ya trabajaban partes limitadas de grandes fundos, ocuparán la tierra y la dividirán en lotes atribuidos a las diversas familias, donde no encuentren esas determinaciones de la necesidad técnico-económica, aunque sean asalariados que trabajan materialmente juntos, o sea, uno al lado del otro, pero sin estar unidos por el vínculo que deriva de la especialización de cada uno de ellos y que vuelve por ende a cada uno indispensable para todos.

Todos éstos concurrirán al reparto de las grandes posesiones, todos lucharán unidos contra la clase de los propietarios de la tierra que no trabajan. La tarea del Estado proletario en el período inmediatamente siguiente a su instauración será pues la de sostener esta lucha.

El gran problema que surge inmediatamente es el de retirar de las pequeñas empresas liberadas la cantidad de víveres necesaria para la población no agrícola. ¿Considerarán los campesinos esta deducción como la que antes efectuaba el latifundista? Ciertamente no, ante todo porque será muy inferior. En los países de agricultura atrasada será inferior, porque, como en Rusia el boyardo, aquél tomaba para sí casi todo; en los de agricultura más avanza

da, tal contribución sólo afectará lo que el campesino esté en condiciones de producir por encima de sus necesidades en productos alimenticios.

El Estado proletario da a los campesinos una serie de prestaciones y de garantías como equivalente de esa deducción. Haremos referencia a este mecanismo, en su aplicación en el devenir revolucionario general y, en especial, en Rusia, después de unas breves palabras sobre la tarea del poder proletario frente a la pequeña propiedad rural que ya existía antes de la revolución.

c) frente a la pequeña propiedad

De aquí en adelante damos como incontrovertible que la socialización o nacionalización de las pequeñas empresas rurales administradas hoy por sus propietarios "jurídicos" no puede ser más que una expresión sin ningún sentido. Por consiguiente, la gestión de las mismas quedará confiada al pequeño campesino que actualmente trabaja allí con su familia. Pero la caída del poder burgués y la instauración del poder proletario acarrearán una transformación radical de las relaciones en las que vive esta pequeña unidad productiva, tanto desde el punto de vista de la repartición de la tierra como desde aquél de la disposición de los productos.

En el régimen burgués, el pequeño propietario es teóricamente el patrón absoluto de su tierra y de cuanto extrae de la misma con su trabajo. Pero esta enunciación jurídica está lejos de traducirse en una realidad económica. En realidad, y a excepción de algunos períodos de prosperidad sobre los que se suele exagerar, la integridad de esos derechos está amenazada por varios factores. La falta de medios económicos que le permitan al pequeño propietario proveerse de las herramientas y de todo cuanto debe adquirir necesariamente en el mercado, lo vuelve víctima de los usureros y lo somete a las hipotecas sobre el suelo que posee y, muchas veces, a duras obligaciones de vender el producto a determinadas personas y en determinadas condiciones muy desfavorables. La explotación económica capitalista tiene, pues, muchas vías para alcanzar al pequeño campesino propietario sin afectar su "sagrado" derecho. La revolución proletaria cancelará de golpe estas cargas a las que está casi siempre sometido el pequeño propietario de la tierra.

Gracias a la revolución política, los pequeños colonos y arrendatarios liberados del yugo de los grandes propietarios terratenientes, los pequeños propietarios, y en algunos casos, como vimos, los campesinos sin tierra en regiones donde falta la posibilidad y el ejemplo de una gestión colectiva de la empresa agraria, pasarán a encontrarse con total paridad de "derecho" frente al problema de la repartición de la tierra.

El campesino que dispone de una cantidad de tierra insuficiente para absorber su fuerza de trabajo y la de su familia, por consiguiente insuficiente para garantizarles la cantidad de productos que les es necesaria tanto para el consumo directo como para la venta, en aquellas formas que se harán posibles, a cambio de todo cuanto necesitan, es decir, el campesino pobre, tendrá una tendencia natural a ocupar la tierra que otros poseen en exceso (este exceso puede derivar de varias causas: porque los poseedores ya son propietarios medianos; porque son grandes arrendatarios que reemplazaron al latifundista; porque lo han ob

tenido mediante ocupaciones arbitrarias, etc.). Los campesinos pobres, favorecidos en esto por el Estado obrero, se organizan para luchar contra aquéllos que poseen tierras en exceso, para no estar obligados a ir a trabajar como asalariados la tierra de éstos y, en consecuencia, para proceder a una repartición ecuaníme de las tierras.

No existe ninguna herejía teórica en decir que los pequeños propietarios no solo conservarán su tierra (¿a quién se la deberían dar?, a menos que se quiera poner encima un cartel que diga: "socializada por orden de la imbecilidad socialdemócrata", y abandonarla a la incultura o al cultivo de... calabazas), sino que recibirán otra hasta cubrir su capacidad de trabajo. Se trata, por supuesto, de una tendencia general, porque, en realidad, lo que ocurra dependerá de: a) la cantidad de tierra disponible en proporción a la población trabajadora rural; b) de la fuerza política y del desarrollo económico industrial del régimen proletario que intervendrá para disciplinar la acción de las masas campesinas.

Bajo el régimen del poder proletario tendremos, pues, sólo dos formas de gestión de la tierra: las grandes empresas modernas con gestión estatal (en Rusia, los sovjoses, que en 1919 no cubrían más que el dos por ciento de la superficie cultivable) y las empresas pequeñas confiadas a los campesinos, que derivan de la pequeña propiedad y de la gran propiedad tradicional, semi-feudal. La proporción en la que estas dos formas constituirán la producción agrícola dependerá del desarrollo técnico preexistente de la práctica agraria, además de las condiciones generales de prosperidad ligadas a la suerte de la lucha política revolucionaria y del proceso de socialización de la industria.

¿Cómo insertarán las pequeñas empresas agrícolas su mecanismo productivo en el mecanismo estatal, sobre todo en lo que a la distribución de los artículos alimenticios se refiere? En un primer momento, la revolución proletaria abolirá la integridad del derecho a poseer la tierra; en un segundo momento, intervendrá en la distribución de los productos. Habrá un período en el que las pequeñas empresas, resultantes de la infracción del derecho de propiedad burgués, vivirán todavía en el ambiente del comercio burgués, o sea, de la libertad de colocar en el mercado el excedente de su producto sobre su propio consumo, a cambio de dinero, el que seguirá haciendo posible la adquisición de artículos manufacturados y productos industriales, tal vez a precios fijados por órganos estatales. El régimen que se tenderá a realizar será aquél en el cual el campesino de la pequeña empresa sólo pueda "vender" al Estado y a determinados precios, primero, y, después, contra la entrega de las cantidades que le correspondan de productos industriales y como equivalente de otras prestaciones estatales a medida que madura la abolición de la moneda. La pequeña empresa tenderá a perder el carácter de especulación para insertarse en el marco de la producción colectiva.

Pero el primer momento dejará solamente al Estado proletario la posibilidad exclusiva de decir que él se reserva cierta parte del producto excedente, no todo, mientras no pueda suministrar directamente todo lo que es necesario para el funcionamiento de la empresa.

Sólo después de la resolución de este problema se podrá dar un paso verdaderamente gigantesco hacia el régimen comunista, esto es, la supresión del libre comercio no solo para los productos industriales sino también para los productos agrícolas.

De todos modos existe, indudablemente, la posibilidad de insertar el funcionamiento de la pequeña explotación agrícola por un tiempo no breve en el régimen de poder proletario, y sobre esto retornaremos en seguida.

Queda todavía algo que decir sobre lo que ha acontecido en Rusia. La guerra civil, sumándose a las consecuencias de la guerra zarista y burguesa, ha paralizado gravemente la economía general del país y la gran industria estatizada de modo que ésta no domina totalmente la vida económica y el problema de la pequeña empresa agraria se coloca en el primer plano, mientras que la pequeña industria tiene, asimismo, una parte notable en la producción. La mala cosecha de 1920 ha demostrado cuán lejos se está todavía de poder superar la fase del libre comercio de los productos agrícolas basándose en la única cosa que se pueda considerar como un arranque hacia el comunismo, a saber: el suministro a los campesinos por el Estado de todo lo que les hace falta, contra la entrega de todo el producto. Se está todavía en el estado en el que el Estado no puede distribuir todo a los campesinos, y por eso debe contentarse con tomar de ellos una cuota del excedente del producto, dejándoles la disponibilidad del remanente para el cambio por todo cuanto les hace falta y que es producido por la pequeña industria o incluso se adquiere en los propios almacenes del Estado. Este es el sistema del "impuesto alimentario". Se ha hecho un gran bullicio alrededor de esta medida, tildándola de medida retrógrada, ya que, precedentemente, el Estado tomaba de los campesinos, con la fuerza si hacía falta, todo el excedente y hasta lo necesario para ellos, prohibiendo el comercio libre. Pero, como demuestra admirablemente Lenin, esta medida era "extemporánea" respecto al desarrollo económico racional hacia el comunismo, necesariamente lento en Rusia debido al estado de su economía y a la lucha gigantesca contra la reacción exterior. Era una medida de "comunismo de guerra", una requisición dictada por el excepcional estado de necesidad y que era erróneo considerar como una etapa ya asegurada del proceso económico. En realidad, esta medida era posible en cuanto era la condición necesaria de la lucha armada contra los feudales reaccionarios, y se podía inducir a los campesinos a entender que, rechazando sacrificarse, habrían determinado la victoria de la contrarrevolución y el retorno a la explotación por parte de los señores. Por otra parte, no era una situación natural, puesto que los campesinos no recibían nada del Estado, excepto su defensa militar, a la cual contribuían ya personalmente en el ejército rojo (prueba de esta artificialidad es el hecho de que se generalizaba incluso el contrabando del grano, enteramente monopolizado por ley del Estado). Bien que se pueda deducir del paso de este estado excepcional al impuesto en especie que el devenir de la economía socialista en Rusia es lento y difícil, no se puede decir que se trata de un paso atrás, aunque acarree la necesidad de reconocer ciertos derechos a la pequeña industria y de complementar la economía del país con las "concesiones" a los capitalistas extranjeros.

Pero no es nuestro propósito hacer aquí un bosquejo general del desarrollo de la economía rusa. Basta indicar que en la base del examen de todo esto está el concepto histórico fundamental del carácter internacional de la revolución proletaria, puesto que sólo la dictadura proletaria instaurada en los países de gran desarrollo capitalista podrá asegurar un ritmo seguro a la evolución hacia el comunismo de la economía rusa, a la que el generoso proletariado de ese país apenas puede hoy consagrar un

cuidado directo, después de haberse prodigado, con heroísmo incalculable, en todos los frentes de la lucha revolucionaria contra los enemigos comunes de todo el proletariado mundial.

Obreros y campesinos en la revolución proletaria

Todo lo que hemos expuesto acerca de las tareas, en el campo de la producción agrícola, del poder proletario una vez consolidado con algunas referencias a la experiencia rusa, no pretende ser ni siquiera mínimamente un "programa" de política agraria del Estado obrero. Nuestro objetivo era trazar, en base a la crítica marxista de la realidad económica, cuáles son las "posibilidades" económicas que se le abren al poder proletario en la agricultura, eliminando ciertos errores que son producto del puro ilusionismo pseudo-revolucionario o del oportunismo en busca de objeciones a la lucha revolucionaria.

Se trataba de establecer qué es lo que se puede esperar de una intervención inmediata de la dictadura proletaria en el campo agrícola y qué es lo que no se puede pretender, si no es diciendo barbaridades imperdonables, extrayendo de los principios socialistas conclusiones absurdas y metafísicas, o creando deliberadamente, para sus fines polémicos, demandas irreales que sirvan para proclamar la inutilidad, la imposibilidad o la bancarrota de la revolución, según los casos. Se trataba de establecer cómo la inversión de las relaciones de clase que se realiza en la revolución afecta a los estratos de la población agraria y las relaciones sociales existentes en la agricultura.

De este examen ha resultado (ciertamente no son cosas nuevas) que sólo de una equívoca y formal aplicación de enunciados no socialistas se puede deducir un programa de socialización de toda la economía agraria idéntico al que se aplicará a la economía industrial: el desarrollo comunista en el primer campo no puede ser paralelo al segundo. Es pues un absurdo hablar, en lo que atañe a la agricultura, de socialización de otras empresas que las empresas modernas con una organización de tipo industrial. La pequeña empresa sobrevivirá a la revolución, y el reflejo de ésta sobre aquélla no dejará de ser grande, puesto que la liberará de los aprietos de la dominación del latifundista y de las otras formas de parasitismo capitalista.

Sin embargo, no se da por descontado que lo que lógicamente es posible esperar de la revolución proletaria en el campo de la agricultura deba realizarse plenamente en todos los casos e inmediatamente. El carácter político es el carácter central de la revolución proletaria: la posesión segura del poder por el proletariado, la defensa de éste contra todo atentado interno y externo; en un primer momento, esta tarea absorbe fatalmente las fuerzas proletarias. En el propio campo industrial, así como en cualquier otro campo en el que la administración no está estrechamente ligada a la producción en el sentido material, el programa del Estado proletario podrá sufrir demoras indefinibles, si las circunstancias externas lo imponen. No es posible fijar a priori a qué distancia de la introducción del control obrero de la industria deberá realizarse la socialización de la producción. Es asimismo difícil decir en qué período el Estado podrá organizar la gestión de las empresas agrarias de tipo industrial, cuán

tas y cuáles fases presentará la lucha por la repartición de las tierras entre los campesinos, y cuánto retardará esta lucha una organización racional de la alimentación pública. Esta situación incierta se verificará tanto más en la agricultura, ya que, por mil razones, es mucho más difícil para el Estado proletario y sus órganos directivos controlar este proceso.

Todo dependerá de las relaciones de fuerza que se establecerán entre el proletariado urbano y las masas campesinas en el curso de la revolución, sobre todo según el estado de la economía del país.

El problema será mucho menos arduo en Europa occidental y, en general, en los países de desarrollo capitalista avanzado, de lo que ha sido en Rusia. Ante todo, en estos países una extensión de tierra mucho mayor estará en condiciones de explotación que permitirán su gestión estatal; el desarrollo industrial y su prosperidad permitirán organizar más rápidamente las nuevas relaciones con los pequeños campesinos, y será más fuerte la fuerza política y militar del proletariado urbano, clase dirigente de la revolución.

El Estado revolucionario, dirigido por el partido comunista, regulará según estos criterios sus relaciones con los campesinos y sus medidas agrarias; juzgará hasta qué punto pueden ser sucesivamente impulsadas; comenzará neutralizando ciertos estratos de la población agraria mientras no tenga la certeza de poder garantizar con fuerzas efectivas las medidas de intervención en sus antiguos derechos. Las tesis del Segundo Congreso de la Internacional sobre la cuestión agraria deben ser consideradas con este criterio. A muchos les parecen demasiado prudentes, ya que hablan del comportamiento para con los campesinos medios y ricos; pero esto no autoriza a los peores ignorantes del oportunismo a imaginar que las tesis han sido compiladas reemplazando la doctrina marxista por la conveniencia política concreta.

El planteo teórico de las concepciones de la Internacional Comunista acerca de la cuestión agraria destroza simplemente aquellos prejuicios antimarxistas que modestamente nos hemos esforzado por combatir en este escrito. El resto son conclusiones sacadas de consideraciones de relaciones de fuerza entre el poder proletario y los campesinos, al juzgar los límites de las medidas a ejecutar sucesivamente, según la posibilidad de poder dejar pasar al bando enemigo a estratos más considerables de la población rural o, por necesidad, de tratar de mantenerlos neutrales.

La única observación que se puede hacer sobre las Tesis agrarias es que, estando dictadas por la experiencia rusa, aparecen como tesis internacionales demasiado moderadas, en el sentido que, en los países industriales, la lucha contra el campesino rico y medio podrá comenzar más rápidamente. El oportunista, en cambio, imagina tal vez; que es necesario comenzar por declarar la guerra al pequeño campesino para asegurar la victoria de un verdadero capitalismo agrario!

Lo importante es dejar firmemente establecido que la existencia de pequeñas empresas agrarias surgidas de la derrota del latifundismo agrario no sólo no es incompatible con el régimen del poder proletario, sino que, además, sólo paralelamente a la revolución obrera en los centros urbanos, se puede emancipar al campesino y echar las bases del desarrollo racional ulterior de la explotación de la tierra.

Sería un grosero sofisma invocar las consideraciones sobre la lentitud de las medidas estrictamente económicas que tomará el poder proletario para plantear objeciones a la perspectiva general del movimiento revolucionario tal como lo trazan los comunistas. En vez de contradecirla, estas consideraciones confirman la necesidad de que el primer acto de la revolución sea el abatimiento del poder burgués y la proclamación de la dictadura proletaria.

El más mínimo, el más simple de esos actos de intervención en las relaciones actuales de la economía, de los que hemos estado obligados a ocuparnos, es un acto "ilegal" que infringe y viola los fundamentos del derecho burgués, lo que quiere decir que no puede ser "consumado" si no se destruye el mecanismo de defensa "constitucional" de la burguesía: su Estado.

Se pueden hacer parodias ridículas de esas medidas imaginando que su autor es el Estado democrático actual, y estas parodias sólo tendrían resultados contrarrevolucionarios. Aunque el camino de la economía capitalista a la comunista pueda presentarse complejo, difícil, quizá intermitente —especialmente en las difíciles situaciones de las que Rusia es una muestra—, es indiscutible que el paso del poder de la clase que defiende el capitalismo a la única clase que puede ser artífice del comunismo, es la condición indispensable de una lucha sin cuartel en la que prevalecerá quien tenga más fuerza y que no ofrece otra solución que la victoria integral de uno u otro de los contendientes. Las medidas difíciles y delicadas que el poder proletario deberá tomar detalladamente en su trabajo colosal y diuturno, no quitan nada a la patente nitidez del dilema histórico: o dictadura de la burguesía, o dictadura del proletariado, dilema que no puede ser esquivado con soluciones intermedias.

El desarrollo de la economía agraria después de la revolución proletaria

Lo que hemos expuesto hasta aquí se refiere a la tarea del proletariado vencedor en la lucha política revolucionaria frente a los problemas de la economía agraria, a los hechos que acompañarán en el campo el advenimiento al poder del proletariado industrial urbano, en la fase que sigue inmediatamente a la instauración del nuevo régimen. Ahora hablaremos muy brevemente de las perspectivas del desarrollo ulterior de la economía agraria en el largo período del paso gradual del régimen económico capitalista a un orden que verdaderamente pueda definirse como comunista. Esto lo haremos, sobre todo, para rechazar una posible objeción, según la cual se podría poner en duda que el estado de cosas que hemos bosquejado como lógica consecuencia de la revolución contenga las condiciones que aseguren su evolución ulterior en un sentido comunista, y para examinar la eventualidad de otras luchas de clases y fases revolucionarias antes de poder pasar al comunismo también en el campo de la producción agraria.

Es necesario hacer notar que, si no se llegase al comunismo agrario, no tendría sentido decir que se ha llegado al comunismo. Todas las otras actividades de la vida social, aun aqué-

Una primera fase de economía agraria estará, entonces, caracterizada por tres formas de colocación del producto. Ni siquiera en esta primera fase se puede decir que la explotación funciona como una explotación capitalista. Eso ocurriría si lo recabado por la venta de la tercera cuota del producto (en moneda o en certificados del Estado proletario) pudiese ser utilizado para la adquisición de tierras, de modo de permitir la ampliación de la explotación más allá del límite de la capacidad de trabajo de la familia a la que está confiada, lo que tendría como consecuencia la utilización del trabajo ajeno a cambio de un salario, característica del capitalismo. El Estado proletario, como decimos, demoliendo para siempre el principio jurídico de la posesión privada de la tierra, se encargará de su repartición, que ya no será una función privada contractual, sino una función colectiva. La compraventa de la tierra será suprimida; por esto mismo, el sistema no podrá dar lugar a una transformación análoga a la que llevaba del artesanado a la gran industria, según la cual un artesano que por poseer secretos técnicos o por otra razón, ganara más que los otros, compraba y absorbía sus empresas convirtiéndose en industrial y viviendo del producto del trabajo asalariado ajeno.

Ciertamente no podrá prohibirse que el campesino, con el dinero del que dispone libremente, compre herramientas agrarias, animales, etc., al menos en los primeros tiempos y con determinadas intervenciones limitativas del Estado; de otra forma sería lo mismo que no dejarle la libre disposición de la tercera cuota, de la cual ya hemos hablado.

Pero esto podrá ser posible en una segunda fase, de la que hablaremos y a la que corresponde la subdivisión del producto de la pequeña explotación ya no en tres sino solamente en las dos primeras cuotas: una parte para el Estado y otra para ser consumida por la familia campesina.

Esto será posible cuando el Estado esté en condiciones de suministrar al campesino, a través de sus órganos distributivos, "todos" los productos no agrícolas o no producidos por su explotación que él pueda necesitar. La condición evidente del paso a esta segunda fase, de semisocialismo agrícola, es un gran florecimiento industrial.

Esto será factible sólo cuando el socialismo industrial funcione plenamente. Es necesario no olvidar que, para el feliz desarrollo de éste, es a su vez condición indispensable una producción agraria intensa: queda claro, así, por qué la primera fase de la que hemos hablado jamás podrá ser saltada, debiéndose, al contrario, prever su realización de una manera tan completa que permita lograr un rendimiento elevadísimo de la tierra.

Una tercera fase de verdadero socialismo agrario se tendrá cuando se llegue a suprimir también la segunda cuota de repartición de los productos, la cual le queda al campesino para su consumo, poniendo la totalidad del producto a disposición de la colectividad. Es evidente que este sistema es inconciliable con la pequeña explotación, ya que no existe ninguna conveniencia en retirar todo el producto al campesino para devolverle lo que debe consumir a través de una red independiente de distribución, en la que deberían figurar millones de pequeñas empresas. Por consiguiente, sólo tendremos socialismo agrario -conclusión que no nos parece nueva- cuando se haya pasado de la pequeña a la gran explotación.

llas que superan el sentido material de la palabra "producción", están estrechamente ligadas al destino de la economía agraria, de la que depende la alimentación colectiva y el suministro de productos indispensables para la industria, los servicios públicos y todas las instituciones colectivas.

El principio comunista de proporcionar a todos cuanto les es necesario independientemente de su prestación de trabajo útil para la colectividad, además de exigir una serie de condiciones que sólo una larga evolución podrá asegurar (florecimiento económico, desarrollo de la ciencia y de la técnica, elevación sistemática de las costumbres y eliminación de toda tara fisiológica y espiritual, etc.), no es concebible si no es aplicado íntegramente a toda la esfera de las actividades productivas, entre las que la agricultura está en primer plano.

Al comunismo económico se llegará a través de fases intermedias, alcanzándose primero un régimen de relaciones sociales que puede definirse como "socialismo", cuando se da a esta distinción un sentido económico y no se la confunde con la distinción política que existe en el seno del movimiento proletario internacional.

El socialismo supera la explotación capitalista y la autonomía de las empresas, pero conoce una forma de compensación del trabajo que todavía se acerca al asalariado, si bien además de compensar a cada uno por su trabajo y en razón de éste sin sacar la parte que iba a formar el plusvalor capitalista, o sea, la ganancia del patrón, el Estado proletario se encarga de proporcionar a quienes no trabajan por una razón legítima (niños, madres, viejos, enfermos, desocupados no por su culpa).

En el socialismo ya está asegurada, sin embargo, la disponibilidad colectiva de los productos del trabajo, una vez suprimido el libre comercio y sustituido por la distribución estatal. Los artículos todavía se adquieren a cambio de bonos de trabajo no convertibles para la adquisición de capitales (instrumentos de trabajo).

Esto basta para entender que el régimen de la economía agraria que sucede a la instauración de la dictadura proletaria, aun después del período inicial de la consolidación, será un régimen espúreo, todavía no socialista, un régimen que Lenin llama de "pequeño capitalismo". Sólo en las grandes empresas industrializadas se iniciará un socialismo agrícola, creándose para los que ahí trabajan un sistema de suministro de los artículos de consumo análogo al que funcionará para los trabajadores de la industria socializada. Pero, en las pequeñas explotaciones surgidas de la repartición de la tierra entre las familias de la población rural a través del proceso que hemos expuesto en los capítulos precedentes, una parte de los productos quedará para la misma explotación. Por consiguiente, subsistirá una red de pequeño comercio para los productos de la tierra, red que, en una primera fase, se entrelazará con los restos de un comercio libre de los productos de la pequeña producción artesana y manufacturera (industrias rudimentarias existentes en las zonas agrícolas).

El producto de la pequeña explotación será dividido en tres partes: 1) para el Estado ("impuesto alimentario" ruso); 2) para el propio consumo de la familia campesina; 3) a disposición de la explotación para la venta libre.

Este es el problema. Y ésta la posible objeción adversaria: ¿es concebible la transformación de la pequeña empresa agraria en la gran empresa por otra vía que no sea la capitalista, o sea, a través de la adquisición de tierras por parte del campesino enriquecido o del empresario capitalista?

El lector recordará que ya hemos sostenido la verdad de la tesis inversa a ésta, es decir, que tal transformación nunca será sistemática en el ambiente económico del capitalismo, el que se concilia mal con la evolución de la técnica agraria hacia la plena industrialización.

Todo esto se vuelve posible, en cambio, a través del proceso que abrirá la revolución social. El florecimiento industrial, que, en un primer momento, habrá consentido esa "segunda" fase de acercamiento a un socialismo agrario (que podemos definir como de inserción de las pequeñas explotaciones rurales en la red totalmente socialista de distribución), será el punto de apoyo para la transición de la segunda a la tercera fase. Aun desde la primera fase se podrá iniciar el paso a la tercera, en la medida en que desde un primer momento se tendrán ejemplos de la gestión agraria que se generalizará en la tercera fase en las grandes empresas agrarias capitalistas que hayan sido socializadas; y aun antes de que sea suprimida la disponibilidad de los productos de la pequeña empresa para el libre comercio, se podrá iniciar la unión de pequeñas empresas en grandes unidades productivas industrializadas. Pero esto sólo será posible en una vasta escala, siendo ante todo un problema técnico, con un elevadísimo desarrollo de la producción industrial.

¿Quién y qué impulsará a las grandes empresas a fundirse en grandes haciendas para adoptar nuevos recursos técnicos productivos? Al mismo tiempo la voluntad iluminada del Estado proletario y el interés de la población rural a través de circunstancias en las que no nos detendremos.

Las primeras grandes explotaciones racionales estatizadas, en las que funcionarán las máquinas y todos los otros medios modernos de cultivo, serán un ejemplo que harán comprender a los campesinos que en ellas se obtiene el mismo rendimiento y el mismo tenor de vida que el de los trabajadores con menores esfuerzos, sacrificios y riesgos. El Estado (en cierto sentido único capitalista y empresario industrial) dispondrá exclusivamente del equipamiento y de las competencias necesarias para la transformación de la técnica agraria; y estos medios, no por capricho del Estado, sino por lógica condición técnica, serán ofrecidos solamente a aquellos campesinos que se declaren dispuestos a poner sus tierras en común. Podrá ocurrir que formas semejantes a la cooperación agrícola, a la defensa colectiva contra los riesgos de la producción, se presenten como transición a esta puesta en común definitiva de la tierra, lo que equivale sin más a su socialización.

Aquí nos encontramos frente a un viejo prejuicio que plantea el problema del incentivo para la producción, del estímulo que actúa sobre el trabajador obligándolo a salir del ocio y a dar su contribución a la colectividad. Según viejos prejuicios burgueses este estímulo es el "interés", el deseo y la perspectiva de "ganar" y de enriquecerse para poder vivir sin trabajar. Quitad estas probabilidades y veréis detenerse la producción, dice el burgués. En realidad, él ve de ese modo el mundo de la economía y sus reflejos sobre las acciones humanas desde su singu-

lar ángulo visual de clase. El burgués no ve en el productor y en el trabajador al hombre, sino la "firma", la "empresa", con su libro de entradas y salidas. No entiende que, en el actual régimen capitalista, estos estímulos valen solamente para esa minoría de la que precisamente él mismo forma parte y cuya psicología mercantil atribuye a toda la humanidad restante. No concibe que los estímulos que guían la acción de la firma "Yo y Cía" no conducen a trabajar en pro de la colectividad, sino a asegurarse la apropiación de la mayor cantidad posible del producto del trabajo colectivo a través del "trabajo", entendiéndolo como eso también, y sobre todo, la especulación, el acaparamiento y el fraude. En realidad, el capitalismo ha creado para la gran mayoría de los hombres un tal estado de cosas que ellos se someten al trabajo cotidiano no ya con la ilusión de acumular dinero o enriquecerse (perspectiva matemáticamente excluida, salvo casos excepcionales), sino para huir al espectro del hambre, de la miseria y de la muerte. Es una coerción pura y simple la que obliga a las masas al trabajo. Para el proletario de las grandes empresas modernas, esto es tan verdadero que desde hace decenios no lucha para volverse, a su vez, como individuo, patrón e industrial, sino para realizarse como clase la socialización de los medios de producción.

La condición económico-psicológica del pequeño campesino se asemeja más a la del burgués que a la del proletario? Aquí está el quid de la cuestión.

En realidad, pesa sobre él una incertidumbre tal sobre el mañana como para acercarlo bastante a la situación del proletario. Naturalmente, por esto es más fácil concebir una garantía de su futuro como individuo y como familia a través de la adquisición y la posesión de un pedazo de tierra, en la medida en que, precisamente, todavía es posible trabajar la tierra en pequeñas explotaciones sin la casi certeza de la quiebra que apremia a la pequeña empresa industrial. De aquí proviene la lógica "hambre de tierra" del campesino, que se convierte en factor revolucionario apenas entreverá que con la victoria del proletariado industrial podrá tener la tierra por una vía más rápida que la lenta y difícil de la adquisición capitalista.

Si bien no presenta por cierto la inconsistencia de la del trabajador asalariado, la posición del pequeño propietario agrícola también es precaria, bajo muchos aspectos. El asalariado, más que preocuparse en no dejarse robar sobre el producto de su trabajo, lo que sólo la acción colectiva puede obtener, debe preocuparse en encontrar trabajo, en vender el trabajo de sus propios brazos. El campesino no solo realiza esto, sino también la posesión del producto integral de sus brazos, cuando es propietario de un pedazo de tierra. Pero todavía debe defenderse, por una parte, contra las presiones del fisco y, por la otra, de la usura capitalista en el suministro de todo cuanto le es necesario para trabajar su pedazo de tierra.

En el ambiente capitalista, el campesino ambiciona disponer de la tierra sobre la que trabaja porque esto redundaría en una menor explotación de su trabajo, no tanto porque la pequeña empresa explotadora tales probabilidades de realizar beneficios como para poder comprar más tierra y ganar el tratamiento de "don", o sea, poder convertirse en un explotador; en realidad, esas posibilidades no son mayores que las que ofrece la situación de obrero asalariado.

Pero en el régimen que ya no es más capitalista determinado por la revolución, el campesino que se ha vuelto, o sigue siendo, trabajador de su pedazo de tierra, ya no tendrá ninguna perspectiva de capitalizar y se convertirá en partidario de la propiedad colectiva apenas vea que ésta le garantizará un rendimiento mayor de su trabajo, o sea, que permitirá obtener con un sacrificio menor una igualdad de ventajas tanto más que los obreros de las empresas agrarias industrializadas tendrán las mismas garantías contra la desocupación, la invalidez, etc., que los demás obreros de las empresas socializadas.

Ese reflejo psicológico, por el que el trabajador agrícola prefiere mucho más trabajar su tierra como un loco antes que hacer un trabajo menos excesivo en tierra ajena, deriva del hecho de que la primera situación le presenta garantías serias, no de enriquecerse, sino de poder vivir aun en caso de enfermedad, de vejez, etc. En un ambiente económico en el que el desposeído esté asegurado contra estas eventualidades y socialmente obligado al trabajo —pero no con el espectro del hambre y de la muerte que aterroriza tanto al que no trabaja porque no quiere como al que no trabaja porque no puede— cesa la sugestión de volverse un propietario sea como sea, y resurge el problema del mejor rendimiento del propio trabajo como parte integrante del trabajo colectivo.

El incentivo, el impulso (y al discutir estas cosas hemos permanecido en el estricto terreno de las determinaciones económicas, para no hablar de los factores políticos, de la propaganda, de la educación, etc.) a pasar de la situación de pequeño trabajador independiente a la de miembro de las grandes explotaciones estatales agrícolas, estarán asegurados cuando el desarrollo técnico, que sólo el socialismo industrial podrá dar, permitirá invertir en los campos gran parte de las energías de la producción industrial, transformando en vastísima escala los procedimientos del cultivo de la tierra, los que, hoy, en pleno predominio del capitalismo, todavía se asemejan a los que indican las literaturas más remotas.

En toda esta exposición hemos debido trazar esquemas para hacer más inteligible ciertas argumentaciones. Debe quedar claro, una vez más, que con esto no hemos querido hacer profecías ni planes programáticos, sino solamente abordar, con el método socialista marxista y con un fin polémico contra ciertas opiniones falsas, las posibilidades y las necesidades del proceso revolucionario correctamente entendido.

Los hechos y las fases que por simplicidad hemos expuesto podrán alinearse en el tiempo con proporciones diferentes de las que tienen en nuestra exposición, o bien sobreponerse y entrecruzarse en la incalculable multiplicidad de las condiciones sociales de varias regiones. Nosotros los hemos expuesto en la medida y con las consideraciones necesarias para contraponer nuestra modesta exposición de fundamentales y ciertamente no originales concepciones comunistas a ciertas deducciones formalistas exorbitantes y falsas de formulaciones superficiales de lo que muchos creen ser el método socialista, que pretenden defender hasta contra nosotros, erigiendo, grotescamente, contra los pretendidos "oportunistas" de los comunistas, su ridícula incapacidad para entender —y por lo mismo, afortunadamente, para sabotear— el grandioso y formidable camino de la Revolución.

La táctica del Partido Comunista entre los trabajadores de la tierra

Como conclusión de nuestra exposición hablaremos brevemente de este grave problema práctico, del que hemos querido establecer las indispensables premisas de principio. Es un problema que vemos que se plantea todos los días en el seno de nuestro partido: ¿qué debemos decir los comunistas a los campesinos? ¿Cómo se debe implantar nuestro movimiento en las zonas fundamentalmente agrícolas y donde las relaciones sociales en la agricultura todavía son atrasadas?

No podemos ni queremos dar aquí la respuesta a estas preguntas, ya que se refiere detalladamente a la situación agrícola italiana y, más precisamente, a las diversas regiones de Italia. Para esta conclusión final sería necesario hacer previamente un estudio, mucho más laborioso que nuestra exposición general, sobre las condiciones de la agricultura en nuestro país. Es indudable que el partido comunista debe realizar este estudio, y para inducir al mismo a nuestros camaradas que tienen la posibilidad, la competencia y la experiencia, hemos querido poner a su disposición estos elementos básicos de la investigación.

En consecuencia, todo lo que indicaremos aquí también tiene un valor genérico y es una exposición necesariamente esquemática, que se refiere a la actitud de los comunistas en los diversos casos de explotación del trabajador agrícola y de relaciones sociales inherentes a ésta, que hasta aquí hemos considerado como fundamentales y típicos.

Entre los trabajadores asalariados de las grandes empresas rurales modernas, el partido comunista no tiene ninguna razón para desarrollar una propaganda distinta de la que desarrolla entre los obreros de la industria. Desde el punto de vista político, expondrá el programa revolucionario de la conquista del poder por el proletariado como medio para llegar a la socialización de la industria y a la supresión de la explotación del empresario sobre los asalariados. Desde el punto de vista sindical, el partido comunista aplicará sus criterios fundamentales, que ni de lejos consisten en oponerse a las agitaciones para conseguir mejoras inmediatas en las condiciones de trabajo, sino en apoyarlas y, donde pueda hacerlo, dirigirlas con su propaganda, el partido hará que los trabajadores lleguen a considerar estas luchas no ya como un fin en sí mismas, sino como el campo de una primera e indispensable experiencia de clase y de entrenamiento para la acción colectiva; demostrará cómo las mejoras conseguidas no tienen otro valor real que el de mostrar la utilidad de la acción solidaria de los proletarios en la acción contra el capitalismo, pues no modifican sustancialmente las relaciones de explotación capitalista, ni impiden que, en ciertas circunstancias, éstas lleguen a empeorarse; llevará a los proletarios a concebir la necesidad de una gran lucha política de todos los trabajadores, organizados en partido de clase, por la conquista del poder.

No es necesario decir aquí nada más sobre el tema general de los métodos sindicales del partido comunista, sobre sus aplicaciones prácticas en la función de los grupos comunistas de sin

dicato y de empresa, sobre la táctica a adoptar para la lucha en el seno de las organizaciones sindicales dirigidas por los socialdemócratas. Basta decir que estos criterios se aplican tales y cuales al campo del movimiento de los asalariados agrícolas de las grandes haciendas modernas.

Estos obreros jornaleros siempre están mezclados, sin embargo, con los asalariados o trabajadores de la explotación bajo contrato anual, explotaciones que no poseen las características que permitirán su socialización, es decir, grandes latifundios con cultivo primitivo pero que todavía no están trabajados con el sistema de arrendamiento de pequeños lotes o de empresas medianas, en las que la mano de obra asalariada es un complemento de la pequeña explotación de una familia campesina acomodada. Hemos visto cómo, en estos casos, no se debe excluir que el efecto de la revolución agraria sea una transformación de estos trabajadores asalariados y desposeídos (tanto más si son propietarios de pequeñísimos lotes de tierra insuficientes para absorber su fuerza de trabajo) en explotadores de pequeñas empresas agrarias surgidas de la división de los latifundios. Sin embargo, arriesgamos la opinión de que, mientras no nos encontremos frente a la figura típica del pequeño campesino (colono o aparcerero), es correcto hacer la máxima propaganda en favor de la gestión colectiva, aunque no podamos "anunciar" la socialización propiamente dicha de tales empresas después de la revolución por el Estado proletario, y preconizamos formas de gestión cooperativa al menos en una parte de la tierra que se encuentra en tales condiciones.

De todos modos, evidentes razones tácticas llevan a organizar a estos trabajadores en las mismas organizaciones sindicales que aquellos de las grandes empresas típicas. Es también una necesidad práctica regular con los mismos convenios (en general) sus condiciones de trabajo, aunque el problema de las relaciones entre asalariados y campesinos medios sea delicadísimo y sea necesario llevar adelante al mismo tiempo las concesiones del campesino al bracero con las que se deben obtener del propietario respecto al colono o al aparcerero.

Pasando a este otro tipo fundamental de trabajador de la tierra, es necesario decir sin rodeos que puede y debe ser hecha propaganda revolucionaria en medio de los pequeños campesinos, presentándoles la perspectiva de que la victoria política del proletariado acarrearía como medida inmediata, la supresión del arrendamiento y de todo pago en dinero o en especie al propietario de la tierra que no la trabaja personalmente, así como el colono o aparcerero actual no deberá reconocer más ningún derecho al propietario que le ha confiado su terreno bajo determinadas condiciones que equivalen a una explotación de su trabajo. Llámese esto repartición de la tierra, parcelación del latifundio, abolición de la "gran propiedad" o como diablos se quiera llamar, lo cierto es que es necesario considerarla como un medio potentísimo de agitación revolucionaria entre los campesinos para conquistar sus simpatías y su contribución efectiva en la lucha revolucionaria del proletariado industrial y urbano. Por otra parte, ya hemos dado una exhaustiva y clásica demostración (precisamente porque no es un hallazgo original nuestro) de que todo esto es perfectamente conforme a las concepciones del socialismo marxista, por más que chillen ciertos ignorantes presuntuosos que monopolizan el marxismo o son delegados por la burguesía para castrarlo.

No se deberá olvidar de desarrollar una propaganda inteligente, para demostrar cómo deberá el campesino liberado de la explotación patronal contribuir, con una parte adecuada del producto de la tierra que quedará a su disposición, a subvenir las necesidades del Estado proletario, de la fuerza que lo habrá liberado y que defenderá sus nuevos derechos contra la reacción patronal.

En el campo sindical, o sea, de los intereses inmediatos, es obvio que, análogamente a lo que se hace respecto a los trabajadores asalariados, deberán ser sostenidas y provocadas las agitaciones de los campesinos contra los propietarios para obtener mejores contratos, o sea, para disminuir la dureza de su explotación. Aquí también deberá hacerse la demostración de que el ambiente de las instituciones capitalistas es tal que no permite una prosperidad segura de la pequeña explotación campesina, mientras el derecho mismo del propietario no sea golpeado y abolido, lo que sólo será realizado con el triunfo de la revolución.

Las organizaciones sindicales de los campesinos (colonos y aparceros) deberán ser distintas de las de los braceros; pero, en la medida de lo posible, y sobre todo cuando en sus campos se haya afirmado el partido comunista, deberán actuar de acuerdo con las primeras en la lucha contra los propietarios terratenientes. Esto se hace naturalmente cada vez más difícil a medida que el campesino que consideramos trabaja una extensión mayor de tierra, emplea muchos asalariados, explota el trabajo de éstos y tiende a entrar en la limitadísima categoría de aquellos privilegiados que extraen, precisamente, de la explotación tanta ganancia como para poder emanciparse de la explotación que le imponía el propietario mediante la adquisición de la tierra. Este es sin duda, un enemigo. Sin embargo, no es posible trazar en principio la línea que divide a los amigos de los enemigos, tratándose más bien de un notable estrato de elementos neutros. Estamos aquí plenamente en el campo táctico y sólo podremos continuar la investigación examinando los múltiples casos concretos que deberán ser afrontados y resueltos en la acción práctica.

Tenemos luego otra categoría, indudablemente la más delicada de todas: la de los pequeños propietarios. Aquí es necesario luchar contra el prejuicio, hábilmente explotado por los reaccionarios, de que la revolución les "quitará" la tierra, y demostrar, en cambio, que la revolución también mejorará sus condiciones.

Es necesario explicar claramente el programa comunista del modo que hemos indicado hablando de las pequeñas empresas. A cada familia campesina se le dejará tanta tierra como pueda trabajar hasta absorber su capacidad de producción; las explotaciones demasiado pequeñas podrán ser completadas a expensas de los latifundios y de las explotaciones de los campesinos ricos, y, por un primer período, hasta las mismas explotaciones que superarán en una medida no exagerada las potencialidades de trabajo de la familia que las poseen no deberán temer ninguna limitación.

Será necesario oponer con una propaganda adecuada, este criterio equitativo de asignación de la tierra a las condiciones con que la sociedad actual circunda al pequeño propietario, explotándolo en tantas formas a través de mil especuladores, con las hipotecas, la usura, etc.; poniendo claramente en evidencia cómo la revolución cancelará todas las deudas hipotecarias y comerciales de la pequeña explotación.

Será necesario demostrar, de un modo accesible para la mentalidad del campesino, no lo que para él equivale a una vaga conjetura, a saber, el paso futuro de la pequeña explotación agrícola a la colectivización de la tierra y a su gestión estatal centralizada, sino las ventajas que representarán para la pequeña explotación de la familia rural (en la que no se explota pero se trabaja en condiciones a veces penosísimas) el hecho de encontrarse no ya en el ambiente del capitalismo privado industrial y comercial, sino en el ambiente revolucionario de la industria, de los servicios públicos, de la administración pública centralizada en las manos del proletariado.

Un problema altamente interesante es el de la "organización de los pequeños propietarios". ¿Contra quién tienen éstos que luchar en el terreno sindical, dado que su posición jurídica los eleva a la pomposa situación de árbitros absolutos de sus condiciones de trabajo? En realidad, ellos no tienen que estipular contratos de trabajo con nadie, pero precisamente esto puede dar a su movimiento un aliento extrasindical en la medida en que tienda a la conquista violenta de la tierra de los latifundistas parásitos, a la defensa contra las extorsiones del usure-ro acaparador o del astuto administrador del pequeño pueblo agrícola. Precisamente por esto una organización de pequeños propietarios, si bien sea indudablemente llena de dificultades, puede llevar a dar una base interesante a una agitación típicamente revolucionaria que desemboque de modo más directo en la lucha política abierta.

En general, los campesinos de todas las categorías tienen una muy limitada iniciación en las funciones de la vida política y administrativa. Es muy fácil crear otra motivación revolucionaria, mostrándoles la inutilidad del sistema democrático burgués como garantía de sus derechos de "ciudadanos" frente a los mil a tropellos de los "señores" locales, dueños de los municipios y sostenidos por el gobierno burgués y por todas las formas de autoridad. Esta campaña debe ser llevada a cabo en un plano "maximalista", y no, como se ha hecho hasta ahora en el sud de Italia, dejando entender que se podrá poner remedio a este estado de cosas con la acción legalitaria y electoral de un partido proletario, con la conquista de las administraciones, con la "moralización" del método de dirigir las y demás. Se puede y se debe, en cambio, agudizar la contradicción entre los intereses de los campesinos y el Estado burgués, que para ellos más que nunca aparece como su enemigo, como lo que efectivamente es -el defensor de los intereses de los ricos- el cual logrará engañarlos más difícilmente con el espejismo democrático, porque una larga y amarga experiencia les ha enseñado a los campesinos que esa máquina es absolutamente extraña e inaccesible para ellos.

o o o

Con este escrito preliminar, no podíamos pretender llegar a conclusiones más extensas. Una tarea vastísima está, en este campo, frente a nuestro partido, que debe elevarse a toda costa del deplorable empirismo y de la grosera insuficiencia demostradas hasta ahora en esta materia por el movimiento socialista italiano.

Para combatir los prejuicios, es necesario estudiar y trabajar para suscitar racionalmente las fuerzas revolucionarias que el "campo" puede engendrar. Nuestro país -cuya situación geográfica coloca, de un modo sugestivo, en el corazón del mundo capitalista acosado de cerca por el incendio de la revolución- es un país agrícola. Según una vieja convicción del que escribe, su población trabajadora agrícola esconde, bajo la apariencia de su sueño medieval, energías revolucionarias vírgenes que reservan sorpresas inesperadas, incluso en las zonas en que el socialismo tradicional (caricatura apenas pasable de las tonterías democráticas, preocupado por la educación, por la cultura, por la lucha contra el "oscurantismo" y sobre todo por el recuento de votos) ha condenado a su ridículo desprecio.

¡Que el proletariado urbano abandone el desprecio por la inferioridad del trabajador agrícola que le es dictado por el oportunismo de sus líderes reformistas que le enseñan a ser bastante civilizado y educado como para salvaguardar el edificio de infamias del régimen burgués de la santa rabia revolucionaria! ¡Que extienda la mano a sus hermanos explotados de los campos, porque éstos, mañana se levantarán junto con él y, quizás con menor conciencia pero con un impulso más terrible, se dirigirán hacia la irresistible ofensiva punitiva de los opresores, redentora de los oprimidos!

o o o

EL COMUNISTA

Nº 28 - Noviembre de 1979

- Por la victoria del comunismo revolucionario
- La cínica explotación de la "tragedia indochina"
- La crisis capitalista llega también al Este
- La farsa de la revisión salarial
- Estatutos de autonomía
- ICR : enésima capitalación
- China : futura gran potencia capitalista
- El PSOE ya no está huérfano

Nº29 - Diciembre de 1979

- ¡Por la unidad del proletariado internacional!
- Lo que está en juego en el Sahara
- Los flujos migratorios en cifras
- Carta de Francia : PCF y PS codo con codo contra los proletarios inmigrados
- La intervención política en las luchas inmediatas
- La ICR en la trampa del feminismo
- Seat : alineados en el frente burgués
- Los despidos en el Metal de Madrid

El volcán del Medio Oriente

El largo calvario de la transformación de los campesinos palestinos en proletarios

La creación y el desarrollo del Estado de Israel son evocados por los burgueses como una de esas épocas idílicas que para ellos conservan un gusto particular. ¿Acaso no lograron hacer florecer el desierto gracias a las alabadas virtudes del trabajo, de la entereza y de la perseverancia de este pequeño pueblo? Este cuento de hadas oculta, en realidad, el drama de la expropiación de la población agraria. Indudablemente, todas las zonas del planeta, que unas tras otras fueron abriéndose a la penetración del capitalismo, conocieron este drama; pero, en Palestina, este proceso fue activado (el progreso obliga!) con un cinismo y una barbarie raramente igualados. Los capitalistas de todos los rincones del mundo siempre intentaron negar pura y simplemente la existencia de esta expropiación, con el fin de preservar la pureza filantrópica de su obra. En Palestina negaron incluso la existencia de la población expropiada: "una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra". ¿Podría ser más simple? Ya escribía Marx:

"En la historia real el gran papel lo desempeñan, como es sabido, la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo: en una palabra, la violencia. En la economía política, tan apacible, desde tiempos inmemoriales ha imperado el idilio. El derecho y el "trabajo" fueron desde épocas pretéritas los únicos medios de enriquecimiento, siempre a excepción, naturalmente, de "este año". En realidad, los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos" (1).

El "paraíso" del Neguev, la cultura floreciente de los cítricos y de las paltas en las llanuras de la costa, así como el boom industrial (aun a escala de un pequeñísimo país), presuponen el despojo total de los campesinos palestinos. La historia de su expropiación se asemeja a la de los campesinos ingleses evocados por Marx:

(1) Marx, El Capital, Libro I, Cap. XXIV, Ed. Siglo XXI, p.892.

"La historia de esta expropiación de los trabajadores ha sido grabada en los anales de la humanidad con trazos de sangre y fuego" (2).

Del código otomano a la gran revuelta de 1933-1936

El calvario de la acumulación primitiva, mejor aún, de su reedición palestina, que sólo es el acto más manifiesto de un drama que ha afectado al conjunto de la región, se remonta a mediados del siglo pasado; más precisamente, a 1858 con la institución del código de propiedad de la tierra por el Imperio Otomano del que la Palestina formaba parte junto con otros países del Cercano Oriente. Este imperio arcaico y caduco tuvo que acentuar su yugo sobre las masas campesinas para poder competir, aunque sólo fuese por poco tiempo, con las potencias modernas de Europa. El objetivo de este código era volver individual una propiedad del suelo que hasta entonces había sido colectiva o tribal. De ahora en más, en lugar de ser pagados colectivamente, los impuestos estarían individualizados; de este modo, se comprometía la responsabilidad personal en caso de no ser pagados y se debilitaba la resistencia al peso acrecentado de la carga fiscal del Estado.

Los campesinos que tenían el usufructo de los productos de la tierra y de su uso, según las reglas de la organización aldeana o tribal, reaccionaron de distintas maneras frente al código. Algunos rechazaron lisa y llanamente la aplicación de la ley y jamás procedieron a la inscripción de las tierras. Estos son los mismos campesinos que, una vez creado el Estado de Israel, en 1948, fueron expulsados de sus tierras con el pretexto de no poseer título alguno de propiedad sobre éstas. Otros campesinos sólo declararon al Estado el tercio cultivado anualmente, dejando de lado los dos tercios en barbecho. Hubo otros que incluso hicieron registrar una superficie inferior a la cultivada, sabiendo perfectamente que el control efectivo del Estado otomano no podía alcanzar a todos. Finalmente, numerosas aldeas hicieron registrar el conjunto de sus tierras a nombre de los notables que pagaban menos impuestos o eran directamente eximidos de su pago. De este modo, se aprovechaban de la costumbre del imperio, en desventaja debido a la distancia y, por lo tanto, obligado a comprar a los notables para evitar que éstos se vieran tentados de ponerse a la cabeza de revueltas campesinas contra el poder central.

La aplicación del código condujo al reforzamiento del papel de los notables: no tardó en llegar el día en que, inevitablemente, los herederos procuraron sacar beneficio de este título de propiedad que, en un principio, había sido obtenido "para prestar un servicio". El Estado, por su parte, se consagró a aplicar la regla del código en virtud de la cual las tierras sin propietarios (en realidad, las tierras en barbecho o las no declaradas) eran consideradas como propiedad del imperio (tierras miri) y, en virtud de este derecho de propiedad, comenzó a ven-

(2) *Ibidem.*, p. 894.

der las tierras de vastos dominios a comerciantes libaneses, sirios, egipcios e iraníes. Estos últimos, con más o menos éxito según el grado de resistencia de los campesinos, intentaron tomar posesión efectiva de las tierras; no obstante, los que no lo lograron hicieron conservar sus títulos que unos años más tarde terminarían por conceder a las organizaciones sionistas a precios muy interesantes.

El resultado de este proceso fue una concentración incrementada de la propiedad de la tierra, aun cuando en las estructuras económicas todavía no se había producido un trastocamiento profundo debido a que los campesinos, en general, conservaban la posesión efectiva de la tierra, aunque sólo en parte dispusiesen de la propiedad jurídica. Este era el cuadro en vísperas de la primera guerra mundial a cuyo término el Imperio Otomano tuvo que ceder el lugar a Gran Bretaña. El interés que ésta última acordaba a Palestina se explica por su posición estratégica cerca del canal de Suez, y por la preocupación de prevenir la eclosión de un amplio movimiento nacional antiimperialista gracias a la implantación de un Estado a su merced que dividiese esta zona en la que se despertaba el sentimiento nacional unitario. El juego del imperialismo británico se conjugó con los intereses del capital sionista y dió como resultado un proyecto común consistente en la creación de este Estado, a la vez gendarme local y empresa colonial.

Si bien el capital sionista intentó instalar colonias en Palestina antes del hundimiento del Imperio Otomano, es bajo el mandato británico que pudo realizar su plan a gran escala y, en particular, gracias a la ayuda de la Fundación Rothschild (3), pero, esta vez sí, trastocando de arriba abajo las relaciones de producción. La compra de tierras por la J.C.A. (Jewish Colonization Association), constituida con este fin, sólo podía significar el despojo de los aparceros y de los cultivadores palestinos. En efecto, si bien los títulos de propiedad estaban en manos de los grandes propietarios absentistas, quienes sin dificultad alguna accedieron al traspaso de la aplastante mayoría desde los primeros años (ver las cifras del cuadro 1), la tierra, sobre la que descansaban estos títulos, era el elemento indispensable para la existencia de los campesinos palestinos.

El fellah desposeído se convirtió, entonces, en obrero agrícola sobre su propia tierra. La situación de explotación feroz de la mano de obra local por el capital sionista a comienzos del siglo se agravó aún más con el principio del "trabajo judío", utilizado para preservar el proyecto de implantación colonialista, y en virtud del cual el inmigrado echó al fellah de su trabajo, siendo pagado por los fondos sionistas que se encargaron de financiar la diferencia de salario para permitir el empleo de mano de obra europea. Esta situación no podía prolongarse sin choques violentos, ya que a los campesinos expulsados no se les dejaba otra posibilidad que la de reventar mirando cómo los colonos se instalaban en su lugar. Esta es la razón de las revueltas sociales casi permanentes de 1921, 1925, 1929, 1933, 1936, etc.

En 1921, tres años después de la llegada de los ingleses, la situación era tal que un verdadero levantamiento estalló en todo el país. Las regiones más afectadas fueron Safad en el nor-

(3) Ver, especialmente, Lorand Gaspard, Histoire de la Palestine, Maspero, 1978, p.140.

Cuadro 1. Origen de la propiedad judía de la tierra según el tipo de vendedor (1920-1936)

Período de compra	Porcentaje de tierras compradas a propietarios absentes	Porcentaje de tierras cedidas por grandes propietarios residentes	Porcentaje de tierras cedidas por los fellahs
1920-1922	75,4	20,8	3,8
1923-1927	86,0	12,4	1,6
1928-1932	45,5	36,2	18,3
1933-1936	14,9	62,7	22,5

Fuentes: A. Granott, The land system in Palestine, Londres, 1952, citado por N. Weinstock, Le sionisme contre Israel, Maspero, 1969, p. 152.

ta, Hebron y Jerusalén en el centro. La cólera campesina se dirigió, esencialmente, contra los sionistas cuyas colonias fueron energíamente atacadas. El ejército inglés se encargó de restablecer la "calma y la paz", misión por la que siempre manifestó cierta vocación. Fue preciso reprimir, evidentemente por nobles motivos, a la "minoría" de irresponsables: ejecuciones masivas, horca, etc. Estas revueltas culminaron con la de 1936 que duró tres años y se acompañó de una magnífica huelga general urbana de seis meses. La fuerza de esta revuelta ya no provenía del campesinado ni de la burguesía, sino de un proletariado agrícola desposeído de sus medios de trabajo y de subsistencia y del embrión de una clase obrera esencialmente concentrada en los puertos y en la refinería de petróleo de Haifa. Por otra parte, es preciso señalar que este movimiento se encendió primero en las ciudades, para luego ganar rápidamente los campos donde se estaba organizando una guerrilla contra los propietarios de tierras palestinas y contra los colonizadores ingleses y sionistas. En efecto, muchos fueron los propietarios de tierras atacados por los revolucionarios palestinos por haber vendido la tierra a los sionistas: para los campesinos desposeídos era claro que sobre su miseria se enriquecían los especuladores de la tierra.

La contrarrevolución stalinista, y la ausencia consiguierte en Europa de un movimiento revolucionario proletario susceptible de ayudar a la revuelta palestina, dejó a esta última sola frente a la máquina de guerra del imperialismo británico. Este, no obstante, estuvo obligado a conjugar el terror de las armas con las promesas de independencia y otras maniobras semejantes para poner fin a la situación, y hasta tuvo que pedir socorro a los feudales árabes y a los reyezuelos de la región pagados por él. Estos últimos llamaron "fraternalmente" a los palestinos a hacer callar las armas y a confiar en las buenas intenciones del gobierno de Su Majestad. Para ayudarlos a comprender mejor este llamamiento, las fronteras de la Transjordania (donde reinaba el abuelo del actual carnicero de Amman, el príncipe Abdallah, muerto por un palestino en 1952) fueron cerradas a los guerrilleros, que intentaban refugiarse allí o procurarse armas y provisiones, así como a los voluntarios de la región que estaban tentados de unirse a los insurgentes.

De esta época datan las leyes sobre la responsabilidad colectiva de las aldeas y distritos árabes, estas delicias terroristas que el semibárbaro despotismo oriental dejó en herencia a

la civilización democrática del capitalismo occidental. Según estas leyes, los aldeanos están obligados a albergar a los destacamentos de la policía que se encuentren en operación punitiva, y la población es considerada como responsable de las operaciones que se realicen en la región, independientemente de quien las haya realizado efectivamente; las poblaciones son puestas bajo la ley marcial y se benefician con el derecho a la destrucción de las casas donde los "rebeldes" se han refugiado o con otras represalias "ejemplares". Así, inmediatamente después de una operación que cortó una línea telefónica en Galilea, tres aldeas fueron sitiadas por el ejército británico. Todos los hombres fueron alineados. Se los contó uno a uno: quienes tuvieron la desgracia de caer justo en el número 10, 20, 30, etc., fueron fusilados de lante de todos los aldeanos.

Es con semejantes métodos que la Inglaterra puritana y democrática deseaba terminar con la revuelta de los campesinos sin tierra, sin pan y sin trabajo. 30.000 soldados fueron encargados de controlar a una población que no excedía los 800.000 habitantes! Todos los dirigentes de la huelga fueron tomados prisioneros. La ayuda que los notables feudales y religiosos dieron a los colonizadores, poniéndose a la dirección del movimiento fue decisiva: en contacto con el príncipe Abdallah de siniestro recuerdo, no dejaron de apuñalar la lucha por la espalda participando junto con los ingleses en la búsqueda de "un desenlace" a la situación. Los británicos lanzaron una gran ofensiva durante la cual las aldeas insurgentes fueron bombardeadas (los israelíes hoy no hacen más que seguir el buen ejemplo) cuyo saldo fue el de 5.000 palestinos muertos y 2.500 prisioneros (4).

El ímpetu heroico de los obreros y campesinos palestinos de esos años fue quebrado. El terrible aislamiento en el cual la situación internacional los acantonaba impidió la ampliación del marco que hubiera permitido a esta revuelta la confluencia con la lucha de todas las masas explotadas de la región contra el yugo colonial y las viejas clases. También se encontró paralizada por el peso del atraso social en que vegetaba el país y que se tradujo en la dirección -mitad feudal, mitad religiosa- del movimiento.

Si la clase obrera no pudo desempeñar un papel más importante fue también porque el partido que pretendía representarla, el Partido Comunista palestino, estaba guiado por una orientación completamente falsa y, además, acentuada por una Internacional que de comunista sólo conservaba el nombre. En vez de diferenciarse respecto a una dirección religiosa y reaccionaria, el PCP, en el que militaba una mayoría de obreros judíos antisionistas pero, igualmente, una minoría de obreros árabes, fue obligado por la Internacional stalinizada a apoyar al mufti de Palestina, Hadj Amin Husseini, una especie de Khomeini anticipado, o incluso, peor. Semejante aptitud desorientó completamente a los proletarios y favoreció, de ambos lados, el florecimiento de tendencias nacionalistas. Los obreros árabes, viendo que su partido apoyaba al ala más reaccionaria del movimiento, lo abandonaron por organizaciones nacionalistas menos moderadas; por su parte, los obreros judíos no podían apoyar semejante posición sin encontrarse totalmente desarmados en relación a la propaganda falaz-

(4) Ver, especialmente, Nathan Weinstock, Le sionisme contre Israel, Maspero, 1969, pp. 179-180.

mente "antifeudal" del sionismo. En Palestina, como en todas partes, la contrarrevolución stalinista destruyó completamente el partido de clase, con mucha más facilidad aquí debido a que el proletariado todavía era embrionario y, sobre todo, estaba terriblemente dividido por la situación colonial.

La revuelta de 1933-1936, con lo valiente que fue, terminó, por consiguiente, en un fracaso total. A pesar del repliegue momentáneo de Gran Bretaña que estuvo obligada a limitar la inmigración judía durante algunos años, el movimiento sionista no dejó de reforzarse. El movimiento palestino se hundió en una amargura y una decepción tales que se puede afirmar, seguramente, que el doloroso final de la guerra de 1948 ya estaba en parte jugado en 1936.

El nacimiento de Israel y la guerra de expropiación

Al final de la segunda guerra mundial, el viejo imperio inglés comenzó a dejar el lugar al coloso imperialista americano. El movimiento sionista se sentía mejor con éste, ya que la presencia inglesa se le había vuelto inoportuna, hasta insostenible; por eso, impulsó incluso a varios grupos sionistas impacientes por establecer su Estado hacia un movimiento terrorista anti inglés en el que, por otra parte, Begin hizo sus primeras armas. Gran Bretaña sólo aspiraba a liberar su responsabilidad de Palestina y entregó el postre a la O.N.U., esta nueva "cueva de bandidos", construida sobre las cenizas de la difunta Sociedad de las Naciones.

Los preparativos de la constitución de un Estado judío condujeron, en 1947, a la guerra árabe-israelí. Mientras los delegados de las virtuosas naciones burguesas cotorreaban en los suntuosos salones de la O.N.U. para saber si un árabe y un judío eran capaces de vivir juntos sin masacrarse unos a otros (con estos orientales, mi amigo, uno nunca sabe...), o si era mejor separarlos con alambradas de púas, el Estado de Israel se creaba el 14 de mayo de 1948. Esto provocó la carrera entre Truman y Stalin para ver quién lo reconocería primero; pero, sobre todo, provocó la gran caza de palestinos.

Hasta ese momento, la historia sólo había dado en Palestina una primer esbozo de la barbarie capitalista. El objetivo con fesado fue vaciar el país de la mayor cantidad posible de estos campesinos arruinados. Se trataba de la reedición amplificada del calvario de los campesinos escoceses descrito por Marx:

"... Los propietarios (en este caso los sionistas, -ndr) practican los despejamientos y el desalojo del pueblo como un principio establecido, como una necesidad de la agricultura, del mismo modo como se desmonta el bosque y el sotobosque en las zonas despobladas y fragosas de América y Australia, y la operación sigue su marcha tranquila y rutinaria" (5).

(5) Somers, citado por Marx, op.cit., pp. 915-916.

Tanto por razones internacionales como locales, Israel no pudo, entonces, ocupar la totalidad de la Palestina. En efecto, el proceso de expropiación estaba menos avanzado en determinadas zonas que en otras: el centro, más montañoso, interesaba menos a los sionistas; además, en el marco de un reparto preconizado por la O.N.U., el Estado de Israel sólo debía constituirse sobre una parte de la Palestina. La parte ocupada fue, en realidad, mayor que la prevista en el plan de reparto, pero la Cisjordania y la franja de Gaza escaparon momentáneamente a la conquista sionista; la primera, fue otorgada al príncipe Abdallah, quien en esta misma ocasión fue promovido a rey de Jordania por los ingleses; la segunda era recuperada por Egipto. Cerca de un millón de campesinos y de obreros palestinos fueron expulsados de sus hogares. Esta vez, la burguesía se burló en grande del sacrosanto derecho de propiedad, de la legalidad y de otras tantas farsas por el estilo. La fuerza brutal, el terror, la matanza y el exterminio fueron erigidos en ley suprema a fin de servir de base a toda la legalidad ulterior.

Infútil describir las condiciones miserables en las que las masas palestinas fueron acorraladas; no tenían nada que enviar a los campos de concentración de donde acababan de salir esas centenas de miles de judíos arrastrados allí por el imperialismo que los seducía con el Edén recuperado. Lo cierto es que este millón de desarraigados, de desocupados forzados, debía romper para siempre el frágil equilibrio regional y volverse el epicentro de las revueltas sociales en Medio Oriente.

A pesar del ensañamiento que las autoridades israelíes pusieron en la expulsión del mayor número posible de palestinos, lo que en gran parte lograron, una minoría consiguió permanecer en el territorio; en 1948 aproximadamente 170.000 que se convirtieron en los 500.000 o más que actualmente viven en el Estado de Israel. Esta población tuvo que soportar una opresión inaudita que sólo puede igualarse, tal vez, a la de las sociedades coloniales de Africa. Las poblaciones palestinas tuvieron que pasar bajo las horcas caudinas de un feroz régimen militar que, por otra parte, no tiene más base "legal" que las famosas ordenanzas británicas del período del mandato, entre las que hay que destacar las Emergency Defense Regulations promulgadas en 1945 para luchar contra los movimientos de resistencia judíos a la ocupación inglesa.

He aquí dos pruebas de ello. La primera: "la cuestión es la siguiente: ¿todos seremos sometidos al terror oficial o existirá la libertad para el individuo? Ningún ciudadano está exento de encarcelamiento de por vida sin proceso (...), el recurso de apelación está abolido (...), los poderes de la administración para exilar a cualquiera y cuando quiera son ilimitados (...). No es necesario haber cometido infracción alguna, basta con una decisión tomada en cualquier oficina". La segunda: "el orden establecido por esta legislación no tiene precedentes en los países civilizados. Ni siquiera en la Alemania nazi existían leyes semejantes". Estas declaraciones fueron hechas en un mitín de juristas reunidos en Tel Aviv el 7 de febrero de 1946 para protestar contra la represión ... colonial inglesa. La primera de ellas es de Bernard (Dov) Joseph, futuro ministro de justicia de Israel; la segunda, de J. Shapira, quien luego será procurador general de la república israelí (6). Sólo bastaron dos años para que es-

(6) Nathan Weinstock, op.cit., p.392.

ta barbarie "nazi" fuese utilizada por los sionistas contra los palestinos.

Pero esta bárbara legislación no era suficiente para la voracidad colonizadora de Israel, monstruoso vástago resultante del acoplamiento del sionismo con el capitalismo occidental. Todavía fue necesario perfeccionar el arsenal terrorista blanco de las Defense Regulations, lo que se concretó en las leyes sucesivas que, con el pretexto del estado de guerra, apuntaban a legalizar las expoliaciones.

Una de las obras maestras de esta legislación fue la "ley sobre la propiedad de los ausentes". Según el texto de la ley, se definió como ausente a "toda persona que en el período comprendido entre el 19 de noviembre de 1947 y el 19 de mayo de 1948 era propietaria de una parcela de tierra situada en Israel y que en este mismo período era ciudadano del Líbano, o de Egipto, o de Arabia Saudita, o de Jordania, o de Irak o del Yemen; o de cualquier país de Palestina exterior a Israel, o ciudadano palestino que abandonó su lugar de residencia en Palestina para instalarse en una región controlada por fuerzas que lucharon contra el establecimiento del Estado de Israel" (7). Este período corresponde, justamente, a los importantes desplazamientos de personas que habían huído de las zonas de los enfrentamientos más violentos. ¿Cuántos campesinos considerados ausentes, cuando en realidad sólo se habían "desplazado" unas centenas de metros, vieron sus tierras confiscadas? Otra virtud de esta ley fue el acaparamiento de las tierras del clero (más del 6%): ; Dios mismo había estado ausente!

Otro monumento del derecho: la famosa "ley de urgencia" por la cual se permitía declarar a algunas regiones "zonas cerradas", siendo necesaria una autorización escrita del gobierno militar para penetrar en ellas. Según otra disposición, si una aldea determinada era declarada "zona de seguridad", los habitantes ya no tenían el derecho de habitar en ella. Más de doce aldeas de Galilea tuvieron que ser abandonadas por esta razón: Así es la ley! Otras reglas de la misma naturaleza fueron promulgadas; así, una de ellas autoriza a declarar a ciertas regiones "zonas de seguridad temporaria", lo que tiene por efecto impedir a los campesinos que cultiven sus tierras, mientras que otra ley autoriza al Estado a confiscar las tierras no cultivadas "durante un cierto tiempo". Nada escapa a la ley...

El Estado debía completar esta magnífica construcción jurídica con las "Ordenanzas sobre el estado de urgencia" de 1949, que perfeccionan las "leyes de urgencia" inglesas de 1945; éstas otorgan a la autoridad militar, por las necesidades de la "seguridad pública", todo el poder para allanar y registrar casas y vehículos, emitir órdenes de detención, entablar procesos sumarios a puertas cerradas y sin apelación, limitar la circulación de las personas, deportar fuera de las fronteras. Por ejemplo, el artículo 119 autoriza la confiscación de tierras, mientras que el artículo 109 permite al ejército prohibir a cualquier persona instalarse en los lugares por él designados y dictar también restricciones relativas a las frecuentaciones y al ejercicio de un empleo. Abordamos aquí la explicación de uno de los secretos de la democracia: ésta puede darse el lujo de tapar la violencia a-

(7) Sefer Ha-Khukkim (Legislación principal), 37, 1950, p.86.

bierta ligada a la opresión de clase -en este caso redoblada con la opresión racial y nacional- con el velo hipócrita del derecho (8).

Hemos visto por qué medios el sionismo, en beneficio del capital, limpió la tierra de sus habitantes. Podemos decir que la expropiación de los campesinos palestinos está hoy casi terminada en los territorios acaparados en 1948 (9). La penuria de terrenos se extiende, incluso, a las ciudades y a las aldeas donde la población se amontona y donde los terrenos, en los lugares autorizados para la construcción, son extremadamente limitados.

¿Qué ha sido de esta población aún esencialmente campesina en 1948 y que logró quedarse en Israel? El cuadro 2 lo muestra.

Es importante observar que en el sector industrial la casi totalidad de los árabes son asalariados. Sobre la población agrícola activa, un 58 % son proletarios, lo que significa que menos de un 10 % de los árabes israelíes estaban ligados a la tierra en 1972. Con respecto a los servicios, éstos engloban una fuerte mayoría de asalariados, tanto que, ya en 1970, los obreros y asimilados representaban un 72,6 % de la población árabe activa (10). Por lo tanto, la nueva generación de palestinos que vive en Israel es esencialmente obrera, aunque sigue viviendo en el medio rural (74 % de la población en 1976). La aldea, que con tanta acogióndolos, sólo puede constituir un gheto en el que el Estado de Israel se empeña en acorralarlos. Estos obreros superexplotados, subpagados (en determinados casos la relación es 1 a 2 para un mismo trabajo), están obligados a hacer trayectos de varias horas en ómnibus abarrotados para ir y venir de sus lugares de trabajo.

Estos proletarios sufrieron un calvario de miseria, guerra, humillación y masacres cuyo recuerdo conservan perfectamente grabado en su memoria (11). El régimen de urgencia fue finalmente suprimido en 1966, pero esto no podía significar la supresión de las leyes que lo caracterizan. Las prerrogativas del poder militar fueron transferidas simplemente a los diferentes apa

(8) Para una visión completa de esta legislación israelí, remitimos al lector a las siguientes obras: Nathan Weinstock, op.cit., pp. 374 - 399; Lorand Gaspard, op.cit., pp. 187-189; y Sabri Geris, Les arabes en Israel, Maspero, 1969, pp. 95 a 116 y también Problèmes économiques et sociaux, N° 199 del 2 de noviembre de 1973.

(9) Sobre las 475 aldeas árabes con las que contaba la Palestina ocupada por Israel en 1948, hoy sólo quedan 90. Las otras 385 fueron eliminadas del mapa gracias a la dinamita y al bulldozer.

(10) Ver en la revista Khamsin N° 2, 1975, los artículos de Lazar Rozensztroch, "Sur les arabes en Israel", p. 79, y, de Jacqueline Farhoud Iraissaty, "La dispersion palestinienne", pp. 41 y 54.

(11) El 29 de octubre de 1956, los soldados israelíes entraron en la aldea de Kfar Kassem para decretar el toque de queda. Anunciaron a los aldeanos que todos aquellos que media hora más tarde se encontrasen todavía fuera de sus casas serían ejecutados. Numerosos aldeanos aún trabajaban a esta hora en los campos y en los astilleros israelíes fuera de la aldea, por lo que era imposible avisarles. Cuando volvieron a sus casas, fueron detenidos por soldados israelíes, alineados y fusilados. De este modo fueron asesinados 47 aldeanos. El Estado de Israel abrió una investigación y decretó penas contra los responsables. El segundo en grado de los oficiales reconocido como responsable de la matanza fue nombrado, en 1960, "responsable de asuntos árabes" en la región de Ramleh en las cercanías de Kfar Kassem...

Cuadro 2. Repartición de la mano de obra árabe entre los principales sectores de actividad

(en %)	1954	1966	1972
Agricultura	59,9	39,1	19,1
Industria	8,2	14,9	12,5
Construcción y trabajos públicos	8,4	19,6	26,6
Otros sectores	23,5	26,4	41,8
	100	100	100

Fuente: Anuario estadístico de Israel, 1955 a 1973.

ratos de administración civil y, en particular, a la policía ... En realidad, "cualesquiera fuesen los derechos y libertades reconocidos por la ley o por la costumbre a los habitantes de Israel, siempre son susceptibles de ser cuestionados debido a consideraciones de seguridad sin que, formalmente, se vaya contra la legalidad" (12).

Los pocos campesinos que subsistían, han vuelto recientemente a ser víctimas de esta posibilidad de restablecer, por un sí o por un no, la legislación terrorista. Así, en 1976, bajo la apariencia de "operación de concentración parcelaria", 10.000 has. fueron arrancadas a la población árabe. Este ataque al pequeño reducto que le quedaba provocó manifestaciones de masas, huelgas y enfrentamientos con la policía y el ejército. Este último decretó el toque de queda e invadió numerosas aldeas; resultado: seis árabes muertos y varias decenas de heridos. El episodio fue bautizado "día de la tierra". Hoy, esta legislación es utilizada, sobre todo, contra cualquier oposición al Estado. ¿Y quién, si no la clase obrera, es la que más violentamente tendrá a que "oponerse"?

En contacto, desde 1967, con la nueva ola de obreros palestinos que viven a su vez bajo el régimen de ocupación de Gaza y Cisjordania, la clase obrera se despierta a la lucha con una audacia que es tanto más grande cuanto que estuvo obligada por mucho tiempo a contener su cólera (13).

(12) Problèmes politiques et sociaux N° 199 resume así el sentido de los comentarios de Sabri Geris en su libro citado más arriba.

(13) "Se emiten decenas de órdenes de residencia forzadas, de arrestos a domicilio, de expulsión o de detención administrativa, pero estas medidas solamente afectan a los árabes(...) La misma discriminación es perceptible en la actitud de las autoridades en lo que concierne la libertad de prensa y de asociación. Hasta el presente, ningún periódico hebreo fue suspendido, ni prohibido ningún agrupamiento político judío por más extremista que sea o por más alejado que pueda estar de la actitud oficial del régimen. En cambio, ningún periódico árabe puede ser publicado en Israel a no ser que las autoridades puedan contar con el apoyo o, al menos, la complacencia de sus responsables, y ninguna organización árabe ha sido autorizada a participar en cualquier actividad que sea sin el consentimiento y la total aprobación de las autoridades". (Sabrie Geris, "Democratic freedoms in Israel", Problèmes politiques et sociaux, N° 199, noviembre de 1972). Este párrafo ilustra perfectamente la opresión soportada por los palestinos; pero, es indudable que las mismas leyes se aplicarían con la misma dureza a los judíos que llegaran a quebrar el frente social de la solidaridad judía sobre el que descansa la hipocresía israelí.

Nueva oleada expropiadora con la guerra de 1967

Palestina es un país minúsculo: 27.000 Km²., es decir, el tamaño de Bélgica. La tercera parte del territorio es desértica, por lo que el cultivo es muy difícil y, sobre todo, muy costoso. En 1948, Israel ocupó cerca de 21.000 Km². Es evidente que un territorio tan exiguo no puede satisfacer el apetito de un capital sionista lleno de ambiciones. En semejante contexto, la expansión es una necesidad; el expansionismo, una religión de Estado.

Así, Israel se apoderó en 1967 de Cisjordania y Gaza, repitiendo el fenómeno de 1948. En 1967, la franja de Gaza estaba habitada por 450.000 palestinos, de los cuales sus dos tercios (316.775 en enero de 1967) eran refugiados provenientes de la fértil llanura de Jaffa, de donde habían sido expulsados en 1948. Más de 100.000 habitantes de Gaza, muchos de los cuales recorrían el camino del éxodo por segunda vez, fueron obligados a refugiarse en los países vecinos. Cisjordania, que en 1967 (es decir, antes de la ocupación) contaba con una población de aproximadamente 850.000 habitantes, tres años más tarde sólo contaba con 650.000, lo que significa que más de 200.000 palestinos tuvieron que abandonar todo en esta región para ir a instalarse en los campos de miseria llamados "campos de refugiados". De este modo, más de 300.000 personas fueron obligadas, por una u otra razón, a dejar sus hogares y, en consecuencia, castigadas con la prohibición de retorno en virtud de la legislación israelí.

La famosa ley sobre los ausentes funcionó a fondo: 33.000 has. cayeron en su órbita. Un 16 % de la totalidad de las tierras pertenecientes al Estado o a las colectividades pasaron automáticamente al invasor. Además, Israel requisó más de 10.000 casas pertenecientes a "ausentes" transformados en refugiados en los campos. Pero este procedimiento, en resumidas cuentas, es habitual. Otros, más refinados, fueron ideados: en la aldea de de Akraba, en Cisjordania, los sionistas destruyeron los cultivos rociándolos con productos químicos. ¿Es necesario agregar que el Estado desplegó todo su arsenal terrorista, cuya eficacia ya había sido perfectamente probada? Hubo miles de expulsiones, según las declaraciones ante la Knesset del antiguo ministro de Defensa, Shimon Peres en persona: 23.000 palestinos fueron hechos prisioneros a lo largo de los años 1967-73; 16.312 casas fueron destruidas entre 1967 y 1971 en virtud del principio altamente bíblico de la responsabilidad colectiva. Varias aldeas fueron simplemente eliminadas del mapa, por ejemplo, Latrum, Amwas, Yllo, Beit Nuba y muchas otras.

La colonización pudo comenzar, a partir de octubre de 1967, sobre las tierras confiscadas con estos procedimientos de gangsterismo estatal. En 1971, ya se contaba con 52 colonias en los territorios recientemente ocupados (14). Posteriormente, las nuevas instalaciones y los nuevos proyectos no cesaron; y, en la actualidad, la cosecha periódica continúa (15).

Es casi inútil agregar que la población árabe está privada, mucho más que en Israel, de toda posibilidad de expresión, de asociación sindical y política independiente. La menor sospecha de pertenencia a una organización subversiva ya se ha traducido,

(14) Lorand Gaspar, op.cit., p. 145.

cotizaciones diversas, siendo una tasa muy superior a todas las deducciones a las que es sometido el salario del obrero israelí que, además, recibe ciertas "ventajas" a cambio, tales como la seguridad social, la indemnización por paro, las vacaciones pagadas, la jubilación, etc., mientras que el obrero palestino de los territorios ocupados no goza de estos derechos. Es un verdadero tributo que el obrero está obligado a entregar al Estado, trabajando en tales condiciones de inseguridad.

Aun cuando los periódicos árabes nacionalistas llenen columnas y columnas con gritos desaprobatorios contra Israel ("nos roban a nuestros obreros"), los obreros palestinos soportan la doble opresión existente en Israel por la sencilla razón de que el salario pagado por el patrón árabe es aún más catastrófico y las posibilidades de subsistir que les permite son aún menores. En efecto, a una burguesía palestina invertebrada le es imposible competir con el capital sionista. En el mejor de los casos, aunque rezongue por ello, puede llegar a ser su lugarteniente.

Así, el capital sionista, advirtiendo el menor coste de la fuerza de trabajo en Gaza y Cisjordania, concluye numerosos acuerdos con la burguesía palestina dándole carácter de subcontratista. Ambas burguesías encuentran, entonces, su provecho. La burguesía israelí se beneficia con los bajos salarios que los patronos palestinos logran imponer a los obreros; al mismo tiempo, acalla las débiles veleidades contestatarias de la burguesía palestina, y la buena marcha de los negocios permite a esta última "prosperar" y continuar explotando cada vez más.

Si bien la guerra de 1948 encontró a la lucha palestina todavía bajo el peso de la derrota de la revuelta de 1936-39, lo que explica que la resistencia haya sido débil, el desencadenamiento de la guerra de los seis días por Israel, y la irracionalidad provocada por la pusilanimidad de los regímenes árabes, produjo la revuelta masiva de las poblaciones palestinas y su armamento que Al Fatah, en primer lugar, se encargó de contener en un programa que velaba por los intereses de los Estados árabes constituidos. La ola de revuelta fue lo suficientemente fuerte como para permitir una cierta radicalización que se tradujo en la creación de organizaciones que poseían un lenguaje más "obrero" y, sobre todo, en la fusión de los intereses de las masas palestino-jordanas, por un lado, y palestino-libanesas, por otro.

No es el tema de este artículo la historia de esta ola revolucionaria que, por desgracia, estuvo una vez más privada del apoyo del proletariado de los grandes centros imperialistas. Esta ola fue combatida abiertamente por todos los Estados árabes y entregada a sus verdugos sucesivos por la orientación misma y los principios de los diferentes partidos que la dirigían, quienes terminaron en el servilismo frente al Orden establecido, internacional y local. Lo importante es ver que las próximas explotaciones revolucionarias se producirán en condiciones sociales y políticas, confiamos en ello— bien diferentes de las de 1948 e, incluso, de 1967.

El capital engendra a sus propios sepultureros

En efecto, el balance social de la sanguinaria acumulación primitiva de capital desarrollada en Palestina es el siguiente. La totalidad de la población palestina refugiada y, en consecuencia, no sometida a la dominación de Israel, o sea, 2,3 millones de personas aproximadamente (un 60 % de los palestinos), fue desligada completamente de la tierra. De esta masa de refugiados, solamente un 40 % de la población en edad de trabajar cuenta con un empleo, y la gran mayoría de los activos son asalariados (en 1970: 73,2 % de los palestinos activos del Líbano, 79,3 % de Siria, 89,6 % de Kuwait) y una gran parte de éstos son obreros. El resultado ha sido, pues, una población fuertemente proletarizada (16).

Entre el millón y medio de palestinos (es decir, el 40 %) que vive bajo la bota sionista, sólo una minoría continúa en posesión de la tierra: el número de empleadores y trabajadores independientes en el sector agrícola pasó, en Cisjordania, de 37.000 en 1969 a 26.100 en 1973, y, en Gaza, de 6.200 en 1970 a 4.600 en 1973. En los últimos años, estas cifras descendieron aún más (17). El proceso de expropiación prosigue, lo que puede seguir provocando agitaciones y revueltas agrarias, especialmente en período de crisis económica, ya que en toda la región la población obrera árabe está débilmente urbanizada y continúa viviendo en las aldeas convertidas en dormitorios (18).

En Cisjordania, los obreros constituyen, en 1973, un 47,5 % de la población palestina activa y, en Gaza, un 55,6 %. En Israel, la proporción debe ser la misma, ya que un 72,6 % de los árabes son asalariados. Pero todos estos proletarios palestinos son obreros agrícolas y obreros de la construcción más frecuentemente que obreros de industria.

(16) En relación a este tema, ver Jacqueline Fahroud Iraissaty, op. cit., p. 44.

(17) Ver Jamil Hilal, "Les palestiniens de Cisjordanie et de Gaza", Khamsin, Nº 2, 1975, pp. 46 - 68.

(18) En su número del 29 de mayo último, el periódico Asharq Al-Awsat, que se publica en Londres, informa que los habitantes de una colonia judía en el Sinaí, llamada Ofera, luego de haber sido desalojados del Sinaí en virtud del acuerdo israelo-egipcio, intentaron ocupar una aldea árabe llamada Maalia, en Galilea. Los colonos se presentaron en la aldea con sus muebles, sus instrumentos de trabajo y sus tractores, y podía leerse en las pancartas que llevaban "Galilea a cambio del Sinaí" y "Ofera promete no dejar que un solo árabe viva en Israel". La población palestina intentó negociar, pero los colonos respondieron mostrando que habían sido oficialmente comisionados por la Agencia judía para instalarse en la aldea. Empezó la discusión: un colono tiró varias balas al aire, por encima de las cabezas de los delegados árabes, con el fin de intimidar a los aldeanos. Inmediatamente, todos los habitantes de la aldea acudieron por decenas al lugar. Se armó una camorra que duró más de dos horas, después de la cual los colonos fueron obligados a llevarse sus bártulos y a desaparecer. Cuando llegó, la policía hizo la siguiente pregunta: "¿Acaso Al Fatah les ha dado la orden de tirar contra los judíos?" Los aldeanos respondieron al interrogatorio policial con la huelga general. El gobierno, sorprendido por encontrar una resistencia espontánea, dió marcha atrás y declaró por la radio que, de ningún modo el Estado estaba implicado en la operación, llevada adelante sólo por la iniciativa de los colonos, y que tampoco estaba al corriente de sus intenciones: Una vez más, sólo la fuerza podrá oponerse a la fuerza.

A pesar de las hipócritas protestas y de las falaces justificaciones de las burguesías israelí e imperialistas de Europa y América, podemos imaginar sin ninguna dificultad el grado de opresión que deberán soportar los 500.000 palestinos, aproximadamente, que habitan en un Estado en el que ya existe una discriminación social importante entre judíos de origen occidental y oriental, donde la nacionalidad descansa en la "nacionalidad judía" fundada sobre la religión, un Estado que, además, está en guerra permanente con los Estados árabes vecinos. Pero estos palestinos, que el Estado diferencia, incluso, según su religión en cristianos, drusos o musulmanes, se benefician, al menos teóricamente, de los "derechos económicos y sociales" al mismo título que los judíos de Israel. En cuanto a los palestinos de Cisjordania y Gaza, su suerte es más pavorosa aún, ya que están directamente sometidos a una situación de estado de sitio abierto (19).

Las amplias masas palestinas, que con su trabajo hoy hacen florecer las huertas de Israel y que hacen funcionar en una proporción creciente las fábricas de Tel Aviv y Naplusa, ya no pueden vivir y defenderse sin combatir el capitalismo, pero en el terreno trabajado por él. Su lucha se choca, inmediatamente, con la discriminación política y racial ligada al privilegio judío, en una palabra, a la naturaleza colonial del Estado de Israel que, cada vez más, utiliza contra las luchas obreras las mismas leyes que ayer utilizó, y sigue utilizando hoy en los territorios ocupados, para transformar a los campesinos en proletarios. Para los proletarios modernos, estas discriminaciones y este avasallamiento fundados en la raza y la religión son aún más insoportables que en cualquier otra sociedad, y acrecientan el inmenso potencial de revuelta social nutrida por la explotación capitalista y la opresión política que deriva de ella.

Bajo la democracia esclavista de Israel se acumulan, lentamente, las materias incandescentes de una erupción mucho más potente aún que las que hasta aquí han suscitado las grandes olas de expropiación de los campesinos palestinos. Se trata de la lucha proletaria, que los obreros palestinos de la emigración contribuirán a extender por toda la región y que, en contacto con la clase obrera de las grandes metrópolis imperialistas, logrará quebrar el frente social de la solidaridad judía en Israel, arrastrar hacia su impetuoso curso a los proletarios judíos, y ponerse a la cabeza de las masas campesinas pobres en revuelta, en la lucha a muerte contra el Orden capitalista establecido, local e internacional, que sólo será definitivamente quebrado con el éxito de la revolución comunista mundial.

(19) Si fuese necesaria una ilustración de este hecho, Le Monde del 6.6.79 informa que el lunes 4 de junio, en medio de la noche, el ejército rodeó las casas de cuatro palestinos sospechosos de pertenecer a la resistencia: "las familias reciben el orden de abandonar la casa inmediatamente. El mobiliario es transportado hasta el jardín de El Jenieh, la casa de los padres de Mell Ataf Yussef fue arrasada por un bulldozer. En Ramallah y en El Bireh, tres apartamentos, luego de haber sido evacuados sus ocupantes, son tapiados. Puertas y ventanas son cerradas con un tabique de ladrillos y cemento". Todo el arsenal de las leyes terroristas sigue vigente y, en particular, las leyes sobre la responsabilidad colectiva.

ETA o la imposible amalgama de nacionalismo y comunismo

El socialismo científico, el movimiento revolucionario de clase, supone la ruptura de principio con todas las variedades habidas y por haber de nacionalismo que, por esencia histórica y de clase, es y no puede dejar de ser burgués:

"El trabajo industrial moderno, afirma el Manifiesto del Partido Comunista de 1848, despoja al proletariado de todo carácter nacional". Y, más adelante: "Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen". Más aún: "La acción común del proletariado, al menos en los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación".

Este internacionalismo resulta del marco mundial de la revolución proletaria: "Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios (!), ha quitado a la industria su base nacional (...). En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones" (ibídem).

El abismo entre nacionalismo e internacionalismo ha sido siempre la pesadilla de todas las variedades de ese socialismo pequeño-burgués "que defiende la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía", y que hecha raíces en los estratos burgueses "que se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el mo-

mento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna" (ibídem).

Entre las tentativas continuamente renovadas para zanzar ese abismo se halla el del nacionalismo vasco inspirado por ETA. La publicación del libro de Jokín Apalategui, *Los vascos de la nación al Estado* (1), así como el anterior con los escritos de Pertur, *ETA 71-76* (2), ilustra ese enésimo intento. Pero la indigencia teórica de ambos libros y la realidad política del abertzalismo deberían ser suficientemente elocuentes de su bancarrota doctrinal y de la incompatibilidad del nacionalismo con la preparación y la victoria de la revolución proletaria.

Es imposible superar la fosa entre nacionalismo e internacionalismo, entre socialismo pequeño-burgués y comunismo, en base al romanticismo exaltado propio de las capas medias en vías de proletarización, cuyo itinerario está descrito en el prefacio de J. B. Ordeñana al libro de Apalategui, y que la ha llevado, a partir de un medio social nacionalista de pequeños patrones al borde de la bancarrota, a transitar por movimientos "sociales" de la Iglesia y a la "condena de la explotación capitalista y correspondiente afirmación obrerista y visión idealista de inspiración religiosa de la sociedad" (p. 9), antes de aunar, con la adhesión a ETA, la tradición nacionalista vasca con un marxismo-leninismo *sui generis*. Máxime cuan-

(1) Ed. Elkar, 1979.

(2) Ed. Bordago, 1978.

do esta revuelta social, que expresa la reacción simultánea de las capas intermedias a la presión acrecentada del gran capital y a las discriminaciones estatales en el terreno nacional, encontró en el "tercermundismo", en boga en la década del 60, una supuesta síntesis de nacionalismo y marxismo, lo que culminó en el período del proceso de Burgos con su adhesión oficial al "socialismo". En el terreno de la lucha de clases, empero, quien se fía en las etiquetas y las motivaciones subjetivas está perdido para la Revolución:

El abertzale "radical" puede sentir espasmos de revuelta y un profundo odio hacia el capitalismo, pero no ve en él más que la "explotación" en general de las "masas trabajadoras" no menos genéricas, proletariado y pequeña burguesía confundidos. En el proletariado, no ve más que una clase "explotada" entre otras, quizás la más explotada de todas -y, recíprocamente, la "más revolucionaria de todas" (3)- las que formarían parte del mítico "pueblo trabajador", supuesta unidad histórica que, con tra vientos y mareas, convergería unitariamente, no solo a la resurrección nacional de Euskadi, sino también a la emancipación común a todas ellas, es decir, a la famosa "revolución nacional y social" (4). No comprende que la lucha de clase del proletariado tiende a la destrucción del capitalismo, mientras que, en tanto defiende sus intereses específicos de clase, la pequeña burguesía es un pilar de su conservación y, según las mismísimas palabras del Manifiesto, es una clase reaccionaria.

Ese mismo nacionalista podrá hasta reconocer una divergencia de intereses entre la pequeña burguesía y el proletariado (5), pero postula que es superable por la adhesión común a la reivindicación nacional. Pero no ve ni puede ver que esta última es, al mismo tiempo, un antídoto contra la re-

volución proletaria, la que solo puede resultar de la guerra civil en el seno de ese pueblo (6).

Al identificar la revolución comunista con la nacional, reduce necesariamente el marco de la primera a los límites de un "socialismo en un solo país", peor aún, "al marco autónomo de Euskadi" (7). Y al hacer de la "unidad popular un principio" (8), no puede menos que reivindicar por principio la desunión del proletariado de todas las nacionalidades del Estado (9). El "internacionalismo" del abertzale queda reducido, así, a la banal y ritual fórmula democrática de la "fraternidad de los pueblos" (10).

En nacionalista "revolucionario", es proclamado "marxista-leninista", y puede hasta reivindicar un "Estado socialista vasco". Pero ese Estado, jamás identificado con la *dictadura del proletariado*, no sería erigido, pues, como instrumento de la *lucha de clase* para el ejercicio de la *necesaria* violencia sobre la clase burguesa vencida, para impedir sus intentos *indefectibles* de contrarrevolución, para neutralizar las *inevitables*

(6) Véase el Prefacio de Engels de 1895 a *Las luchas de clases en Francia*. Por el contrario, para los nacionalistas "revolucionarios" las cosas son simples, y, como los demócratas escarneídos por Marx en el 18 Brumario, creen "estar por encima de los antagonismos de clase"; "reconocen que tienen enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman el pueblo. Lo que ellos representan es el derecho del pueblo; lo que les interesa es el interés del pueblo. Por eso, cuando se preparan a la lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases".

(7) Los vascos..., p. 18.

(8) *Ibidem*, p. 221.

(9) "Nosotros renunciamos a intentar determinar cómo ha de configurarse el proceso revolucionario en pañol", escribe J.B. Ordeñana, quien tiene la osadía de añadir: "Las luchas obreras surgidas en Euskadi han tenido siempre su límite de generalización en el marco geográfico de la nación vasca" (pp. 19-20).

(3) "Documento de los presos de Burgos" (1971), citado en *Los vascos...*, p. 208.

(4) *Ibidem*, p. 210. Véase también *ETA 71-76*, pp. 167-168,

(5) *Los vascos...*, p. 94.

(10) *Ibidem*, p. 220.

oscilaciones de las masas pequeño-burguesas y para emprender la vía de las transformaciones sociales que llevarán al socialismo; y, *last but not least*, como bastión y agente de la revolución mundial. Pero sería, sí, un instrumento para "la transmisión de la lengua nacional vasca al conjunto de la población de Euskadi" (11). La montaña ha parido un ratón.

En una región donde el capitalismo moderno se ha desarrollado plenamente, no debe sorprender que los nacionalistas que aspiran a arrastrar a masas obreras hayan debido buscar las raíces de la nacionalidad en la lengua (12), lo que es una posición tan *idealista* como el concepto de Nación proletaria. No han podido buscar esas raíces en las condiciones históricas creadas en el precapitalismo de la sociedad tradicional (como hubo de hacerlo hasta el archirreaccionario Sabino Arana), ni en la sociedad burguesa que, en este caso concreto, ha significado el ocaso de la nacionalidad vasca. No les quedaba más que situar esas raíces en la lengua vasca como supuesto factor a-histórico y "por encima de las clases". De allí a hacer suya la noción de una "cultura vasca" común a todo el pueblo, proletariado incluido, no hay más que un paso rápidamente franqueado (13).

Esa es la reacción típica de la pequeña burguesía que reacciona contra las tendencias generales del capitalismo. No comprende (ni puede comprender, en cuanto nacionalista) que "desde el punto de vista de clase, como escribe Lenin, es inadmisibles lanzar, sea directa o indirectamente, la consigna de cultura nacional. Esta consigna es errónea, pues toda la existencia económica, política e intelectual de la humanidad se internacionaliza sin cesar, incluso en el régimen capitalista. El socialismo la internacionalizará integralmente" (14).

(11) ETA 71-76, p. 156.

(12) *Ibidem*, p. 157. Véase también *Los vascos...*, p. 198.

(13) ETA 71-76, p. 157 y *Los vascos...*, pp. 209-210.

(14) "Tesis sobre la cuestión nacional" (1913), *Obras*, t. 19.

El Estado proletario, por cierto, no ejercerá ninguna opresión nacional para lograr dicha internacionalización; el socialismo, aún menos, pues supone no solo la "extinción" del Estado, sino también la de las naciones. La dictadura proletaria liquidará radicalmente toda discriminación nacional, entre las cuales se encuentra la que golpea lenguas dadas, como era y es el caso del euskera. Pero al eliminar todas las formas de opresión nacional, el Estado obrero no proclamará tener como objetivo una especie de restauración de las nacionalidades en caso, un mundo de "autonomías nacionales" restablecidas en su "antiguo esplendor". La política comunista en el terreno nacional tiende, simplemente, a liberar la internacionalización de todas las facetas de la vida social, de toda violencia y opresión.

Pero nuestro nacionalista tenía en reserva una segunda razón a la existencia de un "Estado socialista vasco": el *irredentismo*. Ese sedicente "revolucionario proletario" que rehusaba la unidad con el proletariado de las otras nacionalidades por supuestas exigencias... culturales, no duda un instante en proponer la unidad estatal al vasco en general del otro lado de los Pirineos por motivos *ecológicos específicamente burgueses* (15).

El partidario del terrorismo individual (16) puede hasta reivindicar, además, la forma-partido. Pero no es un partido de clase, si no popular; no es internacionalista, sino portador de exclusivismo nacional; no es el de la dictadura proletaria, sino de democracia burguesa... vasca.

(15) "La única solución económica viable para Euskadi continental es su integración con la zona peninsular donde puede encontrar capitales y la tecnología que necesita", (*Los vascos*, p. 16). Véase también ETA 71-76, p. 159.

(16) Véase nuestra crítica de esta clase de terrorismo en "El terrorismo y el difícil camino de la reanudación general de la lucha de clase", publicado en los números 30 y 31 de esta revista, marzo y junio de 1979.

Pues si este tipo de nacionalista podía presentar la democracia española centralista como algo programáticamente inaceptable, aun que -como lo afirma Pertur (p. 266)- merezca la pena participar plenamente en sus resortes a todos los niveles, de lo que se trataría, en realidad, sería de luchar por una democracia "alternativa", es decir, por una reforma no centralista del Estado burgués (17). La actual división de ETA en ETA (político-militar) y ETA (militar), con sus respectivos partidos afines, gira, precisamente, en torno a las vías de dicha reforma.

(17) "Estos son los 8 puntos que se proclaman en la carta de los 18 acusados del proceso de Burgos y luego fueron resumidos en el "Zutig 63", de forma que pueden reagrupar todas las tendencias patrióticas surgidas alrededor del movimiento ETA, es decir, ETA y sus ramificaciones nacionalistas: 1) Constitución de un gobierno vasco que convocará elecciones libres. 2) Disolución de la brigada político-social, policía armada y guardia civil. Control de las fuerzas armadas y destitución de sus mandos fascistas. Creación de un cuerpo de seguridad y de defensa al servicio del gobierno provisional. 3) Medidas de represión contra el aparato opresor franquista y sus colaboradores. 4) Bilingüismo oficial y real, con prioridad para el euskera. 5) Nacionalización de las industrias básicas. Medidas tendientes a mejorar las condiciones de vida y de trabajo del pueblo trabajador vasco (salario mínimo, seguridad social, etc.). 6) Adopción de un sistema provisional de confederación con el resto de los poderes surgidos en el Estado español. 7) Libertades políticas y sindicales. Regreso de los exiliados. 8) Establecimiento de toda clase de recursos que puedan facilitar la plena integración de los emigrantes en la realidad vasca. Garantías para los que no opten por la integración y deseen guardar su identidad nacional de origen sin ningún tipo de discriminación ni ilegalidad" (Los vascos..., p. 266).

La reivindicación de la independencia del País Vasco quedaría, pues, como "objetivo último"... del cual se hablará los días domingos. El nacionalista "revolucionario" vasco es intrínsecamente gradualista. Véase también ETA 71-78, p. 268.

En abril de 1977, ETA (p-m) se desdobra y da lugar a EIA (Partido de los Trabajadores Vascos), que, a su vez, es la base de la coalición electoral Euskadiko Ezquerria, quien no solo terminará apoyando al Estatuto de Autonomía negociado entre el Estado español y el viejo partido nacionalista de la burguesía vasca (PNV), sino que también -y por consiguiente - se plegará a esa democracia ya reformada (18).

ETA (m), por su parte, se unió a dos partidos abertzales, LAIA y HASI, en la KAS (Coordinadora patriótica socialista), que es el fundamento de la coalición electoral Herri Batasuna. La democracia que defiende como susceptible de abrir la vía a una "convivencia democrática" en el País Vasco, no es nada más ni nada menos que la restauración de la situación estatal en Euskadi a fines de 1936 hasta junio de 1937. Entonces, por las vicisitudes de la lucha de clases y de la guerra civil, el Estado republicano debió no solo aceptar, sino también promover, la constitución de un Estado vasco, con el objetivo prioritario de desarmar al proletariado que había vencido aquí la intencionalidad de los militares, y este desarmamento fue logrado por el frente único de nacionalistas, socialdemócratas y stalinistas. Este Estado será el que, prácticamente sin combate, entregará toda la región al ejército franquista (19). Y este ala abertzale ha ido hasta proponer la instauración pacífica y gradual de dicha reforma burguesa, lo que exclu-

(18) "EIA y EE se van a volcar durante este período a un trabajo de análisis del Estatuto en sus múltiples facetas (enseñanza, etc.) para elaborar una alternativa progresista a cada una de éstas dentro del propio marco estatutario" (Mario Onaindia, "Autonomía y Socialismo", en Armasa nº 2, octubre 1979, p. 66).

(19) Es de por sí altamente significativo que estos nacionalistas saluden como "un precedente inolvidable para todos los combatientes vascos" a los gudaris de 1936-37, es decir, a las formaciones militares nacionalistas que tuvieron a su cargo el mantenimiento del Orden y el desarme de los obreros (Los Vascos... p. 177).

ye de por sí toda revolución (20),

¡Cuán irrisoria resulta, pues, la afirmación de J. B. Ordeñana en el sentido de que "ETA, lejos de engrosar las filas de las organizaciones pequeño-burguesas, ha dado lugar a la creación de partidos obreros; que además están de mostrando ser capaces de impulsar a los sectores que representan a una práctica revolucionaria frente a la política reformista" (p. 19).

o o

En el prefacio de Ordeñana hay, sin embargo, dos afirmaciones que deben concentrar nuestra atención de comunistas. En la primera, acusa a los sedicentes partidos obreros por estar impregnados de centralismo burgués español; y esto es bien cierto, tanto en lo que respecta a la socialdemocracia como al stalinismo, quienes ven en el Estado central la mejor garantía para la defensa del Orden establecido. También afirma que "si los partidos obreros españoles hubiesen (sabido reconocer los derechos nacionales de nuestro pueblo) quizás hoy quienes defendemos la independencia de Euskadi hubiésemos optado por otra solución más unitaria". Así habla el nacionalista pequeño-burgués, pero es indudable que inclusive la desconfianza nacional hacia el proletariado español no vasco ha sido alimentada por la política socialdemócrata y stalinista de apoyo al Estado español. También encierra una cierta verdad su afirmación de que el auge del movimiento abertzale se explica por haber logrado arrastrar a sectores nada desdeñables de la clase obrera vasca.

Es precisamente para lograr la unidad más estrecha entre el proletariado vasco y no vasco, para superar la desconfianza nacional en el seno de la clase obrera de todas las regiones del Estado, para demostrar fehacientemente no

solo nuestra oposición más irreductible al Estado burgués en general -y al español en particular- y a su política histórica de privilegios y discriminaciones nacionales, sino también nuestra firme oposición a la política de sus lacayos "obrereros", que el proletariado comunista no vasco debe reconocer el derecho a la autodeterminación a las nacionalidades periféricas y combatir toda violencia ejercida por el Estado español sobre éstas (exigiendo, en particular, la liberación de todos los presos abertzales), en tanto que el proletariado comunista en el País Vasco debe poner en primer plano la unidad de lucha de toda la clase obrera contra el enemigo común, las burguesías coaligadas de todo el Estado, y, por tanto, la lucha decidida contra el nacionalismo.

Pero el reconocimiento del derecho a la autodeterminación, condición necesaria de la unidad obrera, no es en absoluto suficiente para lograrla. La unidad de clase supone la existencia de un verdadero Partido Comunista cuya acción política, organizativa y de participación a las luchas inmediatas de la clase esté inspirada en los principios invariables de la conquista insurreccional del poder y de la dictadura proletaria, y que a través de un combate intransigente contra el Estado capitalista y todas las fuerzas políticas burguesas, nacionalismo incluido, conquiste sobre éste una influencia decisiva.

La devastación provocada por la contrarrevolución democrático-stalinista se traduce, aquí también, en el creciente ascendiente del nacionalismo en las filas del proletariado de Euskadi, cuyo secreto está en el colaboracionismo de los representantes oficiales del movimiento obrero. Sólo la más férrea oposición comunista a la democracia, al Estado burgués y al reformismo será capaz de arrancar al abertzalismo "revolucionario" las franjas obreras que hoy son llevadas al callejón sin salida del nacionalismo.

Las dos tareas son inseparables. Nos incumbe a nosotros asumirlas.

(20) Véase *El Comunista* nº 28, noviembre 1979.